

Francisco López Cámara

APOGEO Y EXTINCION DE LA CLASE MEDIA MEXICANA



CiM

**APOGEO Y EXTINCIÓN DE LA CLASE
MEDIA MEXICANA**

FRANCISCO LÓPEZ CÁMARA

**APOGEO Y EXTINCIÓN DE LA CLASE
MEDIA MEXICANA**

**Universidad Nacional Autónoma de México
Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias
Cuernavaca, Mor., 1990**

HT690

M4 L6

López Cámara, Francisco.

Apogeo y extinción de la clase media mexicana /Francisco López Cámara. México:UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, 1989

183 p.

1-17690

1-111264

ISBN: 968-36-1452-3

1. Ciencia política 2. Cambio social
3. Clase media - México.

Catalogación en publicación: Biblioteca del CRIM.

COMITÉ EDITORIAL:

Dr. Luis F. Aguilar Villanueva
Mtro. Enrique Balp Díaz
Dr. Gustavo Cabrera Acevedo
Dra. Carmen Cisneros
Dr. Ricardo Guerra
Dr. Francisco López Cámara
Dr. Humberto Muñoz García
Dr. Iván Ortega
Dra. Ursula Oswald Spring

Asesor Técnico del Comité Editorial:
Ing. Juan González Espinoza de los Monteros.

Portada: Liliana Mercenario.

1a. edición, 1990.

© DR Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM, 1990.
Av. Universidad s/n, circuito 2, Col. Chamilpa,
Cuernavaca, Morelos.

ISBN: 968-36-1452-3

Impreso y hecho en México.

En seis años el salario de los mexicanos bajó en sesenta por ciento, lo cual significa algo así como lo ocurrido después de la Conquista: el Valle de México en 1519 tenía un millón y medio de habitantes y al principiar el siglo XVII quedaban 70 mil.

Nunca, fuera de ese periodo trágico, el pueblo mexicano ha recibido semejante destrucción, semejante agresión.

La clase media, el orgullo de la Revolución, se arruinó. Sobreviven millones de parias.

FERNANDO BENÍTEZ, 1989

La clase media, dueña tras infinitas limitaciones, seguirá ese proceso de extinción que es ya visible. En sus retiros, con los réditos de mínimos capitales, ayudándose con miserables jubilaciones y pequeños ingresos ocasionales, la clase media vivía precariamente; ahora, proletarizándose, rápidamente llegará a su fin.

ALEJANDRO GÓMEZ ARIAS, 1989

VII. Del populismo verbal a la "devaluación presidencial	61
Notas	69

II

Cuando la clase media encuentra a la clase media

I. El gran descubrimiento	83
<p>La transfiguración de la CNOP, 84. ¿Mesa redonda o conciliábulo nacional?, 85. Primeros enojos y sobresaltos, 87. El misterioso "cónclave" de San Luis Potosí, 89.</p>	
II. Temas y variaciones	93
<p>Tesis para una controversia nacional, 93. Variaciones sobre el tema de la clase media, 96. La visión "sociológica": mimetismo y proclividad reaccionaria, 98. ¿Un enfoque con formato weberiano?, 103. Un supuesto diseño político, 106. Conclusiones y sorpresas, 107. Bajo la sombra de Echeverría... 110.</p>	
III. La controversia	112
<p>Conmoción en la clase media, 112. Enojos y reproches: ¿dónde está el fascismo?, 113. ¿Cuál clase media?, 116. El "tapabocas fulminante" de los comerciantes, 117. El escándalo por lo del PRI, 118. ¡La pobre clase media! Amigos y enemigos, 121. ¡Calma, por favor, señores...!, 123. ¿Quién ama a la clase media?,</p>	

VII. Del populismo verbal a la "devaluación presidencial	61
Notas	69

II

Cuando la clase media encuentra a la clase media

I. El gran descubrimiento	83
-------------------------------------	----

La transfiguración de la CNOP, 84. ¿Mesa redonda o conciliábulo nacional?, 85. Primeros enojos y sobresaltos, 87. El misterioso "cónclave" de San Luis Potosí, 89.

II. Temas y variaciones	93
-----------------------------------	----

Tesis para una controversia nacional, 93. Variaciones sobre el tema de la clase media, 96. La visión "sociológica": mimetismo y proclividad reaccionaria, 98. ¿Un enfoque con formato weberiano?, 103. Un supuesto diseño político, 106. Conclusiones y sorpresas, 107. Bajo la sombra de Echeverría... 110.

III. La controversia	112
--------------------------------	-----

Conmoción en la clase media, 112. Enojos y reproches: ¿dónde está el fascismo?, 113. ¿Cuál clase media?, 116. El "tapabocas fulminante" de los comerciantes, 117. El escándalo por lo del PRI, 118. ¡La pobre clase media! Amigos y enemigos, 121. ¡Calma, por favor, señores..!, 123. ¿Quién ama a la clase media?,

130. Para concluir, ¿la clase media en la CNOP?,
139.

Notas 145

III

Después del desafío: ¿Quién mató a la clase media?

Invitación al acto final, 153. La teoría de la "Maquinación", 155. Echeverría entra en escena, 157. El cuento de la "incorporación" institucional, 158. ¿La clase media en el PRI?, 161. Donde ya se percibe la conspiración contra la clase media, 164. El colapso de la "figura presidencial", 169. ¿Quién mató a la clase media?, 171. El desdén presidencial hacia el PRI, 176.

Notas 180

EXPLICACIÓN

Los tres escritos que he reunido en este volumen, aunque han sido redactados en fechas recientes, tienen sin embargo un vínculo muy estrecho con mi viejo libro *El desafío de la clase media*, desaparecido de las librerías desde hace más de tres lustros. Por diferentes razones y circunstancias, los tres trabajos pueden considerarse derivaciones tardías de ese libro. Como a ello me refiero con cierta amplitud en el último de ellos, aquí me limitaré sólo a unas cuantas explicaciones que juzgo necesarias.

Estos tres *cuadernos* (para llamarlos de algún modo) parecen adquirir hoy una particular actualidad por lo que le ha ocurrido a nuestra clase media en los últimos tiempos, sobre todo a partir de 1982, cuando nos desbarrancamos estrepitosamente en la crisis económica más severa de este siglo. La verdad es que a partir de ese año nefasto, y en particular durante el sexenio que le siguió, se despedazó literalmente en México a la inmensa mayoría de la clase media. Ante panorama tan dramático, desearía aprovechar estas páginas introductorias para exponer algunas consideraciones sobre el origen y las modalidades de esos tres textos que con propiedad corresponden a una nueva etapa en el sorprendente y extraño desarrollo de las clases medias en México.

Después de la publicación de *El desafío*, es decir, en los primeros años de la década de los setenta, para muchas personas de la política o de la academia me convertí en algo así como el "teórico" de la clase media, su "ideólogo", su "especialista" y no sé cuantas otras cosas que me endilgaron en muchos lados. Y no era tanto por el relativo éxito que tuvo el libro en su momento, sino probablemente por lo novedoso del tema (para aquella época) y los planteamientos que proponía para entender un poco

lo que había ocurrido en México a finales de los años sesenta. Debido a esa fama y con tales etiquetas, me vi envuelto, a veces en forma inesperada, en varias aventuras intelectuales, académicas, políticas y hasta "ideológicas". Alguna, incluso, cambió mi vida personal y profesional por muchos años.

De todas ellas quedaron, sin embargo, como saldo más o menos palpable, numerosos escritos sobre el tema de la clase media o relacionados con ella. Muchos fueron en realidad artículos para diarios o revistas, textos procedentes de entrevistas y, en fin, resúmenes de mi libro o de algunas de sus partes, que en esa época me pidieron en varios lugares. Eran, en mayor o menor medida, simples repeticiones o refritos.

Pero había también varios trabajos con pretensiones de novedad, que originalmente pensaba yo añadir al libro en caso de una nueva edición. En gran parte quedaron como simples borradores, salvo dos o tres que inclusive fueron publicados. Al reinstalarme con alguna tranquilidad académica y sin mayores compromisos y sobresaltos políticos, me interesó, primero, rescatar lo que pudiera quedar como residuo más o menos válido de aquellos trabajos; y después, ponerme al corriente, "actualizarme" hasta donde fuera posible, agregando además algunas ideas y observaciones finales sobre la vieja cuestión de la clase media.

En ese ajuste de cuentas con la maraña espeluznante y prolongada en que me enredaron mis antiguos devaneos intelectuales con la clase media mexicana, algo habría de lograr para despedirme decentemente y para siempre del tema. Un primer resultado lo constituyó la publicación de un nuevo y pequeño libro sobre la clase media, situado esta vez en la década de los setenta.* Un segundo (y sin duda el último) son los tres escritos que forman este volumen, elaborados también, como el libro.

mencionado antes, en el ambiente acogedor y estimulante del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM) de la UNAM, al que me he integrado como investigador de planta. Mucho de lo aquí escrito ha sido posible en gran medida gracias a esa saludable atmósfera académica que prevalece en el CRIM, donde he encontrado en todo momento la amistad y la ayuda de su director y sus eficaces colaboradores. Mi cordial agradecimiento a todos.

Los tres textos se presentan sin olvidar a su viejo progenitor, *El desafío*, aunque ya no como parte complementaria o versión "ampliada", según su intención original, sino en calidad de trabajos que se sitúan en una nueva época de nuestra clase media, hoy doliente, maltratada y casi extinta. De allí el título del libro, que espero no alarme o escandalice, mi mucho menos asuste a sus eventuales lectores.

Se refieren así a esta nueva y resbaladiza época de la clase media —momentos de verdadero apogeo, seguidos inmediatamente después de una acelerada declinación y decadencia— y constituyen escritos recientes pero de vieja inspiración, con excepción del tercero de ellos, que tiene una historia peculiar: empezó como una especie de *prólogo* a lo que iba a ser una nueva edición de *El desafío*; creció después para servir más bien de *epílogo* y "actualización" del libro; y terminó, por fin, extendiéndose aún más, hasta romper el cordón umbilical y adquirir cierta consistencia propia. Se deslizó entonces hasta el final del presente volumen.

Los otros dos trabajos, aunque proceden también de *El desafío* y de ciertas circunstancias políticas generadas por él, tenían originalmente propósitos muy distintos y adoptaron, por tanto, formas y aun estilos diferentes. El primero de ellos, relativo al sistema político y al desarrollo postrevolucionario de México, surgió al principio como un conjunto de

consideraciones y análisis que en buena medida estaban ya presentes en los ensayos reunidos en *El desafío*, pero que no llegaron a desarrollarse plenamente en ellos. Una versión remota de ese trabajo apareció en 1976.

Doce años más tarde, a principios de 1988, rehice completamente ese antiguo texto hasta hacerlo adquirir las dimensiones de un ensayo mayor, más actual y con una idea muy diferente en realidad a la que tenía yo del asunto hace diez o quince años. El resultado apareció poco después como *Aporte de Investigación* del CRIM. Para su inserción en este volumen lo he corregido y modificado, ampliando algunas partes, actualizándolo en sus referencias cronológicas (sobre todo después de lo ocurrido el 6 de julio de 1988) y suprimiendo desde luego la parte preliminar, que sólo tenía sentido al circular el escrito como adelanto o primer capítulo de un trabajo más amplio. En este libro sirve precisamente como introducción y marco general a los temas centrales.

En cuanto al otro escrito, más que un ensayo o trabajo de interpretación se trata de una suerte de excavación histórica: su propósito es reconstruir y relatar, con sus peripecias, sus tribulaciones y aun su "ambiente", lo ocurrido en México con motivo de la multitudinaria y ruidosa reunión sobre las clases medias mexicanas que la CNOP, a sugerencia mía, organizó en la ciudad de San Luis Potosí en 1975. Mi opinión pesaba entonces mucho por considerárseme, como recordé antes, el "teórico" o "ideólogo" por antonomasia de la clase media (algo así como su "abanderado" o "heraldo", en términos más folklóricos). Y todo por la presencia persistente de *El desafío*...

En tal crónica o relato explico los detalles de aquel acontecimiento que alguien consideró como "la primera gran conmoción de la clase media mexicana" y que yo sólo me limité a llamar "el encuentro de la

clase media consigo misma". Corresponde a un período muy importante en el desarrollo social y político de la clase media en México: su ascenso indiscutible y su gran peso gravitacional en la vida pública del país durante el sexenio de Luis Echeverría, cuyo populismo mimó mucho y apapachó sin reservas a numerosos sectores críticos de la clase media de entonces. Fue, por ello, su momento de gran auge y esplendor. Después cambiaron mucho las cosas.

Es sintomático que en los últimos diez o doce años, es decir, a lo largo de los dos sexenios anteriores, el tema y aun el concepto mismo de la clase media hayan desaparecido prácticamente del escenario político; lo cual no tiene nada de sorprendente si observamos que en la propia realidad social de México casi se han esfumado aquellos sectores que antiguamente llamábamos "clases medias". En consecuencia, no son ya, propiamente hablando, nociones de actualidad. En su lugar, a lo sumo, circulan algunos de sus eufemismos más usuales, como *sectores medios*, *grupos intermedios*, *estratos urbano-populares*, etcétera; o bien, rotundamente, *clases urbanas*, si se pretende una cierta entonación "sociológica".

La posible explicación de esta decadencia o agonía de la clase media mexicana me parece percibirla en la voltereta estructural que ha dado nuestra "sociedad civil" como consecuencia de la crisis económica que agobia al país. Pero también, a la inversa y como curiosa paradoja, mucho ha tenido que ver en el resquebrajamiento de nuestro sistema político ese proceso de mutaciones sociales que parece haber liquidado definitivamente el proyecto de "sociedad opulenta" que ofrecía la utopía petrolera de la década pasada.

Los escritos aquí reunidos han tenido en cuenta ese peculiar e inesperado fenómeno de "extinción" social. El último ensayo —por eso es el último— se

arriesga incluso a formular ciertas hipótesis temerarias sobre la génesis y las posibles consecuencias de tan grave suceso.

F.L.C.

Cuernavaca, mayo de 1990.

* López Cámara, Francisco. *La clase media en la era del populismo*, México, UNAM/CRIM-M.A.Porrúa, 1988.

I

SISTEMA POLÍTICO Y DESARROLLO EN MÉXICO
(REFLEXIONES Y DIGRESIONES)

PRIMERA PARTE

Antes de zambullirme de lleno en el espeso pantano que sugiere el título de este trabajo, creo conveniente invertir las dos modalidades o perspectivas señaladas en su subtítulo, para despejar desde el principio algunas cuestiones preliminares que juzgo interesantes y útiles. Comenzaré, pues, por las *digresiones*.

Lo que acostumbra llamarse el "sistema político mexicano" o "sistema" simplemente (si se supone que quedan englobados en él los mecanismos oficiales de la economía y la vida social) se ha sustentado fundamentalmente en dos factores históricos: la existencia y el funcionamiento del partido "único", "oficial", "mayoritario", "hegemónico", o como desee llamársele —según la época y la onda del lenguaje político en boga—, y el peso abrumador del llamado "presidencialismo mexicano", es decir, ese poder definitivo y preponderante que ejerce el presidente de la República en todas las esferas de la vida pública. Me refiero, por supuesto, al "sistema" que se impuso paulatinamente después de la revolución armada que se inició en 1910.

Primera digresión:

¿Cuándo nació por fin el PNR, es decir el PRM, es decir, el PRI?

Existe también el hábito de atribuir a ese partido, denominado en sus comienzos Partido Nacional Revolucionario (PNR), no sólo la formalización institucional del "sistema presidencial" que prevalece en México más o menos hasta hoy, sino sobre todo la pacificación definitiva del país y su estabilidad política y social. Hay en este asunto dos cuestiones que convendría esclarecer desde ahora.

El primero se refiere a la fecha en que fue constituido o fundado el PNR. Con el paso de los años, el lenguaje político se ha ido volviendo un poco sinuoso, a veces meramente anecdótico y con mucha frecuencia ambiguo o metafórico. Ello ha provocado con frecuencia no pocos malentendidos en referencias históricas que quizás no fuesen muy relevantes, pero que en ocasiones podrían tener una particular gravitación en el calendario de celebraciones y aniversarios, cuando no son una curiosa causa de confusiones y embrollos históricos, como veremos enseguida.

Hace por lo menos dos décadas, cuando preparaba yo algunos análisis políticos que se relacionaban con el entonces llamado partido "oficial", leí en diversos lugares —hoy me es ya imposible recordar con exactitud las fuentes— que el PNR fue "fundado por Calles" en 1928, último año de su gobierno. Tan confiaba yo en esas referencias, que así lo repetí en un libro mío aparecido por aquellas épocas.¹ Algunos años después, con motivo de otro trabajo en el que volvía yo a señalar el año de 1928 como fecha de creación del PNR, se me hizo notar que en realidad la fecha correcta era 1929, cuando el general Calles no era ya Presidente, sino ocupaba el puesto Emilio Portes Gil. Corregí la referencia y así se publicó el ensayo, sin reparar mayormente en ese detalle de fechas.²

Muchos años después, al releer el ameno libro de Daniel Cosío Villegas, *El sistema político mexicano*, subrayé entre otros el siguiente párrafo: "no parece haberse insistido bastante en las tres importantísimas funciones que desempeñó inicialmente el partido oficial al fundarse en 1929 con el nombre de Partido Nacional Revolucionario..."³ En muchos otros autores y lugares seguí observando, sin atribuirle mayor importancia, la disparidad en el señalamiento de las fechas. Para algunos, el PNR se había fundado en 1928; para otros, el año de su creación fue 1929.

Al regresar a México a mediados de 1987, volví a ocuparme de esos asuntos con la idea de preparar este trabajo. Uno de los primeros autores que consulté fue Pablo González Casanova, cuyos libros más recientes no había yo leído. En uno de ellos me llamó la atención esta frase: "Los partidos de la oposición luchan contra el Estado que se presenta como partido. Ello ocurre desde la fundación del Partido Nacional Revolucionario (1928) hasta nuestros días" ⁴ ¿De manera que el PNR había sido "fundado" en 1928 y no como pensaban otros en 1929? Esta vez me interesó saber el origen de aquella divergencia de fechas, en la que yo mismo había participado y que advertí de pasada en la década anterior. Y ratifiqué nuevamente que en no pocos libros o artículos se seguían utilizando indiscriminadamente las dos fechas señaladas para el nacimiento del partido oficial (*único*, según la jerga política de esa época).

El problema de la imprecisión de fechas sería en realidad intrascendente, si no fuese porque es también significativo de una manera mental de entender el desarrollo de la vida política de México después del movimiento armado de principios de siglo. Hace veinte o treinta años escribíamos en gran medida para generaciones de lectores más reducidas y menos preparadas que las de hoy. Los políticos "profesionales", los analistas de las cuestiones públicas y con mayor razón los simples comentaristas de la vida política cotidiana, no tenían necesidad de hacer precisiones en sus referencias a los hechos políticos de verdadero carácter histórico.

Nadie ha ignorado nunca, por ejemplo, el año exacto en que fue aprobada y promulgada la Constitución Política de la República; de hecho, todo mundo habla hasta de la fecha de la "Constitución del 17", la expropiación petrolera de 1938, el movimiento vasconcelista de 1929, el movimiento (estudiantil) del

68, y quizás hasta se recuerden con facilidad los años de las recientes devaluaciones del peso (1976, etc., hasta llegar a 1987) que destaparon la crisis económica y financiera que ya casi nos tiene en la mortaja. Pero hay otros hechos o acontecimientos de especial repercusión histórica que, sin embargo, han desdibujado ya sus orígenes con fechas que parecen fungibles para lo que se designa como el "gran público". Los historiadores, los eruditos, incluso los simples lectores de buena memoria no aceptarían esta "fungibilidad" de ciertas fechas.

¿Cuándo "nació" en realidad el PNR, pieza angular del sistema político mexicano? ¿1928 o 1929? La verdad es que, detrás de esta aparente y sin mayor importancia divergencia de fechas, subsiste, como decía antes, una especial óptica de nuestra historia contemporánea. Como el último año de gobierno constitucional del general Calles fue 1928 y la creación del PNR se considera una —si no la más importante— tarea personal suya, hay una inevitable tendencia a situar la fundación del partido único en ese año, sin preocuparse mayormente por las fechas y formalidades precisas. El Partido Nacional Revolucionario, se dice sin más, "fue obra de Calles".

Ello conduce además a fijar el año 1928 como momento clave en el desarrollo político de México, tanto hacia delante ("la formación y consolidación del nuevo Estado mexicano"; "el nacimiento y desarrollo del sistema político vigente"; la preparación y surgimiento del "presidencialismo mexicano", "sistema presidencial" o incluso "Presidencialato", según sea el gusto o disgusto del autor), como hacia atrás ("la era de los caudillos", "la etapa de las asonadas", etc.).⁵

Hay incluso autores que, al hablar del partido oficial, omiten señalar su fecha de nacimiento, aun cuando se refieran más tarde a los años precisos en que fueron cambiados su estructura y su nombre (PRM,

1938, y PRI, 1946). Podría pensarse que dan por supuesto que todo mundo sabe perfectamente cuál fue el año en que se fundó el PNR, pero que de alguna manera es conveniente subrayar la fecha de sus grandes cambios orgánicos. Pero entonces, para los nuevos y numerosos lectores de la época actual —que no tendrían tiempo ni facilidades documentales para investigar por su cuenta el año en que fue constituido el partido— habría siempre la imprecisión en la fecha de origen y, lo que es peor, seguirían creyendo que, como el general Calles fue el "fundador" o "creador" del partido, éste fue constituido entonces en 1928.

Adviértase, de pasada, este posible problema "histórico" y sus graciosas implicaciones: si se afirma que "Calles fue el creador (fundador o padre, como se quiera) del PNR" y aun se festeja el hecho pública y oficialmente, a sabiendas de que su nacimiento formal fue el 4 de marzo de 1929, es decir, *cuando Calles no era ya Presidente*, es probable que estemos aceptando implícitamente varios hechos graves: primero, que el PNR fue en realidad *hijo natural*, una especie de hijo "bastardo" atribuido a Calles —aunque no "reconocido" explícitamente por él—; segundo, que festejamos entonces con alborozo, tambores y platillos algo que hemos repudiado desde que ocurrió: el llamado "maximato"; o bien, tercero, que hemos sido imprecisos y hasta precipitados al designar a Calles como el "gran creador o progenitor del Partido". La verdad es que si fuésemos por lo menos discretos diríamos que Calles fue, a lo sumo, su inspirador, su promotor, el estadista que sin duda lo "concibió". Por eso creo que el problemita de las fechas precisas, en este caso, nos conduce indefectiblemente al complicado embrollo moral —y quizás político— del "maximato": lo repudiamos o lo exaltamos, lo aborrecemos o lo admiramos sin pudores, etcétera.

¿De dónde procede, en fin, esta confusión de

fechas? Tengo la sospecha de que en gran medida no sólo ésta, sino muchas otras confusiones relativas a nuestra vida política contemporánea, provienen de la gran influencia que han tenido entre nosotros los numerosos estudios sobre México (libros, folletos, artículos, etc.), de investigadores o comentaristas estadounidenses, publicados desde hace treinta o cuarenta años, con gran difusión en el país. Voy a poner un par de ejemplos, entre algunos de los más representativos, para mostrar que no siempre son plenamente confiables los estudios sobre México que se publican en los Estados Unidos.

Uno de los libros —en realidad deberíamos considerarlo como el más sobresaliente en su época— que mayor impacto tuvo entre nuestros intelectuales y políticos de los primeros años de la posguerra, fue el de Frank Tannenbaum, titulado en su versión castellana *México: la lucha por la paz y por el pan*, publicado en México en 1951, y comentado amplia y profusamente por numerosos investigadores, escritores, analistas políticos, periodistas y aun por políticos "profesionales" (que en esa época también solían ser intelectuales). En ese famoso libro, cuyo autor conocía como pocos a nuestro país y había sido amigo de los principales políticos mexicanos desde la época de Calles, destacaba esta frase, notable por sus imprecisiones de fechas: "La creación del Partido Nacional Revolucionario (PNR), por Calles, en 1928, y su reconstrucción por Cárdenas, en 1938, y por Avila Camacho, en 1945, no afectó realmente la tradición política"⁶ Lo que sí "afectó" el libro fue la mente y la memoria de los intelectuales mexicanos que se tragaron los errores: el PNR "nació", como sabemos, en 1929, y su nieto, el PRI, fue procreado en 1946 y no por Avila Camacho, que ya casi no era presidente, sino "estimulado" por Miguel Alemán.⁷

Ni siquiera el más quisquilloso de los comentaristas del libro, Daniel Cosío Villegas, que no

le perdona el menor desliz —como, por ejemplo, llamarle "Nacional" al Banco de México, o "igualar a Acapulco con Veracruz en lo húmedo y en lo denso de la vegetación"— ni siquiera Don Daniel, digo, se percató y corrigió (algo que le fascinó siempre) los errores de Tannenbaum en las fechas "políticas".⁸

El otro ejemplo lo aportan también dos obras publicadas en Estados Unidos en años posteriores: la muy conocida de Howard F. Cline, *México. Revolution to evolution: 1940-1960*, que se publicó en 1963, y el libro editado en 1976 por Lawrence E. Koslow, bajo el título *The Future of Mexico*. En el primero, Cline afirma: "De 1929 a 1937 (el "partido oficial", como lo llama el autor, FLC) fue conocido como Partido Nacional Revolucionario, PNR; en 1937 se convirtió en PRM, Partido de la Revolución Mexicana. De 1945 en adelante fue el PRI, Partido Revolucionario Institucional". En el segundo libro, Lawrence E. Koslow y Stephen P. Mumme dicen lo siguiente: "La mayoría de los historiadores y politólogos coinciden en que el momento clave en la evolución del sistema político mexicano ocurrió entre las postrimerías de los años 20 y los finales de los 30, particularmente durante el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas (1934-40). Fue en esta etapa —con la creación del PRI (*sic*)...— que el sistema político y gubernamental de México adoptó su forma actual".⁹ ¡Cárdenas creador del PRI!

Las fechas, pues, se vuelven movedizas no sólo en lo que concierne al nacimiento del PNR, sino también en las actas de nacimiento del PRM y del PRI. A quien pudiera reaccionar diciendo que es irrelevante la discusión sobre la fecha exacta en que se "fundó" el PNR, padre y abuelo del PRM y del PRI, respectivamente, le recordaría la revoltura de fechas que han hecho los autores norteamericanos —los tres que he citado son sólo un ejemplo que podría multiplicarse fácilmente—, hasta el grado de cambiarle el nombre al

"padre" o "creador" del PRI: según Tannenbaum y Cline, fue Avila Camacho (1945); según Koslow y Mumme, Lázaro Cárdenas (sin fecha precisa).

Segunda digresión:

¿Una nueva aporía del huevo y la gallina?

La segunda cuestión interesante que mencionaba al principio y que merece también algún tipo de esclarecimiento, es la que se refiere al otro elemento fundamental del sistema político mexicano: el predominio presidencial que, con el partido oficial o mayoritario, integra ese sistema. Si para muchos autores el "sistema político mexicano" inicia su estructuración al crearse el PNR, en 1929, para otros habría que esperar todavía el gobierno del general Cárdenas para poder hablar de su formulación definitiva. Ello ha creado, como en el caso del huevo y la gallina, una especie de "aporía" histórica en México: ¿qué fue primero, el "presidencialismo" o el Partido?

Hay el hábito casi inveterado de repetir en todo momento que el sistema "presidencialista" que prevalece en México estableció sus fundamentos y de hecho se institucionalizó durante el sexenio de Lázaro Cárdenas, especialmente cuando liquidó al caudillaje que ejercía Calles desde que dejó el gobierno en 1928. Si lo que se desea es exaltar la obra de Cárdenas como gran "depurador" de la *figura* presidencial, no parecería haber mayor problema en ver en ello el nacimiento de lo que se llamaría después el presidencialismo sexenal, sometido al inexorable y a veces trágico límite de la no-reelección, lo cual sería por esa causa un semillero creciente de poder personal.

Cuando relaciono lo "trágico" de la no-reelección presidencial con el apetito voraz de poder personal,

pienso sobre todo en el sentido clásico, griego, del término *trágico* (el destino inexorable hacia la muerte y desaparición definitivas, en forma generalmente "predestinada" o "escrita" como algo que se puede descifrar o "leer" en la actuación misma de la persona), concepto ligado generalmente al poder, a la ambición de más poder y a la traición final de es mismo *poder*. *Tragedia* y *poder* de un presidente serían en México los resultados del inevitable límite impuesto por la no-reelección constitucional.¹⁰

Sin embargo, lo cierto es que dos presidentes anteriores a Cárdenas, con fuerza y capacidad prepotentes de decisión, anunciaban ya embrionariamente el peso apabullante de la persona del "Presidente" en la vida pública de México. "Caudillos" lo fueron ciertamente; grandes caudillos de fuerte poder que todavía tuvieron que aplastar sin titubeos a los jefes o grupos políticos que osaron desafiarlos. El propio Partido, incluso, se dice que fue creación casi personal del general Calles, por encima de las tendencias centrífugas que aún operaban en la vida política de México, y precisamente para acabar con ellas, entre otros fines. Todavía hoy se sigue conmemorando y festejando a Calles como el gran "creador" del partido, que nació "formal y legalmente" el 4 de marzo de 1929, "a las doce horas con veinte minutos".¹¹ Calles, como sabemos, no era ya presidente de México, pero con el manejo real del partido único y de la coalición de fuerzas políticas que lo integraban ejercía el verdadero poder tras el trono.

No intento sugerir desde luego la solución a la aporía implícita en el "presidencialismo" mexicano (solución que no encontraremos nunca), sino reiterar simplemente que el poder personal del Presidente, al que se atribuye con razón el papel fundamental dentro del sistema político mexicano vigente hasta la fecha, empezó a perfilarse en realidad desde las épocas de Obregón y Calles. Y hablo de "épocas", en vez de

"gobiernos", porque todo mundo sabe que el general Calles empezó a dominar realmente el panorama político sólo a partir del asesinato de Obregón, en julio de 1928, cuando logró convertirse, gracias a la preparación y pronta aparición del PNR, en el hombre fuerte del país. De la sombra del "Caudillo" (Obregón), pasando por el "Jefe Máximo" de la Revolución (Calles), se llegó así al primer "Presidente" en serio de México (Cárdenas).

Al liquidar para siempre el predominio semi-oculto del "Jefe Máximo" y establecer el papel independiente del Presidente de México, Cárdenas rescató en realidad la figura constitucional del Poder Ejecutivo, cumpliendo así con las normas básicas del país. Configuró de hecho el "sistema presidencial", que incluye en México el manejo del partido preponderante. Pero una cosa habría de ser ese "sistema presidencial", inconcebible políticamente sin el manejo del partido oficial o único, y otra muy distinta el "presidencialismo" como deformación, corrupción, desfiguración e incluso aberración y hasta degradación del papel, la "figura" y la función del Presidente. No es cuestión de matices o de semántica: el sistema presidencial no equivale necesariamente a "presidencialismo" o "presidencialato", como gustan decir algunos admiradores de Daniel Cosío Villegas, que difundió por todas partes lo de "Porfiriato" en vez de "porfirismo", como se le llama popularmente a esa etapa histórica.

El sistema presidencial es la forma de gobierno diseñada en la Constitución de 1917; "presidencialismo", el proceso histórico de deformación y corrupción de ese sistema, que permitió el ascenso del poder personal del presidente de la República, al margen, por encima y aun en contra de las leyes vigentes al respecto. Y la primera de esas "deformaciones" —sin duda decisiva, pero no la única— fue el control absoluto del partido oficial o mayoritario, como prefiere llamársele hoy. Este manejo personal del partido, una necesidad

ineludible en cualquier sistema político de "partido casi único", no parece ser tan grave o "ilegal" como se afirma a veces: en ninguna parte he encontrado una ley que prohíba expresamente al Presidente de la República ser reconocido como jefe "nato" del partido hegemónico que lo llevó al poder, o incluso una prohibición que le impida legalmente ejercer, *bajo cuerda*, esa función primordial. Tampoco existe una ley contraria que establezca la manipulación personal del partido por parte del presidente en turno. Se trata, pues, de una función *de facto*, o "ley no escrita", como señalan autores escrupulosos de los mecanismos legales.

Mucho más graves son las atribuciones que han venido adjudicándose los presidentes sexenales después del gobierno del general Cárdenas: el manejo o control personal de todo lo demás —poderes legislativo y judicial, selección de candidatos en todos los niveles y finalmente el manejo exclusivo y frecuentemente arbitrario de la economía nacional—, violando, ahora sí, estrictas normas constitucionales, federales y estatales, y la reglamentación correspondiente. No se trata en este caso, como todo mundo sabe, de "normas no escritas" o realidades *de facto* que deben aceptarse. Este proceso de acrecentamiento del poder personal del presidente, su preponderancia en todas las áreas de la vida pública y hasta las alucinaciones o los delirios napoleónicos a que ha conducido a veces tal proceso, es lo que constituye propiamente el "presidencialismo" mexicano, que desde hace relativamente pocos años se considera como el principal obstáculo para la instalación de una verdadera democracia en nuestro país. De este asunto —hoy "candente" por la aguda crisis económica que estrangula a México y las elecciones de julio de 1988— hablaremos más adelante.

Por lo pronto, regreso al problema de solución aparentemente inalcanzable: si el "sistema presidencial" de México, que degeneró muy pronto en

"presidencialismo", es inconcebible sin la existencia y las funciones del partido único, oficial, mayoritario, hegemónico, etc., podría parecer entonces que la "aporía" reaparece: ¿qué fue primero, el partido o el presidente? Si fue el partido, debe recordarse entonces que el PNR, como lo dice la historia y se conmemora cada año, fue creación "personal" del general Plutarco Elías Calles, aun cuando se le hubiera extendido su acta de nacimiento cuando su progenitor no era ya presidente del país. Ello mostraría, por partida doble, el enorme poder de ese presidente: anunció la indispensable procreación del partido en su último informe a la Nación, el primero de septiembre de 1928; y fue el verdadero "padre" del partido, a pesar de que no era ya presidente, al nacer aquel formalmente, legalmente, históricamente, seis meses después, el 4 de marzo de 1929. ¿Se requiere mejor prueba del poder y las funciones "extralegales" y "extrahistóricas" del presidente Calles?

Pero si entonces, visto el asunto por el otro lado de la aporía, en el origen fue el presidente y no el partido —que no existía aún—, el fundador, el verdadero fundador del sistema presidencial y del futuro "presidencialismo" mexicano fue el general Calles y no el general Cárdenas, como tanto se repite hoy. Quizás no nos gustaría mucho reconocer oficialmente a Calles como el creador del sistema presidencial en México, justamente por haber sido el progenitor indiscutido del partido. La reticencia provendría de la aversión histórica al "maximato".

Sin embargo, ¿no es cierto que por lo menos algunos de los presidentes sexenales que sucedieron a Cárdenas alimentaron serias ilusiones de repetir lo del "maximato", llegando inclusive a efectuar maquinaciones o maniobras diversas para lograrlo? ¿Por qué han sido, en mayor o en menor medida, "borrascosos" los últimos tres fines de sexenio anteriores al de Miguel de la Madrid? ¿No podría pensarse válidamente que el pre-

sidencialismo mexicano contiene otra regla "no escrita" que rezaría así: a mayor poder personal, mayor deseo de perpetuarlo? ¿Sería irreverente, o al menos ilógico, suponer en todos los presidentes un deseo recóndito de prolongar de alguna manera su mandato, provocando con ello otra regla "no escrita" que exige a cada nuevo presidente erradicar cuanto antes toda "influencia" posible del anterior?

En realidad, esto último ni es irreverente ni es ilógico, aunque conduzca necesariamente a lo que Luis Javier Garrido ha propuesto como décimo cuarta "regla no escrita" de la sucesión presidencial: *"El Presidente de la República, al dejar de serlo, ha de estar preparado para reconocer que, desde su punto de vista, va a ser traicionado"*.¹² Ese sentimiento de "traición" o de error cometido en la elección del sucesor, que Garrido atribuye a casi todos los presidentes mexicanos, se inserta en la sensación *trágica*, generada por el límite sexenal.

Calles regresó al país durante el primer año del presidente Avila Camacho (1941), muriendo por enfermedad poco tiempo después. Sin embargo, su reivindicación histórica —en lo que toca a su obra positiva de gobierno y la creación del partido— requeriría todavía varios años y ello, además, en forma paulatina y discreta. Se trasladaron sus restos al Monumento de la Revolución y se le reconocería, por fin, como el gran creador del partido oficial, llamado ya "mayoritario". Se puso su nombre al auditorio de la sede del partido y empezó a conmemorarse oficialmente en los aniversarios del "Instituto Político".

El problema de las determinaciones históricas se complicó aún más: como "fundador" del partido, Calles parecía recuperar su puesto de pionero central en la integración del sistema político mexicano. La lógica, si no la estricta precisión del lenguaje, sugeriría entonces: primero fue el presidente (un presidente

"fuerte", por supuesto) y luego el partido, creación de aquél.

Pero el Maximato, podría aducirse —y así se hizo con frecuencia—, no podría ser nunca el buen modelo del "sistema presidencial", como se purificó durante el régimen de Cárdenas. La figura acabada del "Presidente", pieza maestra del sistema mexicano, la estableció el hombre de Jiquilpan al deshacerse de los engranajes del Maximato. También es cierto, pero con una condición fundamental: la existencia y el manejo o control del partido, en esa época "único". Si tal es el caso, resulta válido decir entonces que *en el principio fue el partido...* Queda, pues, abierta la cuestión: ¿qué fue primero, el presidente o el partido?

Tercera digresión:

¿Quién fue el creador del "presidencialismo" mexicano?

Brincándonos esa digresión inacabable, queda el asunto del "sistema presidencial" y el "presidencialismo" que, como sugería antes, no son precisamente conceptos o ideas fungibles. El "presidencialismo", como degeneración y adulteración del venerable sistema presidencial, apareció en realidad después del sexenio cardenista, y con mayor precisión al concluir la Segunda Guerra Mundial. No podría acusarse de ello al presidente Avila Camacho, a quien le tocó gobernar en una época de transición, muy compleja por sus imbricaciones internacionales en aquellos años. La obra de Avila Camacho todavía está en espera de un adecuado y objetivo análisis histórico, que pueda sobreponerse a la inercia mental de las interpretaciones tradicionales, mecánicas y reiterativas hasta la sublime ignorancia.

Desde que algunos cardenistas exaltados y otros grupos políticos aún más radicales creyeron encontrar

una suerte de "debilidad" presidencial en la elección del general Avila Camacho, se desataron sin mayores análisis las teorías sobre la "claudicación", el "movimiento pendular" del sistema político, las "pausas" y otras más de la misma tónica, atribuyendo los vaivenes de la política mexicana al capricho y la voluntad personales. A ello contribuyeron, una vez más, muchos libros norteamericanos de gran resonancia en los círculos intelectuales y políticos de México. Los autores estadounidenses también repetían, copiándose unos a otros, la teoría de la "desviación" que implicó la llegada de Avila Camacho al poder.

Cualquiera que sea la situación real, lo que merecería una saludable explicación es la reiterada idea, sobre todo en años recientes y particularmente en los meses anteriores a las elecciones generales de 1988, según la cual el "presidencialismo mexicano" fue fundado por el general Cárdenas.¹³ Esta repetida atribución puede obedecer a diversas causas: desde luego, a una interpretación histórica del papel presidencial en una época en que se condenaba por todos lados el "maximato" ejercido por el general Calles y se exaltaba la obra de Cárdenas como liquidador de esa anomalfa perniciosa de la función presidencial. No se hablaba entonces de "presidencialismo", sino respetuosamente de "sistema presidencial", depurado, institucionalizado y fortalecido por el presidente Cárdenas. Si acaso se habló alguna vez de "presidencialismo" fue ocasionalmente, y siempre con sentido positivo en las filas de los sectores "revolucionarios"; aunque es probable que el término, en su significado despectivo, haya sido utilizado por las corrientes derechistas de oposición, en esa época el PAN y el sinarquismo.

En realidad, el "presidencialismo", en su connotación actual, de derecha o de izquierda, empezó a gestarse con la implantación del modelo desarrollista en el país. Fue necesario entonces no sólo ampliar en

forma creciente las atribuciones y facultades del presidente, y en consecuencia la función del partido, sino inflar cada vez más el aparato estatal para dar satisfacción a la codicia desatada de la naciente burguesía nacional, del capital extranjero y de muchos representantes conspicuos de la "familia revolucionaria" en el poder. Era también una derivación muy particular del sistema de economía mixta sugerido en la Constitución de la República.

Al crecer el volumen del Estado y multiplicarse sus atribuciones, funciones y entidades políticas y económicas, crecieron también el poder personal del presidente de la República y las funciones del partido dejaron de ser sólo el mecanismo infalible en los procesos electorales, para convertirse en el engranaje de reclutamiento y movilización que requería el poder presidencial para manejar o controlar —no tan caprichosamente como se ha querido destacar— un sistema político que acoplara y "concertara" las contradicciones nacientes. La elección de la política desarrollista —de la que hablaremos más adelante—, destinada fundamentalmente a facilitar el ascenso y la consolidación de la burguesía emergente y la penetración de los capitales extranjeros, suponía un clima de paz, de tranquilidad, de *estabilidad*, tan apreciado en los Estados Unidos de la postguerra.

Mientras al sur de nuestras fronteras se iniciaban los desajustes, bamboleos y desestabilizaciones que provocó la "guerra fría" y la avalancha de las inversiones extranjeras, favoreciendo la entronización de sistemas y métodos dictatoriales incluso en los países sudamericanos de mayor tradición democrática, México daba un plausible ejemplo de estabilidad, que atrajo siempre la curiosidad a veces sorprendida de investigadores y comentaristas norteamericanos. Comenzó el estudio de lo que se dio en llamar el "sistema político mexicano", que en nuestro país se

designaba simplemente como el "régimen" o los "régimenes" sucesivos de la Revolución.

En esos primeros años de la postguerra no se evitaron, sin embargo, fisuras, resquebrajamientos o "fracturas" (como se decía entonces) en nuestro ejemplar sistema político. Se habló bastante de las "fracturas" o "disidencias" dentro de la gran familia revolucionaria al lanzarse candidaturas presidenciales de oposición, surgidas del seno de esa "familia". Ya me he referido en otra parte al verdadero significado de estas disidencias electorales.¹⁴ Lo importante es subrayar que las contradicciones creadas por el desarrollismo empezaron a ser percibidas por los mexicanos al concluir la guerra mundial y revelarse claramente cuál era la orientación que tomaban los gobiernos "emanados" de la Revolución.

No sólo se publicaron críticas de gran resonancia en esa época —algunas incisivas, violentas y acusadoras, otras francamente pesimistas, derrotistas y casi, casi conservadoras y hasta reaccionarias en su fondo—,¹⁵ sino surgieron nuevas organizaciones políticas también "emanadas" de *La Familia*, como el Partido Popular encabezado por V. Lombardo Toledano y Narciso Bassols, entre otras figuras, y más tarde la Federación de Partidos del Pueblo, patrocinado por muchos generales y políticos cardenistas de relieve, que postularon la candidatura presidencial del general Miguel Henríquez Guzmán. Se inició así la *disidencia* de izquierda, que seguiría itinerarios zigzagueantes y que adoptó numerosas versiones organizativas: desde los intentos y ensayos de nuevos sindicatos o *tendencias* independientes dentro de las grandes formaciones tradicionales (electricistas, maestros, etc.), y también centrales campesinas independientes con alguna fuerza en el campo, hasta la proliferación grupuscular de clases medias borrosamente organizadas, llegando finalmente en nuestros días a los seis o siete partidos registrados y los numerosísimos movimientos sociales y agrupaciones de toda clase,

tanto en la ciudad como en el campo, que actúan hoy dentro, por debajo, por encima o al margen del sistema político oficial y vigente.

Comenzaron también las críticas y reproches al "presidencialismo" y al partido mayoritario o hegemónico, que en los últimos años han llegado a producir visiones apocalípticas: el derrumbe o desplome inevitable del presidencialismo, del PRI y, en fin, del propio sistema político mexicano. Y aquí es donde parece difícil evitar una cierta "sospecha" de carácter político *actual*: la versión que asegura detectar el origen del presidencialismo en la obra del general Cárdenas no es ninguna novedad y ya vimos antes cuál puede ser su origen; pero la extraña reiteración actual y casi la complacencia al afirmarlo resulta, por lo menos, sorprendente: ¿no tendría algo que ver, primero, la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas, el hijo de don Lázaro, y después su figura nacional e internacional en la primera fila de la oposición?

Desde que se inició nuestra actual crisis económica —para algunos, en 1976, según otros, en 1982—, pero sobre todo en los últimos seis años, es decir, en el sexenio que concluyó el 1o. de diciembre de 1988, el concepto, la idea, el reproche, el juicio fulminante, la frase lapidaria, el insulto, todo a lo que hoy remite la frase "el presidencialismo mexicano", lleva implícita una carga emocional negativa, un juicio histórico inapelable, una acusación personal y, en fin, una panacea de desahogos, resentimientos, irritaciones e incluso ocultos deseos de venganza. Pero al mismo tiempo, aún cabezas muy lúcidas y bien formadas, y muchas otras sin esos atributos, reiteran indefectiblemente que el presidencialismo mexicano es creación de Cárdenas, como el partido fue obra de Calles.

Por las razones que expuse antes, no coincido con la versión que ve a Cárdenas como el verdadero fundador del presidencialismo en México. Que lo afirmen,

como siempre lo han hecho, el PAN, el sinarquismo (PDM, en su desdoblamiento actual y "reconocido" oficialmente), y las diversas corrientes reaccionarias y ultramontanas, no es ninguna novedad. Que lo repitan muchos de los serios y acuciosos investigadores norteamericanos, tampoco es una sorpresa, pues no sólo pesa mucho su inveterada tendencia a repetirse y copiarse unos a otros en la apreciación de algunos capítulos contemporáneos de nuestra historia, sino cuenta también su vocación por encontrar lo que llaman a menudo *focal points* (momentos o elementos clave) en el desciframiento de esa historia. Y hay, finalmente, respetables analistas mexicanos que han estado convencidos siempre de esa versión, desde que fue echada a circular en la época en que "presidencialismo" era sinónimo de "regimen o sistema presidencial", con los significados positivos que intentaban enaltecer la obra del presidente Cárdenas.

En realidad, lo que llama la atención y sugiere por lo menos ciertas dudas o sospechas, es la reiterada atribución del presidencialismo (culpable de todos nuestros males) al designio y la decisión de Cárdenas, precisamente cuando se hizo oficial la candidatura presidencial de su hijo Cuauhtémoc. Repito, para evitar malentendidos: es sólo una cierta duda, una cierta sospecha, una cierta impresión que quizás obedezca sólo a ciertas coincidencias en nuestro calendario político...

SEGUNDA PARTE

I. Las etapas del desarrollo

En todo caso, lo importante es establecer, una vez más, que el sistema político mexicano deriva vertebralmente del poder presidencial y el partido "mayoritario", "oficial" o "único", cuya fuerza de organización y movilización masiva ha sido primordial en el país. La articulación de esos dos poderes —aunque uno casi absoluto y el otro en gran parte *derivado*— es tan abierta, que el Presidente no es sólo jefe de Estado y jefe de gobierno, de acuerdo con lo que establece la Constitución de la República, sino también es el jefe indiscutido del Partido, lo que no está ya establecido en ninguna ley pero tiene más preponderancia que cualquier norma escrita.

A pesar de esta ambivalencia estructural del sistema político de México, también operan dentro de él ciertas formaciones sociales de menor relevancia numérica y política, pero cuya presencia en la vida pública ha servido para canalizar la participación de algunas corrientes ideológicas. Y hay también otros factores del juego político, no condensados precisamente como organismos de militancia, cuya acción —sobre todo en los dos sexenios anteriores— ha representado un elemento esotérico y a veces aparentemente "errático" de las decisiones políticas. Me refiero naturalmente a los llamados "grupos de presión", por los cuales se señaló siempre a las organizaciones empresariales, nacionales o extranjeras, y al alto clero católico. En años recientes, las presiones anteriormente externas de los empresarios se fueron deslizando, primero subrepticamente y después en forma abierta, a los propios rangos del PRI, en el que han llegado a ser ya "distinguidos militantes" con sólidos y visibles apetitos electorales.¹⁶

Aquí me propongo simplemente reflexionar un

poco sobre este sistema político mexicano, considerando en forma resumida su evolución histórica como parte de los cambios estructurales ocurridos en México después de la etapa armada de la Revolución, y como factor coadyuvante y producto al mismo tiempo de tales transformaciones. Es frecuente que en muchas apreciaciones sobre nuestra vida política no sólo se soslaya la estrecha relación que ha existido y sigue existiendo entre los mecanismos políticos y la forma de desarrollo general del país, sino parece olvidarse igualmente el recorrido histórico de dichas relaciones.

El "sistema político" resulta así un marco abstracto de acciones y decisiones, tanto más misterioso e incomprensible cuanto mayor es su sustracción de la estructura real del país. Desprendido de sus fundamentos materiales y de su dinámica histórica, el sistema político, además de abstracto, resulta petrificado, rígido, casi inmóvil, suspendido en una dimensión más o menos intemporal. En tales condiciones, todo intento de explicación termina por reducirse a la conjetura, a la sorpresa sabrosa y atractiva de la anécdota, cuando no a la búsqueda de una motivación subjetiva situada en una suprema voluntad individual. Por supuesto que esa "suprema voluntad individual" existe y funciona con peso enorme en la vida pública del país, como se encargó de recordarlo Daniel Cosío Villegas en un momento oportuno —cuando Echeverría hacía todos los intentos por rescatar el poder presidencial de los escombros diazordacistas—, en sus ágiles ensayos sobre el "estilo personal de gobernar", el *sistema político mexicano* y algunos otros.¹⁷ Remitido sólo al extremo de la "suprema voluntad individual", el arte del análisis político se transforma en un difícil oficio de desciframiento, de lector de cábala o de aprendiz de psicólogo.

No es exagerado afirmar que mucho del "misterio" que parece envolver a nuestro sistema político deriva

en gran medida, no del propio sistema sino de cierta dificultad que hemos encontrado los mexicanos para aplicar a nuestra vida pública normas elementales de la sociología política. Esta dificultad o "bloqueo" con frecuencia explica de alguna manera la influencia que han tenido entre nuestros investigadores y analistas políticos algunos libros extranjeros, particularmente norteamericanos, que con una óptica menos comprometida con nuestra historia y, desde luego, con mayores recursos de toda índole, han ofrecido su "versión" de la vida política mexicana, bien alimentada de datos estadísticos, valiosas entrevistas y un buen acopio de muchas informaciones a las que en muchos casos no hemos tenido acceso los mexicanos.¹⁸

Una buena norma de la sociología política, la primera quizás, exige considerar a la política, es decir, a la *organización política* de toda sociedad como parte y expresión de estructuras y procesos más profundos, en los cuales podría ser más fácil y objetivo encontrar su verdadera lógica interna. Pero otra norma elemental reclama también la utilización de la perspectiva histórica, en la que probablemente encontraremos el otro elemento vertebral de dicha lógica interna: el movimiento dinámico, el cambio, la transformación.

Creo que para entender la evolución y "funcionalidad" —valga por ahora el término— de nuestro sistema político, es preciso tener presentes las distintas etapas que ha cubierto el proceso postrevolucionario del país. Consideradas globalmente, no por estrictos criterios cronológicos ni por acontecimientos históricos utilizados para delimitar periodos, sino en razón de formas más o menos definidas de desarrollo, inspiradas y sustentadas en un proyecto específico, parecería útil referirnos a tres etapas claramente delimitadas en nuestra historia contemporánea: *primera*, la etapa de las transformaciones revolucionarias (Obregón-Cárdenas, 1922-1940, y en parte hasta 1945); *segunda*, la etapa

"desarrollista" (Avila Camacho-Díaz Ordaz, 1941-1970); y *tercera*, la etapa del desarrollo *crítico*, no por responder a una actitud de crítica, sino por tratarse de una forma de desarrollo "en crisis" o una crisis del desarrollo (Echeverría-Miguel de la Madrid, 1971-1988). Como cuando decimos que alguien o algo se encuentra en una situación "crítica".

Es probable que los historiadores del futuro, con criterios y perspectivas de larga duración, encuentren otras nomenclaturas para estas tres etapas históricas; pero por hoy es evidente que las empleadas aquí corresponden a las que forman parte de nuestra conciencia política actual.

II. El período de las transformaciones revolucionarias

La primera etapa fue el resultado de las contradicciones económicas y sociales que condujeron originalmente al movimiento armado de 1910. Producto de esas contradicciones, el programa central de la Revolución se desdobló, por así decir, en dos grandes líneas o vertientes de propósitos: por un lado, la necesidad de un impulso decidido al desarrollo material del país (la "liberación de las fuerzas productivas", como dirían autores muy ortodoxos), sobre la base de la recuperación nacional de los recursos básicos, la reforma agraria, las obras de infraestructura económica, la industrialización y la expansión del mercado interno; por otro lado, la satisfacción de grandes demandas sociales del pueblo, lo que implicaba, entre otras cosas, una vasta labor educativa, asistencial y de seguridad social, así como considerables esfuerzos en materia de salubridad, vivienda y bienestar social.

Estas dos políticas fundamentales de la Revolución Mexicana, la económica y la social, para expresarlo en

forma más simple, sólo podían llevarse a cabo mediante la acción vigorosa del nuevo Estado mexicano, cuyas atribuciones fueron claramente establecidas en la Constitución de 1917. Nada podría realizarse sin la empresa promotora del Estado surgido de la Revolución, a cuyas atribuciones institucionales la Constitución añadía claras y precisas obligaciones programáticas. Muchos años después, ya en nuestros días, se harían modificaciones constitucionales para establecer, no sin cierto eufemismo, la *rectoría* económica del Estado.¹⁹

Los primeros gobiernos revolucionarios, respondiendo sin duda a las exigencias del nuevo proyecto nacional, emprendieron la empresa de transformar al país mediante una amplia política de reformas estructurales, a las cuales se oponían no sólo la organización social tradicional, sino también la propia escasez de recursos y condiciones materiales. La única alternativa parecía ser una poderosa movilización de las fuerzas sociales desatadas por la revolución, medida que pasaba necesariamente por la construcción de un nuevo sistema político.

La etapa de la lucha armada había desembocado, políticamente, en la dispersión de los centros de poder y en el caudillismo. De hecho, la multiplicación de los núcleos de poder político y el sistema mismo del "caudillaje", obedecían en gran parte a la propia geografía del país —su extensión, las dificultades de comunicación y la existencia ancestral de zonas casi inaccesibles— y a prácticas de dominación de grupos que prevalecían desde el siglo XIX, por lo menos, y todavía subsisten hoy bajo la forma de "caciquismo" local, elemento importante en el funcionamiento eficaz del sistema político. Esa dispersión política, bajo la forma de "caudillajes" (no de simples y menores caciquismos), significaba un obstáculo más al programa revolucionario, pues no sólo debilitaba seriamente al nuevo Estado revolucionario, por la multiplicidad caótica y la pugna

circunstancial de intereses políticos locales, sino favorecería también la resistencia más coherente de las clases reaccionarias del país.

Por otra parte, el doble propósito revolucionario de promover el desarrollo económico de la nación y atender las demandas sociales del pueblo mexicano, contenía larvada una peligrosa contradicción, que se derivaba justamente de los escasos recursos de que disponía entonces el Estado naciente: impulsar el desarrollo económico en menoscabo de la política social, o atender prioritariamente el bienestar de las mayorías populares con el grave riesgo de afectar la política económica. No había condiciones ni recursos para realizar al mismo tiempo las dos políticas. Tarde o temprano debería optarse por alguno de los dos caminos, con indudables peligros en cada uno de ellos.

Sin embargo, aunque la decisión que habría de tomarse no dejaba lugar a titubeos o dudas —el bienestar social era inconcebible sin un verdadero desarrollo económico—, el dilema no se presentó en realidad sino en una época posterior a las primeras realizaciones revolucionarias. Subrayo la contradicción porque de alguna manera su previsible inminencia contó necesariamente en los cálculos que condujeron al diseño del sistema político mexicano.

La imprescindible movilización de las fuerzas revolucionarias en apoyo de un programa de transformaciones, la necesidad de superar para ello la dispersión política y los mecanismos del caudillaje local, y la previsión, en fin, de una eventual contradicción programática que podría provocar tensiones o conflictos sociales, fueron razones suficientes para decidir la creación del Partido Nacional Revolucionario (PNR) en 1929, aglutinándose en él a los sectores mayoritarios de vocación revolucionaria.

Con el nacimiento del PNR, como ya vimos antes, nace también uno de los factores fundamentales

de lo que llamamos comunmente el "sistema político mexicano", pues la aparición y desarrollo de ese partido —primera organización nacional de masas en la historia de México— establecieron o institucionalizaron, si se quiere, las reglas del juego abiertas que, para bien o para mal, habrían de regir la vida pública del país durante un periodo cuyo fin aún no se vislumbra. Y digo que fueron reglas del juego "abiertas", porque en realidad el otro factor fundamental del sistema, la "figura" y el papel predominante del Presidente, opera con otras reglas de juego no tan abiertas o visibles, pero mucho más decisivas.

En todo caso, la configuración de las reglas del juego político que implicó la creación del PNR sirvió, en primer término, para establecer claramente los campos del enfrentamiento durante la primera etapa histórica en que nos hemos situado: de un lado, las fuerzas de la Revolución, canalizadas dentro del partido que habría de llamarse poco después "mayoritario", en apoyo de un proyecto de transformaciones económicas, sociales y mentales; del otro, las fuerzas de la reacción conservadora, abiertas o disfrazadas, que tarde o temprano tendrían que promover sus propios instrumentos de acción política. Ello ocurriría justamente en la década siguiente, durante el gobierno del general Cárdenas, al aparecer en el escenario político el PAN y la Unión Nacional Sinarquista.²⁰

La relación que existe entre la creación del PNR y la política de transformaciones revolucionarias emprendida por la serie de gobiernos que va de Obregón y Calles a Cárdenas, es una relación de necesidades recíprocas. Si la tarea de reformas y cambios realizados por esos gobiernos sólo fue posible en considerable medida gracias a la existencia de un sistema político orgánico, definido por el papel del Presidente de la República y el partido "oficial", la constitución de dicho sistema político sería inexplicable, a su vez, sin la

acción catalizadora del proceso revolucionario y sus demandas de transformación.

Contó también, durante esta primera etapa, una particular configuración social del país, heredada en parte de las estructuras tradicionales, pero estimulada ahora por la presencia de nuevas formaciones sociales promovidas activamente por la reciente conmoción revolucionaria. Al lado de una población mayoritaria de origen campesino, se entreveraban hoy núcleos incipientes de un proletariado urbano, una burguesía comercial e industrial —que provenía en buena proporción de las condensaciones formadas en el siglo XIX—, y, en fin, una nueva clase media, reducida todavía, aunque activa y participante en tareas políticas. Frente a estos componentes virtuales de una nueva organización económica, social y política, subsistían aún los enemigos tradicionales del cambio histórico y la integración nacional: la clase terrateniente y sus aliados, reclutados en las filas del clero acomodado y ciertos sectores de clase media tradicional y obviamente conservadora.

La etapa de las transformaciones revolucionarias tuvo a su favor que las primeras reformas estructurales —reforma agraria, reforma educativa, expropiaciones, nacionalizaciones, política hidráulica y política financiera, para mencionar sólo a las más significativas— representaron al mismo tiempo estímulos fundamentales al desarrollo económico y satisfacción inicial de importantes demandas sociales. El nuevo sistema político, ligado estrechamente a dichas reformas, se derivó necesariamente (por la estructura misma del partido "oficial") hacia una amplia organización de las clases populares, la campesina y la obrera primordialmente, sobre la base de una satisfacción a sus aspiraciones gremiales.

Podemos agregar también que la coherencia inicial del proyecto revolucionario de México, su combinación orgánica de intenciones normativas,

propósitos definidos y realizaciones concretas, se facilitó en buena parte por el marco internacional que configuraban la gran depresión económica del sistema capitalista y las contradicciones imperialistas que anunciaban la segunda guerra mundial. La inevitable necesidad de una alianza antifascista frenó sin duda las declaradas tentaciones imperialistas de "desestabilizar" o disuadir al menos la política de reformas emprendida por los gobiernos revolucionarios de México, política que escandalizó particularmente a las potencias occidentales durante el régimen del presidente Cárdenas, al llevarse a cabo la expropiación de las industrias petroleras, en marzo de 1938.

Sin embargo, si el panorama de la política internacional favoreció la labor revolucionaria del gobierno cardenista, coronando el ciclo de la etapa de transformaciones estructurales, en la esfera interna afloraron los desajustes sociales y políticos que había incubado la propia Revolución. Aparecen entonces, como mencioné antes, los movimientos reaccionarios que brotaban de una sociedad tradicional afectada profundamente en las bases de su organización.

Fue entonces que mostró su eficacia el sistema político diseñado a fines de la década anterior, pues aunque las corrientes reaccionarias todavía intentaron sabotear la obra cardenista mediante una oposición persistente y semiclandestina, acuartelada en las iglesias, en algunas universidades y en agrupaciones paramilitares de inspiración fascista, finalmente se vieron obligadas a someterse a las reglas del juego establecidas por el sistema político. Surgieron entonces, ya como organizaciones políticas de cara visible, el Partido Acción Nacional y la Unión Nacional Sinarquista, claramente vinculados a los sectores más conservadores de la clase media tradicional y del clero católico. No faltaron también, en el seno del sinarquismo, grupos de

campesinos fanatizados que representaban la herencia del movimiento cristero de los años 20.

La labor del régimen del general Cárdenas, como se señaló antes, cerró el ciclo de las grandes transformaciones revolucionarias, dejando, entre otras muchas cosas, la consolidación del sistema político mexicano, no sólo evidente por el reforzamiento y la reestructuración del partido mayoritario que en 1938 se transformó en Partido de la Revolución Mexicana (PRM), sino también por haber hecho entrar al sistema, como partes de él, a las organizaciones políticas de la derecha militante, liquidándose definitivamente la época del caudillismo, los "levantamientos" militares y las insurrecciones armadas de inspiración reaccionaria.

Casi se ha vuelto una norma obligada atribuir el cambio de política que sobrevino después a una mala elección de la persona que habría de suceder al general Cárdenas en la Presidencia de la República. Pienso que puede conducir a graves errores "subjetivar" a tal grado las grandes etapas de nuestra historia contemporánea, pues remitimos entonces el criterio de explicación a esferas nebulosas e inaccesibles de carácter personal, sustrayéndonos del verdadero terreno en que debe operar el análisis político.

III. Itinerario del desarrollismo: el interludio avilacamachista

La verdad es que los orígenes de la etapa llamada "desarrollista" —por la aplicación prolongada de un nuevo modelo de desarrollo nacional cuyas características analizaremos después— hay que buscarlos, primero, como es lógico, en las contradicciones estructurales y programáticas del propio proceso revolucionario, y después, paradójicamente, en las condiciones que impuso a México la segunda guerra mundial, con toda su conocida

secuela posterior de "guerra fría" y divisiones planetarias. Este factor externo no siempre ha sido ponderado correctamente al enjuiciar lo ocurrido en México durante y después de la segunda gran conflagración. Muchas veces tengo la impresión de que el diagnóstico histórico encuentra especial satisfacción en la acusación personal, la sorpresa anecdótica y el gusto, a veces casi deliro, por la parrafada literaria.

La realidad es mucho más fría. Al acercarse el término del gobierno cardenista parecía imprescindible reformular la estrategia del desarrollo nacional, no por lo que tocaba a sus principios y metas generales —que seguían siendo válidos en la medida misma en que no se habían realizado plenamente—, sino a la luz de las decisiones prioritarias que había que tomar en virtud de los recursos disponibles y, sobre todo, por la necesidad de integrar de alguna manera la economía mexicana a las exigencias de la inminente guerra mundial. De un modo u otro, era inevitable la participación de México en la guerra mundial que se avecinaba.

La opción interna —orientar el impulso principal hacia la promoción económica, subordinando por lo pronto la atención de grandes demandas sociales— parecía sin duda la única alternativa válida en virtud de la escasez de recursos que padecía el Estado. Sin embargo, esta decisión no significaba necesariamente aplazar o frenar la política social, pues una promoción sana del desarrollo nacional, materializada en obras de infraestructura, protección agrícola y fomento industrial, se traduciría de cualquier manera en indudables beneficios sociales, a condición, por supuesto, que fuese realizada con el mismo criterio revolucionario y democrático que había inspirado la obra material de la etapa anterior. Se requeriría, en suma, una política de desarrollo equilibrada geográfica, sectorial y socialmente. Y nacionalista además. Un proyecto distinto sólo crearía

graves deformaciones económicas, desequilibrios regionales y nuevas desigualdades sociales.

No era eso lo que las grandes masas populares esperaban de la Revolución. No obstante, esto fue justamente lo que ocurrió al iniciarse el gobierno del general Avila Camacho, en 1940, cuando se había desencadenado ya la segunda guerra mundial y en la que pronto participarían los Estados Unidos. México fue arrastrado también al conflicto, lo que, entre otras cosas, significó la subordinación de nuestro desarrollo económico a los fines desnacionalizados de la economía de guerra. Este hecho, que frecuentemente se olvida o se pasa por alto al denunciar "patrióticamente" la claudicación del régimen avilacamachista, fue un factor decisivo en el rumbo que habría de tomar el país, pues exigió desde el principio la aplicación de un esquema deformado de nuestro desarrollo que habría de alejarse muy pronto del modelo original previsto en el programa revolucionario.

Se establecieron entonces prioridades económicas exigidas por necesidades militares ajenas al país; se crearon los llamados "polos de desarrollo" que únicamente acentuaban las desigualdades regionales y sociales, preparándose así lo que alguien llamó más tarde la "alfombra" del capitalismo en México: comunicaciones exclusivas o preferentes, transporte barato, entrega indiscriminada de materias primas, subsidios, facilidades arancelarias, financiamiento y protección incondicional por parte del Estado. Con ello se sentaron también las bases de la estrecha dependencia del país hacia los Estados Unidos, que habría de acentuarse definitivamente al finalizar la guerra mundial. Al mismo tiempo, y como una consecuencia lógica de esta "desviación" del desarrollo, se redujo considerablemente la atención a la política de bienestar social. Fueron, en fin, los principios generadores del "desarrollismo" que

iba a predominar durante los cuatro sexenios siguientes al de Avila Camacho.

En realidad, el gobierno de Avila Camacho representó una fase de transición hacia lo que se ha designado, incluso oficialmente, como etapa desarrollista. La guerra mundial fue una contingencia inevitable que originó condiciones muy desfavorables para la continuación de la política aplicada durante el régimen cardenista. El fortalecimiento definitivo de una burguesía nacional interesada primordialmente en acrecentar su poder económico, su consolidación social y su influencia política, en creciente articulación y dependencia respecto del capitalismo estadounidense, fue la finalidad específica del nuevo modelo de desarrollo utilizado por los cuatro primeros gobiernos de la postguerra.

Sobre la deformación estructural que significó para México la subordinación a la economía de guerra, vino a agregarse ahora una de las consecuencias más negativas de la expansión capitalista que se produjo al concluir la conflagración mundial: la creciente inversión de capitales extranjeros. Surgió, así, en el seno de la vida económica y social del país, un poderoso factor de distorsión que acabaría convirtiéndose en el centro de las disputas ideológicas durante varios lustros.²¹ Pues además ocurrían los hechos en el marco de una atmósfera internacional dominada por la polarización de la llamada "guerra fría", que sirvió maravillosamente a las superpotencias en pugna para exigir un sometimiento y una dependencia incondicionales a las metrópolis de sus respectivas órbitas.

En el caso de México, como ya se indicó, las consecuencias de la postguerra se tradujeron en la adopción oficial de la fórmula desarrollista, lo que obviamente implicó una profunda modificación programática frente a la estrategia revolucionaria que había caracterizado la etapa precedente. Desde el punto de vista ideológico, el cambio de política significaba un

abandono de las finalidades sociales de la Revolución y una peligrosa pendiente de claudicación frente a la idea nacionalista del desarrollo del país. El esquema desarrollista de la postguerra se ajustaba a los desequilibrios provocados por la economía de guerra, a las demandas de una burguesía, antigua o "emergente", o mezcla de las dos, que incrementaba su poder gracias a tales desequilibrios y a los nuevos intereses parapetados en el flujo de las inversiones extranjeras.

La concepción desarrollista basó su justificación histórica en la escasez de recursos y en el atraso general del país. Para desarrollar la riqueza de la nación, se dijo entonces, era indispensable fomentar la inversión privada, nacional o extranjera, orientando los esfuerzos del Estado hacia obras de infraestructura que favorecieran y alentaran dicha inversión. Era el principio de la rentabilidad a corto plazo. La teoría de los "polos de desarrollo" fue la panacea: invertir allí donde la relación del "insumo-producto" fuese no sólo más eficaz, sino más redituable desde el punto de vista de la empresa privada. Lo importante era promover la industria, la producción, los índices globales del crecimiento económico que mostrasen en cifras la expansión del país y su... "capacidad para absorber capitales".²²

Los resultados de la política oficial se presentarían entonces, no como una realización de equilibrio entre el desarrollo material del país y sus bienestar social, sino como una insinuante carta de presentación ante el inversionista nacional o extranjero. La satisfacción de las necesidades sociales quedaba aplazada para cuando el país, confortablemente instalado ya en la galería de los países industriales y con suficientes recursos excedentarios para labores filantrópicas, pudiese emprender una sólida política de bienestar general. El desarrollismo fue en este sentido una política de escaparate, con ofertas de justicia social diseñadas para el futuro.

Era difícil, sin embargo, impedir la protesta social que inevitablemente habría de provocar el modelo desarrollista. A pesar de los índices globales del crecimiento económico y la evidente capacidad de México para "absorber capitales", como gustaban decir entonces los teóricos del desarrollismo, capacidad materializada en el impulso a sus "polos de desarrollo", la geografía del país y sus enormes disparidades sociales vaticinaban tensiones y conflictos. No podía haber tranquilidad en una sociedad que renunciaba de antemano a la búsqueda de los equilibrios internos, en aras de un disfrazado sistema de beneficios y privilegios minoritarios. El decidido estímulo a los "polos de desarrollo", detrás de los cuales sólo prosperaban algunas regiones del país y reducidos núcleos sociales, habría de acentuar aún más los contrastes y las contradicciones frente a las vastas dimensiones de la pobreza y el atraso social que los rodeaba por todas partes.

IV. Itinerario del desarrollismo: primeras "fracturas" del sistema

El sistema político, dominado enteramente por la voluntad presidencial y el aparato organizativo del partido oficial, serviría esta vez como muro de contención de las protestas que generó la política desarrollista. Esta nueva variante de la "funcionalidad" del sistema se perfiló con nitidez al transformarse el Partido de la Revolución Mexicana, con estructura, propósitos ideológicos y lineamientos programáticos vinculados a la obra cardenista, en Partido Revolucionario Institucional, con las definiciones "estabilizadoras" que le exigía la estrategia del desarrollismo. La estructura política del país habría de adecuarse en adelante a una organización económica y social caracterizada por desequilibrios y desigualdades.

El crecimiento y la consolidación de una burguesía concentrada en torno a los "polos de desarrollo", y su arrastre necesario sobre el rápido desarrollo de las clases medias urbanas, fueron las principales consecuencias sociales del desarrollismo. Sin embargo, la confortable holgura económica que empezaron a disfrutar estos nuevos sectores era sólo uno de los lados de la verdadera situación social del país; en el otro extremo del espectro aumentaban también las zonas de la pobreza, cuyas condiciones se agravaban por el acelerado crecimiento demográfico y la disminución o el olvido de la atención debida a las necesidades sociales de la población mayoritaria. A la "eficacia" del sistema político, y particularmente a los instrumentos de control del partido mayoritario, se encomendó la tarea de contener las protestas y los conflictos sociales derivados de esa situación polarizada del país.

Sin embargo, los movimientos de oposición que generó el desarrollismo no provenían ya de las estructuras tradicionales y conservadoras de la sociedad mexicana, sino de las propias fuerzas revolucionarias: campesinos, obreros y sectores críticos de las nuevas clases medias. Cuando el partido oficial fue incapaz de manipular y controlar estas "heterodoxias", se recurrió sin mayor trámite a la represión armada, al encarcelamiento de dirigentes y seguidores, y aun a la fría y calculada *masacre*, como ocurriría en 1968 y 1971.

La mayor fractura o colisión de intereses dentro del sistema político vigente surgió al aproximarse la sucesión presidencial del licenciado Miguel Alemán, ocasión en que se promovieron formalmente las candidaturas del general Miguel Henríquez Guzmán —al que apoyó un importante sector de generales y antiguos dirigentes cardenistas, con amplia ascendencia en el medio rural— y de Vicente Lombardo Toledano, intelectual de alta envergadura y máximo dirigente obrero en los gobiernos de Cárdenas y Avila Camacho.

al que apoyaron grupos obreros en diversas partes del país, intelectuales de izquierda o simplemente "progresistas", así como otros sectores de clase media, críticos del predominio del PRI.

El almazanismo y el padillismo, como formas embrionarias de disidencia dentro del sistema, habían sido en realidad movimientos pasajeros en los que se amalgamaron fuertes ambiciones personales, vestigios de la época caudillista y sectores reaccionarios de dentro y fuera de México que pretendían frenar o desviar la obra revolucionaria. La batalla electoral de 1952 fue en cambio una traducción política de las divisiones provocadas por el proyecto desarrollista que empezaba a aplicarse en el país. Y aquí debo agregar ahora que el "desarrollismo", si bien empezó siendo una política definida de promoción económica, cuyos rasgos principales señalé antes, habría de convertirse a la postre en el molde dominante de todo el sistema social y político del país. Se habla del desarrollismo como una fórmula básicamente económica, pero también debe entenderse como todo un engranaje de manipulaciones y decisiones de carácter político que llegó a prevalecer en México durante 25 años por lo menos.

V. La modesta "aportación" de la clase media

Aunque el sistema político mexicano "absorbió" finalmente aquellas divisiones y *fracturas* dentro de la llamada "familia revolucionaria", manteniendo así la estabilidad del país, era evidente que debería buscarse una receta adicional para atenuar de alguna manera la creciente protesta de las clases populares. El gobierno del presidente Ruiz Cortines terminó en medio de serios conflictos sindicales, dejando hábilmente que su sucesor tuviera que reprimirlos con gran violencia a los pocos meses de iniciar su gestión.

La "receta" adicional consistió en preocuparse nuevamente por la política de bienestar social, mediante el incremento de los recursos del Estado gracias a una carga fiscal ascendente sobre las nuevas y florecientes clases medias del país. Tratándose de formaciones sociales promovidas y en buena medida favorecidas por el proyecto desarrollista, se consideró que estos sectores medios de la población estaban en condiciones de contribuir eficazmente a cubrir los gastos de una nueva política social que garantizara la tranquilidad nacional y el reforzamiento del desarrollo "estabilizador", como se le bautizó entonces a la estrategia oficial.

Si de algún modo esta variante financiera sirvió para atenuar efectivamente el malestar existente en el campo y las fábricas, estimuló en cambio un creciente descontento en el seno de la clase media mexicana, cuyas dimensiones numéricas representaban ya una nueva marea de necesidades sociales particularmente difíciles de atender por sus numerosas y versátiles exigencias cuantitativas y cualitativas: mayores ingresos, educación, acomodo profesional, reconocimiento social, participación política relevante, facilidades urbanas, recreaciones individuales y colectivas, inclinaciones morales e ideológicas, etcétera.

La década de los sesenta fue la década de la clase media, como traté de explicarlo en mi libro sobre ese tema. Los conflictos más graves fueron expresiones de su descontento, de sus aspiraciones insatisfechas y de sus primeras frustraciones "estructurales". Como típico sector esponjoso y receptivo, la clase media recogió pronto las demandas contradictorias de la sociedad mexicana y las convirtió en motivaciones de su actitud crítica. Su desbordamiento como conciencia de protesta tuvo consecuencias decisivas en los complejos engranajes del sistema político mexicano.

En efecto, los desequilibrios estructurales provocados por el modelo desarrollista tuvieron un

impacto desastroso en la organización política del país. No sólo se frenó o desvirtuó francamente la anterior proyección revolucionaria del partido oficial, sino se favoreció también la aparición de prácticas viciosas y fraudulentas en los procesos electorales y en otras formas de participación colectiva, como sindicatos, uniones campesinas y aun organizaciones de clase media burocrática o profesional. Los compromisos secretos, las transacciones (desde entonces se incorporó a nuestro vocabulario político el concepto de "transa"), los "sobres lacrados", el corre-ve-y-dile de las "listas", y las técnicas más recientes de la "alquimia" y el "maquillaje" electorales fueron, entre otras muchas, las fórmulas predilectas para asegurar el predominio del llamado partido "mayoritario", cuando precisamente empezó a ser "minoritario" en muchos distritos electorales del país,²³ con un saldo líquido de corrupción y cacicazgos políticos que proliferaron a la sombra de los requerimientos de control y manipulación.

VI. 1968: Echeverría y la crisis del desarrollo

Las nuevas contradicciones hicieron crisis precisamente en el conflicto estudiantil de 1968, que condujo al país a una situación límite —la represión— y a la conciencia de una alternativa ineludible: continuar la vía desarrollista, al amparo de un sistema político dominado por métodos autoritarios y represivos para someter las protestas sociales, o corregir el camino para buscar soluciones que condujesen de alguna manera a un nuevo esquema de desarrollo más equilibrado, más equitativo y sobre todo más democrático.

Esta fue la alternativa que se planteó necesariamente el país como consecuencia directa de la crisis de 1968 y ante el cambio de gobierno que debería ocurrir en 1970. Y no era sólo un problema de métodos

—represión o vía democrática—, sino un asunto que englobaba a la estrategia misma del desarrollo nacional. Tampoco se trataba únicamente de una satisfacción formal a las exigencias expresadas por la clase media, pues era evidente que los desequilibrios internos se traducirían también, tarde o temprano, en protestas y demandas de las clases populares del país, creándose entonces situaciones potencialmente explosivas.

El gobierno de Echeverría intentó definirse desde el principio por una búsqueda de soluciones democráticas y por la convicción de que era preciso emprender una política correctiva al modelo de desarrollo aplicado durante las tres décadas anteriores. Esta decisión condujo, por lo pronto, a una denuncia expresa de los desequilibrios y deformaciones estructurales generados por la política desarrollista, y al planteamiento de una nueva estrategia nacional que tuviese como objetivo la participación de todos los sectores en las tareas y los beneficios del desarrollo.

El hecho de criticar oficialmente la política desarrollista y proponer un modelo sustituto que pudiese corregir desequilibrios regionales y desigualdades sociales parecía representar un paso importante para el eventual replanteamiento del programa revolucionario. Así se pensó al menos al voltear la década de los setenta y ofrecerse a México un buen ramillete de promesas esperanzadoras. Desde luego, la crisis del 68 había conducido a una indispensable toma de conciencia: era necesario cambiar el rumbo, modificando radicalmente los esquemas de política prevalecientes hasta entonces.

Si analizáramos los hechos con criterios estrictamente subjetivos, atribuiríamos sin más los cambios ocurridos en la década de los setenta a las decisiones que tomaron personalmente los dos presidentes de la República que siguieron a Díaz Ordaz. Echeverría y López Portillo, en efecto, además de promover o estimular —por lo menos verbalmente— la

crítica al desarrollismo, intentaron conducir al país por caminos que consideraban diferentes: Echeverría insistió en su fórmula del "desarrollo compartido", mientras que López Portillo creyó hallar la clave en la llamada "alianza para la producción". En ambos casos, los fracasos fueron contundentes y todavía hoy estamos pagando las consecuencias. Ambos presidentes tomaron en serio lo del "estilo personal" de gobernar, según la descripción metafórica de Cosío Villegas, y peor aún, también creyeron que era fácil, de acuerdo con nuestro sistema presidencialista, manejar la economía nacional desde los Pinos, como anunció públicamente el presidente Echeverría.²⁴

Descartando los ingredientes del subjetivismo histórico, parecen claros varios hechos. En primer término, los sexenios de la etapa desarrollista condujeron inexorablemente a los conflictos urbanos de los años sesenta, provocando la llamada *crisis del 68*. López Portillo dijo en alguna ocasión que la crisis de conciencia del 68 había sido la "crisis de conciencia de la clase media". La verdad es que esa crisis del 68 fue en realidad el resultado sangriento, típicamente mexicano, de todas las contradicciones, los desajustes, los *desfasamientos* y las limitaciones finales del desarrollismo. Este aspecto estructural sí lograron percibirlo, con diferente intensidad y nivel intelectual, los dos presidentes de los años setenta y sus respectivos consejeros áulicos.

VII. Del populismo verbal a la "devaluación" presidencial

Parecería, no obstante, que el recetario económico del desarrollismo, convertido en otra pieza maestra del sistema presidencial, dejó una especie de *gettatura* en los finales de sexenio, que inauguró dramáticamente Díaz Ordaz. Echeverría recibió el gobierno de un país

traumatizado por la represión y con miedo de un vuelco militarista. Al concluir su mandato dejó a ese país agobiado por una seria crisis financiera, decisiones erráticas por todas partes, problemas incontrollables y persistentes rumores de golpe de Estado, que sólo recobró la tranquilidad al escuchar el mensaje emotivo y prometedor del nuevo Presidente de México, José López Portillo. Pero como la *gettatura* seguía siendo válida, también López Portillo llegó a su último año de gobierno dejando al país postrado por colapsos financieros que no sólo hicieron temblar a México, sino a todo el sistema financiero internacional. Continuaba, pues, el *desarrollo en crisis* o la *crisis del desarrollo*, según se prefiera como definición.

Así concluyeron los dos sexenios populistas, cuyos descomunales fracasos económicos alegraron tanto a los epígonos del desarrollismo o "cripto-desarrollistas" (como podrían haberlos designado los radicales del lenguaje). Hay quienes afirman, incluso, que los malos resultados que tuvieron los ensayos populistas que intentaron manejar la economía de la nación desde la casa presidencial, acabaron por crear una cierta atmósfera de nostalgia por la era desarrollista.²⁵

No considero que sea posible ningún regreso al desarrollismo —ni siquiera a algún tipo de simulacro semejante al del "desarrollo estabilizador"— por muchas razones y obstáculos históricos. Pero, sobre todo, por una barrera primordial: el desarrollismo se integró tanto al sistema político que casi llegó a confundirse con él. Los intentos por "superar" el desarrollismo eran en el fondo búsquedas desesperadas —casi personales, como en el caso de Echeverría— por escapar de ese prolongado modelo económico que fue también un modelo político y una forma de condensación social. Para ello hubiese sido necesario modificar, cambiar o reformar de alguna manera el sistema político en sus bases fundamentales. Esa fue la gran contradicción.

que han debido afrontar los gobiernos posteriores al de Díaz Ordaz, incluyendo el de Miguel de la Madrid, que tuvo variantes muy particulares.²⁶

Echeverría y López Portillo acabaron en la *débaçle* precisamente por haber creído que podían cambiar de política económica sin cambiar al mismo tiempo la política misma, es decir, las bases del *sistema*. Sería históricamente injusto no reconocerles a los dos presidentes sus manifiestos deseos y proyectos concretos para alterar el camino que condujo al "68". Echeverría provocó incluso, desde los primeros años de su gobierno, reacciones de irritación y de amenazas en algunos círculos oligárquicos del país, que vieron con alarma los intentos por reforzar el papel promotor del Estado y los nuevos impulsos que se dieron a la política social, sobre todo en el campo de la educación, la vivienda para obreros, la extensión de la seguridad social y las diversas medidas de protección a los salarios, al consumo popular y a la habitación urbana.

Pero no llegó nunca al fondo del problema: las prometidas "reformas estructurales" en los sistemas impositivos, como una forma decisiva de redistribuir el ingreso, alarmaron seriamente a la burguesía y se resignaron a quedar como meras "adecuaciones fiscales", que hirieron más a las clases medias de ingresos regulares que a las minorías oligárquicas. Es sólo un ejemplo, desde luego, de las verdaderas dificultades que deberían ser superadas para lograr una auténtica reforma. En su última etapa, el echeverrismo se centró en la oratoria populista, las amenazas verbales al sector empresarial, el fomento de invasiones de tierras con fines políticos y una proyección internacional tercermundista que complicó mucho la situación interna al caer el presidente en el espejismo de la "avalancha de petrodólares", orillándolo a decisiones que le enajenaron la voluntad del poderoso sector israelita, tanto en lo nacional como en lo internacional.

El "reformismo" echeverrista acabó enfrentándose a todo y a todos: la burguesía nacional, el imperialismo, los centros financieros internacionales, la llamada "izquierda" mexicana, la prensa más o menos independiente y progresista, aun a los estudiantes a los que había ofrecido y dado tanto (la famosa inauguración de cursos en la UNAM, en 1975, acabó en verdadera zacapela y en una pedrada histórica al propio presidente), y ya no hubo tiempo para que viera y resintiera el enojo de la clase media, a la que dejó helada con la devaluación de fin de reinado.

El verdadero adversario de los proyectos de Echeverría, que se sentía realmente "progresista" y de "izquierda", por formación, amistades de la juventud y vínculos familiares, era el propio *sistema político* que creyó rescatar del derrumbe diazordacista. Para cambiar el rumbo del país era necesario modificar el *sistema*. Pero el *sistema* tenía sus fundamentos en el papel preponderante de la "figura presidencial" y la eficacia "funcional" del PRI. Echeverría quiso hacer al mismo tiempo dos cosas contradictorias: reforzar institucional y políticamente al sistema, y cambiar radicalmente el modelo de desarrollo que se parapetaba por cierto en ese mismo sistema. Cuando se dio cuenta de semejante aberración era demasiado tarde: la crisis económica y financiera era ya inevitable y sólo faltaba ponerle fecha de presentación pública.

López Portillo ni siquiera tuvo manera y tiempo de ofrecer un nuevo modelo de desarrollo que corrigiese no sólo las grandes secuelas que había dejado el "desarrollo estabilizador", sino ahora también las incongruencias, los titubeos y contradicciones del "desarrollo compartido" armado por Echeverría. Ofreció sólo, como sabemos y hemos repetido, una fórmula de concertación, de compromiso, que pudiese tranquilizar a todos: la "alianza para la producción". Sin mucha experiencia política, pero con el talento y la sagacidad

de un refinado burócrata, magnífico administrador y brillante intelectual, trató de salir del atolladero que le heredaba Echeverría con dos recetas administrativas ("administración de la crisis" y "administración de la bonanza") y un ideal económico ofrecido sobre todo a las generaciones venideras: la consolidación material del país y el "despegue" de México —iniciado en su sexenio— hacia una condición de "potencia de nivel medio".

Le salió bien la primera "fase" (la administración de la crisis) y empezó relativamente bien la segunda (la consolidación y el "despegue"), pero se desencarriló al desplomarse los precios del petróleo. Igual que Echeverría, creyó en serio que podría lograr la bonanza del país sin necesidad de afectar en lo más mínimo al *sistema*, antes bien, reforzándolo en el mecanismo presidencial (en el que incluso se podía dar el lujo de actuar y pensar como intelectual y artista, en calidad de atributos de su labor de estadista), y en la estructura del partido dominante, de donde desaparecieron las clases medias "revolucionarias" que había reclutado Echeverría, para ser paulatinamente sustituidas por el distinguido sector empresarial. Y una vez más, la tercera ya desde Díaz Ordaz, el sistema y sus propias contradicciones internas enturbiaron la "imagen presidencial". Después de tantas descomposturas del sistema (para un país con semejantes poderes presidenciales, tres "recaídas" seguidas son casi una catástrofe), López Portillo no tuvo otro remedio que reconocer pública y tristemente que era ya un "Presidente devaluado".

¿Hasta dónde llegará esta *devaluación* glandular del presidencialismo mexicano? Es muy probable que el presidente López Portillo haya confesado sentirse "devaluado" (creando una nueva categoría histórica para juzgar las postrimerías de un Primer Mandatario en México) pensando, como ha sido siempre su costumbre,

en una frase coloquial famosa en México: "a la tercera es la vencida..."

En todo caso, lo cierto es que el presidente Miguel de la Madrid, ante la proximidad del término de su mandato y de algún modo como respuesta a comentarios periodísticos que recordaban maliciosamente las "rectas finales" de los últimos sexenios, reiteró varias veces que su mayor deseo era concluir su misión en un clima de tranquilidad y sin fuegos de artificio o pompas fúnebres. Salvo la inesperada y "gruesa" devaluación del peso en noviembre de 1987 (¿no habrá ya final de sexenio sin devaluaciones?) y la agria polémica que produjo el famoso Pacto de Solidaridad Económica, firmado a mediados de diciembre de ese año, no parecía haber mayores barruntos de traspies, por lo menos en lo concerniente al panorama de tranquilidad en que deseaba terminar su mandato el Presidente De la Madrid.

Sin embargo, todavía faltaba llegar, después de las sorpresivas elecciones federales del 6 de julio de 1988, a los fatídicos y siempre truculentos meses de agosto y septiembre, que parecen ser ya, irremediamente, la temporada predilecta de los sobresaltos que estremecen al país en las postrimerías de los gobiernos sexenales. Aunque los acontecimientos no llegaron a tener los dramáticos deslizamientos finales de los sexenios anteriores, hubo fuertes conmociones y no pocos actos de opereta en el Colegio Electoral; sin faltar, por fin, el *coup de théâtre* montado durante el último Informe Presidencial de Miguel de la Madrid, con sus graciosas repercusiones periodísticas, oratorias y hasta pugilísticas en esos primeros días de septiembre, que condujeron también a las últimas discusiones, divergencias, zancadillas y negociaciones ocultas en la nueva legislatura, convertida nuevamente en Colegio Electoral para la designación del Presidente Electo de México.

Muchas cosas han cambiado desde entonces en

el panorama político de México, sobre las cuales no dispongo ya de tiempo ni información suficiente para ocuparme de ellas. Es justo por ello que no desearía yo terminar estas "reflexiones" sin reconocer que sólo llegan al umbral del problema mayor que se plantea en el diagnóstico actual, verdadero jeroglífico que parece inquietar seriamente a México: ¿se acerca ya, como muchos piensan y otros hasta vaticinan como muy próximo, el fin del presidencialismo mexicano y con él la mutación histórica de nuestro sistema político?

Hay numerosos autores y comentaristas que así lo creen, algunos afirmándolo rotundamente y con gran convicción, aunque una buena mayoría prefiere sugerirlo con más discreción y cautela, equiparando lo que hoy ocurre en el país —en especial el proceso electoral de 1988 y sus resultados—, con la situación que prevalecía en México en 1910, cuando hubo también otro importante acontecimiento electoral, cuyo antecedente más significativo fue la publicación de aquel libro notable y detonante: *La sucesión presidencial*, escrito por Francisco I. Madero.

NOTAS

1) López Cámara, Francisco, *El desafío de la clase media*, México, Cuadernos de J. Mortiz, 1971 (3a. ed., 1973), p. 70.

2) El trabajo a que me refiero fue "Las clases medias en el desarrollo político de México", en *Pensamiento Político*, vol. XIX, No. 76, junio de 1975.

3) Cosío Villegas, Daniel, *El sistema político mexicano*, México, Cuadernos de J. Mortiz, 1972, (16a. reimpresión, 1987), p. 35.

4) González Casanova, Pablo, *El Estado y los partidos políticos en México*, México, Ed. ERA, (2a. ed. ampliada, 1985), p. 178.

5) Véase, por ejemplo, el subtítulo del magnífico libro de Luis Javier Garrido, *El partido de la revolución institucionalizada. La formación del nuevo Estado (1928-1945)*, México, Siglo XXI Editores, (3a. ed., 1985), Puede verse también la caracterización de la época anterior al nacimiento del PNR, o antes de 1928, que hacen autores como Alejandra Lajous, *Los orígenes del Partido único en México*, México, UNAM, (2a. ed., 1981), pp. 13-19; D. Cosío Villegas, *op.cit.*, pp. 37-39, etcétera.

6) Tannembaum, F., *México; la lucha por la paz y por el pan, en Problemas Agrícolas e Industriales de México*, México, vol. III, No. 4, oct-dic., 1951, p. 56. (Los subrayados son míos, FLC.)

7) El PRM se convirtió en PRI en 1946, siendo aún presidente de México el general Avila Camacho. Sin embargo, los "sectores" organizados del PRM y otras muchas organizaciones políticas de la época (las "fuerzas vivas", para acabar pronto) se habían ya "pronunciado" en favor de la candidatura presidencial del licenciado

Miguel Alemán, secretario de Gobernación del régimen saliente. Todas esas "fuerzas vivas", catalizadas en torno al primer candidato civil desde que se estructuró formalmente el sistema presidencial en el país, sintieron la necesidad de "reorientar" al partido por el lado del programa desarrollista. Fue la gran transformación del partido cardenista vigente todavía en el sexenio avilacamachista. El cambio fue de tal manera radical que de hecho surgió un nuevo partido oficial o hegemónico: el PRI, que aún subsiste hasta hoy a pesar de sus evidentes achaques y transmutaciones sociales. Es curioso que en un libro ultrarreciente, que llega a mis manos en los momentos en que escribo estas líneas (abril de 1988), no se asigne ningún capítulo especial a la creación del PRI (como sí se hace en cambio al tratarse del PNR y del PRM), aunque se describan con gran claridad los pasos que se dieron para crearlo y las políticas que adoptó el nuevo "Instituto Político" para apoyar al desarrollismo de los cuatro sexenios siguientes. (Cf. Samuel León y Germán Pérez, *De fuerzas políticas y partidos políticos*. México, UNAM y Plaza y Valdez y/o Plaza y Janés, 1a. ed., marzo, 1988, pp. 73 y ss.)

8) Tannembaum, F., *op. cit.*, p. 159. Los otros comentaristas del libro fueron: Pablo González Casanova, Elí de Gortari, Alonso Aguilar M., Leopoldo Zea, Gilberto Loyo, Horacio Quiñones, Manuel Mesa A., Emilio Uranga, Eduardo Facha, Guillermo Noriega Morales, Manuel Germán Parra (padre), Jorge Carrión y Edmundo Flores. Como se ve, un verdadero "surtido rico" de lo mejor del pensamiento, la academia, la política, el periodismo; y representativo de diversas tendencias ideológicas. Pocas veces se ha logrado semejante ramillete de comentarios y estudios mexicanos en torno a un libro extranjero sobre México. Aquella tradición de la famosa "revista" (cada número de *Problemas Agrícolas...* era en realidad un grueso y bien editado volumen) se ha perdido en nuestro país desde hace muchos años.

9) Cf. Cline, Howard F., *México, Revolution to Evolution. 1940-1960*, Oxford University Press, New York, 1963, pp. 149-150. El otro libro es: *The Future of Mexico*, publicado por Lawrence E. Koslov, Temple, Arizona, The Center for Latin American Studies, 1977, p. 49.

10) En este sentido, me ha impresionado el análisis de Raúl Béjar Navarro y David Moctezuma N., en su ensayo *Relativización y desgaste del presidencialismo mexicano*, México, CRIM, UNAM, Aportes de Investigación No. 21, 1987. En un párrafo, más "filosófico" que político, dicen los autores: "El presidente, hombre al fin y al cabo, no puede vivir en paz ante la perspectiva de su muerte, de lo finito de su nombre, estirpe y equipo orgánico. Justamente una forma de intentar trascender a la muerte física y política es encontrarle un significado histórico a su vida y a su responsabilidad con el país; una de sus preocupaciones centrales es la conclusión de su período y el consecuente olvido y subvaloración de su ejercicio político..." (p. 30). "En esencia, el poder casi absoluto del presidente de nuestro país lo aproxima substancialmente a la negación de la mortalidad. El poder que ejerce el primer mandatario significa poder para desarrollarse, cambiar la situación natural de pequeñez (incluso física), desamparo, finitud, por otra de grandeza, dominio, duración, importancia, trascendencia, y creerse finalmente en la antesala de la inmortalidad... En síntesis, el poder centralizado y amplio del presidente lo coloca en una situación privilegiada *para negar las limitaciones de nuestra especie animal y el determinismo de la naturaleza*" (p. 31). (El subrayado es mío, FLC.)

11) Garrido, L. J., *op.cit.*, p. 92.

12) _____, "Las quince reglas de la sucesión presidencial", en *La sucesión presidencial en 1988*, (Coord. Abraham Nuncio), México, Ed. Grijalbo, 1987, (2a. ed.), p. 103. "La lógica del 'sistema' mexicano —agrega

Garrido— implica que casi todos los presidentes de la República se arrepientan de la decisión tomada (la de cuál será su sucesor, FLC), y que imputen la falla a una falta de conocimiento personal del elegido. "Una posible excepción, según Garrido, sería el general Cárdenas, que en sus *Apuntes* criticó el método de "tapadismo", insistiendo en que siempre es preferible el debate público electoral "y no privar a la Nación de un ejercicio cívico que le es necesario para su integración democrática" (p. 104).

13) Desde que se empezó a hablar en forma reiterada del "presidencialismo mexicano" (con acento positivo o con humor negativo) han sido muy numerosos los autores que le atribuyen la paternidad al general Cárdenas. Sin embargo, debe tenerse especial cuidado con la gran revoltura de conceptos y de lenguaje. Aun los investigadores y analistas más cautelosos y vigilantes de la precisión conceptual confunden a menudo, como si fuesen expresiones sinónimas, el "presidencialismo" con el "sistema presidencial". A veces, incluso, "presidente". Voy a referirme sólo a algunos de los autores de mayor influencia en la politología mexicana contemporánea. Cosío Villegas, por ejemplo, en su popular análisis sobre el sistema político mexicano, ni siquiera se refiere al "sistema presidencial" o al "presidencialismo mexicano", sino a la Presidencia de la República y más concretamente al "presidente" y sus funciones. Otro autor ya clásico sobre el tema, Jorge Carpizo, habla indistintamente del "presidencialismo" (su libro se titula precisamente así: *El presidencialismo mexicano*, México, Siglo XXI Editores, 1978), del "sistema presidencial mexicano" e, inclusive, del sistema presidencial mexicano como "presidencialismo puro" (pp. 29 y ss.). Y hay, en fin, quienes de plano se rehúsan a convertir en categorías o entidades reales de análisis los conceptos mencionados prefiriendo utilizar, por ejemplo, "régimen presidencial" o, mejor aún, "institución presidencial" con sorpresivas variables "democráticas". (Cf. Villa Aguilera, Manuel, *La institución presidencial*.

El poder de las instituciones y los espacios de la democracia, México, UNAM-Miguel Ángel Porrúa Editores, 1987).

14) López Cámara, F., "Sobre el sistema político y el desarrollo", en *Nueva Política*, México, vol. 1, No.2, abril-junio, 1976, p. 189.

15) Enrique Krauze ha recordado recientemente algunas de las críticas más sobresalientes de esa época al sistema político mexicano y al PRI. ("Nuevos adjetivos para la democracia", en *Vuelta*, vol. 12, Núms. 133-134, diciembre 1987-enero 1988, pp. 46 y ss.). Aunque Krauze no lo menciona explícitamente en la referencia que hace al respecto, la crítica más violenta y que provocó verdadero escándalo entre los propios críticos del "sistema" fue la de Cosío Villegas, por las conclusiones aparentemente exageradas a que parecía llegar: como la Revolución y sus regímenes ya habían "dado de sí", perdiendo prestigio y autoridad moral, era quizás el momento de entregar el poder a la oposición de derecha (es decir, al PAN, pues no había ninguna otra), aun cuando sus representantes más destacados no resistieran la comparación con las relevantes figuras de izquierda (Lombardo, entre otros). La "sugerencia" o hipótesis de Cosío Villegas —que armó gran revuelo en aquella época— era en el fondo una manera no muy sutil ni embozada de poner en la picota al mecanismo antidemocrático y autoritario que empezaba a entronizarse en México al acabar la guerra mundial. Cosío, en realidad, sólo proponía esa "solución" como *situación límite* ante el visible deterioro del movimiento revolucionario y la escandalosa corrupción que se cobijaba con los ropajes de la "Familia Revolucionaria". El propio autor se encargó de deshechar su hipótesis de la derecha en el poder, considerándolo un remedio peor que la agonía "institucional" de la Revolución Mexicana. Su verdadera convicción, expresada al final del famoso artículo, quedaba anclada en una cierta ilusión por el eventual resurgimiento de los "principios", especialmente los morales: "el único rayo de esperanza

—bien pálido y distante, por cierto— es que de la propia Revolución salga una reafirmación de principios y una depuración de hombres. Quizás no valga la pena especular sobre milagros..." El artículo de Cosío ("La crisis de México", en *Cuadernos Americanos*, vol. XXXI, No. 1, 1974) provocó, entre otras muchas reacciones, una brillante conferencia de Narciso Bassols: "El problema político de la Revolución Mexicana", en la que rebatía, en ocasiones con verdadera ironía corrosiva, las críticas de derecha e izquierda que en esos años —sobre todo al acentuarse la política alemanista— dieron por agotada, liquidada o incluso "muerta" a la Revolución mexicana, preconizando así la entrega del poder a la derecha (como proponía Cosío) o el inicio de una nueva revolución, la "proletaria" (tesis de muchos marxistas o pseudo-marxistas). La conferencia de Bassols hizo un impacto profundo en las filas de izquierda (Cf. Bassols, N., *Obras*, México-Buenos Aires, 1964, pp. 853-873. El texto de Bassols constituye la versión magnetofónica de su conferencia improvisada en la "Tribuna de México", el 29 de noviembre de 1950). Algunos años después, en abril de 1955, Vicente Lombardo Toledano, en su informe al IX Consejo Nacional del Partido Popular —del que era Presidente—, refutaba con ideas semejantes a las de Bassols las "teorías" sobre la muerte de la Revolución Mexicana: "¿Debemos declarar que la Revolución Mexicana ha fracasado o que hemos entrado en una nueva etapa histórica que ha rebasado ya los objetivos de la Revolución?" (Se refería a las mencionadas tesis de derecha e izquierda, que daban por muerta la Revolución, FLC.) "Ni lo uno ni lo otro es cierto. La Revolución no ha fracasado porque no ha alcanzado sus metas y el pueblo sigue empeñado en lograrlas. Lo que ha fracasado es la burguesía parasitaria que ha gobernado al país en la última época." (Lombardo Toledano, V., *La perspectiva de México: Una democracia del pueblo*. México, Ediciones del Partido Popular, 1956, pp. 75-76. Debo recordar, en fin, que el gran trasfondo de la discusión sobre los "desencantos" de la Revolución mexicana y sus alternativas de derecha e

izquierda, fue en substancial medida el torrente incontenible de las inversiones extranjeras en México, que explican mucho de lo ocurrido en los gobiernos posteriores a la segunda guerra mundial.

16) Desde el inicio de su sexenio, López Portillo favoreció (o al menos "se hizo de la vista gorda" en el asunto) la incorporación creciente de empresarios dentro del PRI. Este proceso no sólo continuó durante el pasado gobierno, sino que ha llegado a extremos impensables hace todavía pocos años. Nadie ignoraba, por supuesto, que en el PRI militaban ya "distinguidos" miembros del sector empresarial y que incluso algunos de ellos quedaban incluidos discretamente en las "listas" de candidatos a diputados o senadores. Pero en los días que corren no pareció haber ya ningún pudor o reticencia para anunciar con bombo y platillos que el señor que dejaba la presidencia de la CANACINTRA (una de las organizaciones empresariales que se convirtieron poco a poco en conservadoras, antipriístas y adversarias de la "rectoría" del Estado) se "transformó" cinco días más tarde en proclamado candidato del PRI a una diputación por Oaxaca. Y ese fue el caso más sonado. Hubo otros empresarios de alto relieve o representantes gremiales de ellos que aparecieron de pronto como firmes candidatos del PRI a cargos de elección en los comicios generales de 1988. Algunos de ellos, por cierto, fueron ferrotados sin ningún miramiento en las elecciones federales de 1988. ¿Y no hubo, a fines de 1987, un serio intento para crear en la CNOP una rama especial destinada a encarrilar a los empresarios dentro del PRI, que se propuso incluso bajo ese nombre: "sector empresarial"? No se llegó a tanto finalmente, pero es obvio que ni siquiera la buena memoria de don Fidel recuerda ya su "tesis" doctrinal según la cual el PRI debería definirse oficialmente como "un partido deabajadores". Esa "tesis" fue propuesta y peleada con especial agresividad por el "sector obrero" del PRI, allá por los primeros años del gobierno lopezportillista. Como algún cínico dijo entonces: "Sí. ¿y cómo? los

empresarios también son gente de trabajo, *son trabajadores...*"

17) Cf. Cosío Villegas, D., *El estilo personal de gobernar* (1972); *El sistema político mexicano* (1972), Cuadernos de J. Mortiz.

18) En los últimos años, no obstante, han aparecido trabajos muy valiosos sobre nuestras cuestiones políticas, en las que sobresalen los análisis de muchos jóvenes investigadores mexicanos. Sin inhibiciones o dependencias frente a los estudios realizados por especialistas norteamericanos —muchos de éstos verdaderamente sobresalientes y hasta "clásicos" en la politología sobre el México contemporáneo—, las publicaciones de esta nueva generación de analistas mexicanos representan en muchos casos concepciones muy novedosas en la sociología política de nuestro país. A ellos he acudido y lo seguiré haciendo en lo sucesivo al trabajar en los temas de investigación o de reflexión que hoy acaparan mi interés.

19) Es por lo menos paradójico que el anterior gobierno, que promovió en sus inicios esas reformas constitucionales para consagrar, en la Ley fundamental del país, el papel "rector" (antes se decía "promotor") del Estado en nuestro peculiar sistema de "economía mixta", haya sido precisamente el que se dedicó con particular empeño a dismantelar buena parte de las empresas estatales o paraestatales, vendiéndolas al sector privado, transfiriéndolas a otras jurisdicciones, cerrándolas definitivamente o declarándolas en quiebra, mediante operaciones que provocaron escándalos, dudas, sospechas, acusaciones, recriminaciones y reproches de toda clase no sólo en los círculos de oposición, sino entre muchos prístas destacados. A este proceso de dismantelamiento —que ha sido aplaudido y aun estimulado con fuertes presiones públicas por el sector empresarial— se le ha dado ya una connotación política

que todo mundo en México, tirios y troyanos, entiende perfectamente: el "adelgazamiento" del Estado.

20) El Partido Acción Nacional (PAN), como se sabe, surgió oficialmente en 1939, en el marco de una asamblea realizada del 14 al 17 de septiembre de ese año, promovido fundamentalmente por destacados representantes de sectores empresariales y financieros de vocación conservadora, y enemigos acérrimos de las transformaciones revolucionarias y en particular de la obra cardenista. Su principal instigador y líder indiscutido hasta su muerte fue Manuel Gómez Morín, mente lúcida y con sólida formación académica, que en sus años de estudiante había sido decidido partidario de la Revolución. El PAN no obtuvo su registro sino hasta 1948, durante el gobierno del presidente Miguel Alemán. Por su parte, la Unión Nacional Sinarquista, de negros y sangrientos antecedentes (muchos de sus fundadores procedían del movimiento cristero y habían participado después en actividades terroristas promovidas y alentadas por el fascismo europeo, particularmente el español y el alemán), fue creada el 23 de mayo de 1937, precedida de agrupaciones estudiantiles de clase media profundamente anticomunistas, que, ante su fracaso en las ciudades, se orientaron hacia sectores campesinos fanatizados por el clero rural. Entre los firmantes del documento constitutivo estaban Hellmuth Oskar Schreiter, profesor de idiomas en Guanajuato y agente del Partido Nacional Socialista (Nazi) en México, los hermanos Trueba Olivares e Isaac Guzmán Valdivia, que dos años después estaría entre los fundadores del PAN. A pesar de la gran fuerza que adquirió pronto en el centro del país —sobre todo entre campesinos muy atrasados y movidos a su antojo por el clero anticardenista—, o precisamente por esa amplia base popular, el sinarquismo fue desde el principio un semillero constante de graves divergencias internas, no adoptando nunca con su nombre oficial (Unión Nacional Sinarquista) la forma de partido para fines electorales. Sus facciones más radicales e irracionales trabajaban en secreto para

derrocar al gobierno por la subversión y la violencia. Sus ensayos electorales (Partido Fuerza Popular, registrado en 1946; el apoyo al PAN en las elecciones presidenciales de 1952 y al Partido Nacionalista de México, en 1963) fueron rotundos fracasos. Los vestigios del sinarquismo —repudiado oficialmente por el gobierno de Alemán en 1949, cuando algunos de sus miembros encapucharon la estatua del presidente Juárez en el hemicírculo que lleva su nombre en la Alameda Central— sólo lograron registro como Partido Demócrata Mexicano gracias a la carambola política de tres bandas que orquestaron López Portillo y Reyes Heróles mediante la llamada "Reforma Política" de 1978. El registro del PDM fue en realidad un descarado "disfraz" para poder registrar, no sin cierto temor, al Partido Comunista Mexicano. La tercera banda de la carambola fue el registro del Partido Socialista de los Trabajadores (PST), que procedía de una escisión en el PMT. Para una buena síntesis histórica, bien documentada y amena, del PAN y el Sinarquismo es imprescindible el excelente libro de Octavio Rodríguez Araujo *La reforma política y los partidos de México*, México, Siglo XXI Editores, 8a. ed., actualizada, 1986.

21) Véase la Nota 15 de este trabajo. La gran polémica sobre el papel de las inversiones extranjeras es muy antigua, pero adquirió verdaderas dimensiones nacionales a partir de 1946, cuando había concluido la segunda guerra mundial y empezaron a desparramarse por el mundo los capitales excedentes de origen imperialista.

22) A este respecto, fue célebre y ampliamente discutida la obra titulada *El desarrollo económico de México y su capacidad para absorber capital del exterior*, de la que aparecieron como coautores Raúl Ortíz Mena y Víctor L. Urquidi, aunque en realidad era el resultado de los trabajos realizados por una comisión mixta del gobierno de México y el Banco Mundial. El libro, publicado en 1953, apareció precisamente en los inicios

fastuosos del desarrollo llamado poco tiempo después "estabilizador", aunque cayó en el completo olvido al entrar en decadencia y plena agonía la fórmula "estabilizadora".

23) Véanse, a este respecto, los detallados análisis electorales y las conclusiones a que llega O. Rodríguez Araujo en el libro del que es coautor con Paulina Fernández Christlieb: *Elecciones y partidos en México*, México, Ediciones del Caballito, 1986, pp. 151-172.

24) Sobre este asunto, son interesantes y divertidas las ingeniosas observaciones y hasta las bromas de Gabriel Zaid, en su libro *La economía presidencial*, México, Vuelta, 1987.

25) "Cuando el peso se devaluó en agosto de 1976, las críticas al régimen de Echeverría se centraron en torno a la política económica, culpándola de desorientadora e ineficiente..." Análisis más serios empezaron a atribuir las causas tanto al abandono del conservadurismo monetario, como a la negligencia en la realización de reformas estructurales en la década anterior... Hoy en día, ese debate (entre monetaristas y estructuralistas, FLC) tiene una importancia crucial en México "no sólo por la necesidad de entender el pasado inmediato, sino también porque a pesar de la incipiente riqueza petrolera, la estrategia a escoger para el futuro aún descansa entre la continuación del desarrollo compartido o el retorno al desarrollo estabilizador". (Basáñez, Miguel, *La lucha por la hegemonía en México, 1968-1980*, México, Siglo XXI Editores, 6a. ed. 1987, p. 141. La cita de Basáñez corresponde a Fitzgerald, E.V.K. "Stabilisation policy in Mexico: the fiscal deficit an macroeconomic equilibrium 1976-1977", tomada de Thorp, Rosemary y Laurence Whitehead, *Inflation an stabilisation in Latin America*, Londres, MacMillan).

26) Es probable que el investigador David Moctezuma Navarro coincida de alguna manera con esa hipótesis analítica: "Con el agotamiento del patrón de desarrollo en la década de los setentas se inician procesos de estancamiento y crisis en la economía. El Estado, por diversas causas, perdió la capacidad de garantizar el crecimiento... A pesar de los intentos de modificar el modelo económico, las bases de la estabilidad política, salvo la reforma política, no fueron modificadas. *Se inició, entonces, un fuerte desajuste entre estructura económica y sistema político.* (El subrayado es mío, FLC)... Después de 1982 se inician cambios que sí tienden a superar las causas del agotamiento del patrón de desarrollo económico; sin embargo, el sistema político no sufre alteraciones de fondo, por lo que algunas de las bases de la estabilidad política tienden a convertirse en factores de desestabilidad... Con el gobierno de Miguel de la Madrid se manifiestan los mayores desajustes entre estructura económica y orden político. (Moctezuma Navarro, D., "Los límites del sistema político mexicano: relaciones entre estructura económica y orden político", *Proyecto de investigación*, 1988, pp. 5-6).

II

CUANDO LA CLASE MEDIA ENCUENTRA A LA CLASE MEDIA

EL GRAN DESCUBRIMIENTO

En 1975, la clase media mexicana descubrió a la clase media: se enteró de su existencia, la analizó acuciosamente, investigó su posible historia, sus antecedentes inmediatos, su supuesta estructura, sus problemas, sus necesidades, su situación real, sus aspiraciones, sus conductas y proclividades políticas; teorizó sobre ella, la *conceptualizó*, trató de engancharla a una doctrina; la criticó, hizo bromas y chistes sobre ella, llegando incluso a los insultos, las acusaciones y las sospechas sobre sus extraños designios. Hizo todavía más: se propuso domesticarla en lo político, "incorporándola" institucionalmente al Sistema y acorralándola, de ser posible, en el partido oficial, para educarla, organizarla, dirigirla y darle un rostro "revolucionario" —o "nacionalista", al menos—, al lado de los otros sectores sociales considerados histórica, ideológica y tradicionalmente *revolucionarios*. Pero, sobre todas las cosas, la clase media se hizo popular: México entero habló de ella. Se publicaron editoriales, artículos, ensayos, notas, crónicas, caricaturas sobre su situación, su "estructura", sus problemas, su identidad, etcétera. En suma: se puso de moda.

Como yo fui en gran medida el promotor y responsable de dicho acontecimiento —sin proponérmelo deliberadamente, por cierto—, creo que debo explicar cómo se generó la cosa y aprovechar el viaje para reconstruir hasta donde sea posible lo ocurrido en ese "encuentro histórico" de la clase media consigo misma. Pienso que también es útil reconstruir ese suceso no sólo porque fue el primero de su peculiar naturaleza que ha habido en México, sino también porque tengo el convencimiento de que no volverá a repetirse nunca, por lo menos con las características, propósitos, resultados y repercusiones que

tuvo en 1975. Y hasta es posible que el concepto mismo de "clase media" llegue a desaparecer de nuestra jerga sociológica y política, substituido quizás por otro más adecuado a su actual proceso de decadencia y extinción.

La transfiguración de la CNOP

A principios de 1975, iniciándose el año *político* tradicional de los sexenios mexicanos (lo que se llama en términos ortodoxos "resolver el problema de la sucesión", y en el alegre y simple lenguaje de los mexicanos el "destape" presidencial), el presidente Echeverría decidió "reformatear" la directiva de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP), que es, según la nomenclatura oficial, el llamado Sector Popular del PRI. Como me lo explicó entonces mi buen amigo Jesús Reyes Heróles, en ese entonces jerarca máximo del partido oficial, se trataba de una medida necesaria para poder abrir las compuertas de ese sector a las clases medias, rugientes y levantiscas durante la década de los sesentas, pero probablemente —como habíamos llegado a convencernos él y yo— susceptibles de militar en las filas del PRI, muy reestructurado orgánica, política e ideológicamente gracias a la labor realizada por el propio Reyes Heróles y su eficaz equipo de colaboradores, al hacerse cargo de su Comité Ejecutivo Nacional, en 1972. Hasta esos momentos —principios de 1975—, la CNOP era sólo un amasijo de mediocridad, corrupción, incapacidad y delirios folklóricos, que llegaron a ser el hazmereír de todo el país.

Echeverría, convencido seriamente de la importancia de ganarse a la clase media, que había hecho temblar al sistema durante el gobierno del presidente Díaz Ordaz, en especial al producirse la llamada "crisis del 68", decidió finalmente cambiar la *dirigencia* de la CNOP y hacerla accesible de alguna manera a los sectores "recuperables" de clase media. También contaba mucho la

inminente solución al problema de la sucesión presidencial: en septiembre u octubre de ese año, a más tardar —como era el rito tradicional y la expectativa en todo el país—, debería conocerse el nombre del candidato presidencial del partido oficial, que sería sin ninguna duda el próximo Presidente de México. Echeverría confiaba mucho en el apoyo de las clases medias "revolucionarias" a la solución que le encontrara al problema, y muy probablemente controlar así, con una nueva CNOP fortalecida y actuante, las tendencias centrífugas de las llamadas *fuerzas vivas* de esa época (sobre todo al sector obrero organizado, siempre dispuesto a salirse del huacal, y a los grupos activos de la burguesía militante, que se disponían a participar en el juego de la sucesión presidencial mediante un nuevo aparato unificado de presión: lo que se llamó desde entonces el *Consejo Coordinador Empresarial*). La idea, desde luego, era positiva y parecía ofrecer buenas alternativas para la recomposición política de las corrientes sociales en esa época.

Como me lo aseguraron por aquellos días uno o dos de sus secretarios de gobierno, y algunos amigos comunes de entonces, el presidente Echeverría había apreciado bastante mi libro sobre la clase media, aparecido a fines de 1971. Se le ocurrió entonces, como ya he recordado en otra parte, incorporarme a la nueva directiva de la CNOP, con el propósito de ayudar al ingreso militante de las clases medias mediante un adecuado "adoctrinamiento" y la formulación de nuevas bases programáticas e ideológicas que dejaran atrás los extraños "principios" que hasta entonces insuflaban de aberración y locuras al andrajoso Sector Popular del PRI.

¿Mesa redonda o conciliábulo nacional?

Desde el principio, sugerí la conveniencia de organizar una mesa redonda o algo por el estilo, de buen nivel intelectual, en donde se congregaran destacados

académicos, escritores, investigadores, periodistas, y políticos de diferentes posiciones, para analizar, discutir y establecer de ser posible ciertas concepciones o ideas que sirviesen de base a la nueva convocatoria de las clases medias progresistas, para su eventual participación en un nuevo proyecto nacionalista y, según parecía factible en esa época, dentro del mismo PRI. Mi sugerencia, aprobada por la nueva directiva de la CNOP y desde luego por el CEN del PRI (con cuyo presidente, Jesús Reyes Heróles, ya había yo comentado ampliamente la idea), llegó a manos del presidente Echeverría, que, como siempre, se entusiasmó con el proyecto y le imprimió dimensiones descomunales, casi desorbitadas: según él, una mesa redonda, reunión o foro reducidos no serviría gran cosa. Debería hacerse algo grande, nacional, de verdadera significación no sólo doctrinal o conceptual (es decir, académica), sino básicamente política, ideológica y movilizadora. Sin duda tenía razón Echeverría: mi proposición era la de un simple "intelectual". Lo que se requería era agitar a toda la clase media, sacarla de su modorra, de su ignorancia, de su indiferencia y hasta de sus proclividades o tendencias reaccionarias. En consecuencia, Echeverría —que veía las cosas con los ojos de un experimentado político— sugirió a su vez que sin ninguna reserva, sin titubeos, sin más vueltas o rodeos, organizáramos un verdadero encuentro nacional sobre las clases medias en México, para lo cual incluso proponía como sede no la ciudad de México (en la que cualquier reunión por grande que fuera se ahogaría en el anonimato), sino la capital de San Luis Potosí, por ser, según el presidente, "una ciudad típica de clase media y en el centro del país".

Con la "sugerencia" presidencial en mano, la CNOP se lanzó en masa a organizar lo que entonces se llamó ya, oficialmente, *Primer Encuentro Nacional Sobre las Clases Medias Mexicanas*, celebrado en la ciudad de San Luis Potosí del 20 al 22 de mayo de ese glorioso año de 1975.

Como después de realizado el famoso "encuentro" intenté redactar una suerte de evaluación, resumen o comentario global sobre lo ocurrido allí, y aún conservo casi todos los documentos preparatorios, los textos básicos de las ponencias, las listas de asistentes, algunas transcripciones de las discusiones y casi todo lo que se publicó sobre el asunto en la prensa de esos días, creo que puedo escribir ahora una reconstrucción evaluatoria de lo acontecido entonces, con el propósito de que nuestra clase media de hoy (o lo que queda de ella) recuerde lo que pensó y dijo de sí misma en esa ocasión única, antes de entrar en su declinación política y más tarde en su proceso de extinción.

Primeros enojos y sobresaltos

Estimulada activamente por el propio presidente Echeverría, por Reyes Heróles, como jefe ejecutivo del PRI, y por David Gustavo Gutiérrez, nuevo secretario general de la CNOP, la convocatoria al *Encuentro* de San Luis Potosí provocó el interés inmediato y una gran curiosidad de todo el mundo: ¿qué era eso de reunirse intelectuales y políticos a discutir sobre la "clase media"? ¿Y porqué en una especie de "cónclave" seudoesotérico en la escondida ciudad de San Luis Potosí? ¿No andaría de por medio cierta maniobra política para favorecer a alguno de los posibles precandidatos presidenciales, reclutando a su favor diversos sectores críticos y "contestatarios" de clase media? ¿Y qué era eso de la "clase media"? Era evidente que la invitación pública al *Encuentro* no sólo despertaba interés o curiosidad, sino también suspicacia, sospecha y hasta algún tipo de sorpresa y a veces enojo: ¿cómo que la "clase media"? ¿De qué diablos estaban hablando estos "populistas" del PRI? Para muchos mexicanos acomodados y satisfechos, la clase media, la respetable, la sana, la inteligente "clase media" era, lisa y llanamente, ellos, los que sí podrían decir algo sobre el asunto y no los intelectuales izquierdizantes o los plebeyos,

corruptos y demagogos del PRI. La convocatoria también tuvo la virtud de irritar a no pocos compatriotas que se sintieron "aludidos" por lo de la "clase media", concepto que, curiosamente, provocaba molestia a algunos que lo consideraban ofensivo, mientras que a otros, que aceptaban con orgullo la adjudicación, les resultaba insoportable que el dignísimo concepto de clase media fuese "manoseado" por intelectuales y priístas deshonestos.

A mí, en realidad, no me sorprendía mucho ese tipo de reacciones ante la sola mención de la "clase media", aunque sí me produjo curiosidad la importancia que le dio la prensa al saber del tratamiento político que se le daría al asunto en la reunión de San Luis. Desde la aparición de mi libro sobre el tema, unos años antes, se escribió bastante sobre la clase media en todos los tonos: con amorosos regodeos o con fobias y enojos; con entusiasmo o con irritación; con elogio o con "pitorreo"; en serio o en franco y divertido "choteo". Por los comentarios que entonces se hicieron de mi libro o por lo que se escribió sobre la cuestión con motivo de él, podía ya advertirse mucho de lo que la clase media "pensante" pensaba de sí misma.

Me había divertido mucho, por ejemplo, lo que escribió mi amiga María Luisa Mendoza, "la China", hoy famosa y experimentada política, en su conocidísima y leídísima sección *La O por lo Redondo*: "La clase media se siente la medium entre Dios y el Poder... En la historia del mundo hemos visto a la clase media apoyar los peores dictadores, regímenes como lepras, fascismo y nazismo en su última instancia... La clase media estrena seguido, habla insertando palabras en inglés, presume de ciudades lejanas conocidas, desconfía de la cultura y de quien hace de la cultura su única posibilidad de dicha. Cree que nadie es limpio sino ella. Vive un mundo de gentes con precio en cuanto esas personas son capaces de opinar por escrito. A veces uno, instalado en la clase media, intuye con terror que tal vez esté a su merced. Es... *El Desafío*." ¹

Otro buen amigo y magnífico escritor, José Emilio

Pacheco, con motivo de la aparición de mi libro, publicó también algo interesante relacionado con la izquierda y la clase media: "Entre los puntos que más dividen a la izquierda —o a las izquierdas— figura la discusión sobre el papel de la clase media mexicana. Para unos, esta clase es hoy eminentemente revolucionaria y ha entendido su responsabilidad histórica de guiar a campesinos y obreros por el camino del cambio. Para otros, este grupo social —que, dicen que dijo uno de sus poetas, 'odia al burgués y desestima al paria'— constituye el terreno de cultivo y el campo de reclutamiento del fascismo. Su creciente malestar y su incertidumbre la inclinan hacia soluciones represivas y autoritarias".² Y hasta Salvador Elizondo, afamado novelista, siempre ingenioso, también echó su cuarto a espadas en las tortuosas discusiones de esos días sobre la clase media: "No en balde es usted yo mismo, sólo que con diferentes opiniones. Sí; la clase media, la clase que medra de la manía de consumo, las 'clases adineradas', las clases que no tienen un problema educativo más que en el orden de cuanta estupidez pueden inculcarle a sus hijos en las horrendas escuelitas de curas y de hermanos maristas de aquí o de Canadá, es la clase que está envenenando todas las posibilidades de salvación. Es necesario que la clase media participe...".³

El misterioso "Cónclave" de San Luis Potosí

El *Primer Encuentro Nacional Sobre las Clases Medias Mexicanas*, que durante tres días se convirtió en un verdadero festival "teórico" y "doctrinal" sobre la cuestión abracadabrante de las clases medias en México, congregó cerca de quinientas personas de la índole más variada y heterogénea: desde sociólogos, antropólogos, economistas, juristas, ingenieros, arquitectos, contadores, químicos y otros académicos y profesionistas, hasta políticos de todos los niveles, conocidos periodistas, y una multitud incalculable de "curiosos" que en realidad habían ido a husmear qué

decían los diagnósticos, las cábalas y las predicciones sobre la ya muy próxima sucesión presidencial.

Era en verdad demasiada gente para pensar y discutir sobre las clases medias en México. Sin embargo, si muchos de los políticos allí presentes se interesaban en realidad sólo por sus probabiliades de acomodo en el siguiente sexenio, lo cierto es que el numeroso grupo de académicos, intelectuales, periodistas y aun políticos profesionales con sólida cultura y auténticos intereses de carácter doctrinal o teórico asistió con el sano propósito de analizar a fondo, por primera vez en un foro de esas dimensiones, todo lo relacionado con un tema socialmente corpóreo (la clase media), pero teóricamente novedoso, virgen y complejo. La cuestión de las clases medias —plural en el que insistió siempre Reyes Heróles— había sido estudiada sin duda desde el mismo siglo XIX, pero dentro de marcos académicos o periodísticos. Sin embargo, una reunión multitudinaria de tales dimensiones y con asistencia de toda clase de especialistas o simples interesados en el tema, casi correspondía más bien a una especie de Asamblea General, Congreso Nacional o algo equivalente. Era, en México, un acontecimiento único, sorprendente, raro, extraño. En pocas palabras: un hecho insólito. No se había equivocado Echeverría al darle a mi sugerencia las proporciones que finalmente adquirió: la clase media mexicana conocía por fin a su propia clase; se enfrentaba a sí misma, por primera y única vez en su historia. Algo así como un *face to face* de nuestra clase media (para que pueda volver a quejarse la "China" Mendoza).

En previsión de cualquier tumulto, la CNOP (la de entonces, por supuesto) organizó el *Encuentro* en cuatro mesas o foros de trabajo: la primera, destinada a esclarecer problemas teóricos, sociológicos, filosóficos, lingüísticos y doctrinales, bajo el tema general: *Conceptualización Sobre las Clases Medias Mexicanas*, cuyo ponente principal era Arturo González Cosío, conocido autor de estudios y libros sobre la clase media en México, y que presidía,

como "moderador", Antonio Delhumeau, sociólogo y comentarista, que sería pocos años después Director de nuestra Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.⁴ A la segunda se le puso el título general de *Las Clases Medias en la Economía Nacional*, con Eliseo Mendoza Berrueto como ponente principal —economista destacado y actual gobernador de Coahuila—, y cuyo "moderador" fue Iván Restrepo Fernández.⁵ La tercera tenía por título *Las Clases Medias en el Desarrollo Social*, y fueron ponente y "moderador", respectivamente, Horacio Labastida y Margarita Nolasco, con un nutrido grupo de comentaristas y asistentes.⁶ Y la cuarta y última, en fin, que remataba por su título en el meollo del asunto: *Las Clases Medias en el Desarrollo Político de México*. Fui yo el ponente, acompañado de Guillermo Dfáz Lastra como "moderador".⁷ Como organizador general del evento se designó a Esteban Garaiz, joven culto y lúcido que fungía en el Comité Nacional de la CNOP como secretario de Acción Cultural.

El *Encuentro* se realizó en las hermosas instalaciones de la Casa de Cultura de San Luis Potosí, por la que circulaban continuamente los más extraños e inesperados personajes habidos y por haber. Todos sin duda de clase media, aunque también había uno que otro "burgués" olfateando por las distintas salas de discusión. Llegaron periodistas, reporteros, fotógrafos y cámaras de televisión con todo su personal. Hubo entrevistas por todas partes, poses para retratos, grandes discusiones, celebraciones, cantos, risas y hasta romances pasajeros, "típicamente de clase media", como decían muchos testigos azorados. "Teóricos", "doctrinarios" o simples y modestos "ideólogos" de clase media, especialistas precisamente en el candente tema de la reunión, hacían declaraciones, intercambiaban *documentación*, paseaban su mirada analítica sobre los colegas o sobre los transeúntes; también hacían encuestas, interrogatorios, *tests*, cálculos estadísticos; y algunos hasta preparaban ya bocetos de futuras gráficas. Pero todos llevaban bajo el brazo las carpetas de la reunión conteniendo

ponencias, listas de asistentes, programas de las actividades o festejos, sin faltar quienes conservaban también los menús de las comidas o cenas oficiales: todo esto, decían, era "material de primera mano" para el estudio de las clases medias en México.

Por su parte, los políticos, es decir los "profesionales", los que tenían "vocación de servicio", o los que simplemente estaban tratando de introducirse o trepar por la espesa maraña del sistema, también se reunían aparte, hacían comentarios, murmuraban algo sobre el próximo "destape", ofrecían declaraciones y entrevistas, procuraban retratarse en buena y aconsejable compañía, y no faltaban a las sesiones de trabajo, en las que a veces participaban. Era importante observar que *intelectuales* y *políticos* podían reunirse y aun conversar sin "mirarse feo" ni reprocharse defectos y debilidades. El presidente Echeverría había sido el primero y el más tenaz promotor del acercamiento entre esos dos grupos de clase media que habían llegado a las diatribas, las acusaciones y los golpes, incluidos los bazucazos en la década de los sesenta. El "Encuentro de San Luis" era en importante medida producto de esa preocupación echeverrista. Formaba parte de una estrategia política del joven presidente: recuperar la unión o la amistad entre la Universidad y el Gobierno, entre el sistema educativo y el propio Estado, en fin, entre los llamados "intelectuales" y los llamados "políticos". Era, para acabar pronto, la bienintencionada apertura democrática preconizada por Echeverría. Por ello le entusiasmó tanto la idea del "Encuentro" potosino, con las dimensiones nacionales que le injertó él mismo.

II

TEMAS Y VARIACIONES

Tesis para una controversia nacional

Con un Teatro de La Paz pletórico hasta el tope de pura clase media —participantes, invitados, funcionarios, curiosos y vecinos de la ciudad—, Reyes Heróles, acompañado de la plana mayor del PRI y de la CNOF (aunque sin la presencia de los jefes de los otros dos "sectores" del partido, el obrero y el campesino, que no entendían bien a bien qué era eso de "la clase media" o se hicieron descaradamente de la vista gorda, o por otras razones políticas de mayor peso, como veremos más adelante), inauguró los trabajos del *Encuentro* con un magnífico discurso, lleno de ideas, conceptos, planteamientos, rutas de análisis y objetivos políticos que causaron gran sensación en los medios políticos, académicos y periodísticos de la época. Como los organizadores de la reunión le habían dado un gran relieve periodístico, radiofónico e incluso televisivo, prácticamente todo el país se enteró de algunos planteamientos básicos de Reyes Heróles, con reacciones a veces sorprendentes.

Entre las muchas ideas que expuso Reyes Heróles en ese discurso, causaron particular escozor, entre otras, las siguientes:

a) "Hay quienes manifiestan un abierto desprecio por las clases medias, con el viejo prejuicio de considerarlas pequeño-burguesas, y partiendo de este supuesto les atribuyen todo lo que es símbolo de mediocridad, imitación y copia";

b) "En México ha ocurrido una Revolución y... en buena medida, las clases medias nuevas son hijas de ese movimiento social. A esto añadamos el papel de las clases medias en la iniciación y continuación de nuestra

Revolución, no solas, por supuesto, sino concurriendo con campesinos y obreros... Creo, pues, que en los estudios a realizar, este otro fenómeno debe atenderse, sin olvidar, desde luego, que integrantes de las clases medias son quienes alimentan la clase de los 'desclasados', a la que pertenecen en buena proporción intelectuales y políticos";

c) "La sociedad desarrollada no se ha bipolarizado como se había previsto: clases poseedoras y clases desposeídas. Las clases medias, lejos de desaparecer, han crecido y se han fortalecido. El hecho de que el desarrollo suponga una 'sociedad de empleados' no quiere decir que necesariamente ésta deba ser una sociedad de consumo. O sea, cambiando las pautas de producción, reduciendo lo superfluo y cargando el acento en la producción de lo necesario, igualmente, el desarrollo industrial dará lugar a una 'sociedad de empleados' muy distante de una sociedad de consumo";

d) "En estas zonas (las urbanas, FLC) las clases medias, sólidas en sus estratos superiores, débiles en los inferiores, impotentes en los primeros para poder asimilarse a las clases del capital nacional y temerosas de los segundos frente a la que consideran amenaza de proletarización. En unos y otros estratos surge la estéril tendencia al apoliticismo, hacia el aislamiento y, por consiguiente, a ser campo propicio a corrientes contradictorias. Impresionables y exasperables, son materia susceptible de alimentar movimientos contrarios al progreso pacífico e institucional de México. *Reiteramos que las clases medias exasperadas han nutrido en el pasado y nutren en el presente al fascismo*" (el subrayado es mío, FLC);

e) "En un mundo que padece la inflación recesiva o recesión inflacionaria, es decir, en un mundo en que hay carestía, desempleo e incertidumbre, el nuevo fascismo o 'fascismo colonial' acecha por igual a las capas inferiores de las clases medias, con ingresos proletarios y nostalgias del pasado, y a las clases medias altas, que se desesperan ante las barreras que les impiden su ascenso. El nuevo

fascismo intenta sembrar en estos estratos de las clases medias ideas excitantes y movilizarlas reaccionariamente, a pesar y en contra de sus auténticos intereses... Resulta fácil exasperar a las clases medias. Por ello deben examinarse, con todos los núcleos de estas clases, las perspectivas nacionales, las posibilidades de un mejoramiento y fortalecimiento, combatiendo a los que intentan sembrar la exasperación en ellas";

e) Finalmente: "El problema político fundamental radica en determinar si se puede contar con las clases medias para realizar cambios o transformaciones que, a la larga, son en su beneficio, pero que temporalmente pueden afectarlas...Pensamos que para disponer de una favorable correlación de fuerzas es indispensable contar con las clases medias..."⁸

Si las partes teóricas o doctrinales del discurso de Reyes Heróles, basadas en algunos libros clásicos de sociología política, interesaron como tema de análisis y discusión a los especialistas de esa rama de las ciencias sociales, aglomerados sobre todo en la primera mesa de trabajo del *Encuentro*, las ideas estrictamente políticas, como el carácter revolucionario o reaccionario de las clases medias, su vocación "transformadora" o al menos "estabilizadora" frente a lo que se repitió mucho en la reunión —su "proclividad" intrínseca hacia el fascismo—, fueron asuntos muy comentados en los corrillos políticos y sobre todo tratados ampliamente en la prensa, a veces en forma no muy fiel al texto leído por el entonces jefe del PRI.

Ciertas expresiones de Reyes Heróles, como la "fácil exasperación" de las clases medias, las "ideas excitantes" que intenta sembrar en ellas el "nuevo fascismo", el reproche que se les hace de ser de "gris medio tono", "campo propicio a corrientes contradictorias", clases "impresionables", potencialmente "progresistas" o "retrógradas", etcétera, dieron pábulo a grandes titulares en los diarios del país, así como a numerosos comentarios,

caricaturas, apostillas y burlas de todo tipo, sin faltar, por supuesto, las discusiones en todos los tonos, las vibrantes "respuestas" y fulminantes "refutaciones". La clase media, en verdad, como lo esperaba Echeverría, salsa de su modorra, de su "apoliticismo", de su poltronería y de su "inconciencia". Ya veremos con más calma estas reacciones recogidas en la prensa de aquellos días.

Variaciones sobre el tema de la clase media

Por lo pronto, volvamos a la reunión de San Luis. ¿Qué ocurrió en sus cuatro mesas de trabajo, en los corredores, en los comentarios de café, en las comidas, cenas y sesiones nocturnas dedicadas a desvestir y estudiar a la recién descubierta, virginal y reluciente "clase media"?

En la primera mesa de trabajo, la de *conceptualización*, como se recordó antes, Arturo González Cosío, ponente principal, hizo una historia, "tan apasionante como completa" (según la crónica oficial), de las clases medias en México: "arrancó" de la estructura social que predominaba en la Nueva España, donde un sistema de castas organizado por la Metrópoli llevaba a cabo una explotación en que "la fuerza principal de trabajo eran los indios; los mestizos se adscribían a ciertos oficios y los criollos resentían que el mero hecho de su nacimiento en Nueva España les impidiera hacer valer su sangre peninsular".⁹ "Del México independiente —siempre según la crónica oficial—, 'anárquico y desequilibrado', no halló dignos de reconocimiento más que a los hombres de la Reforma. El Porfiriato es, en su concepción, un mundo regido por patrones franceses y españoles de conductas patriarcales, que respira honor, que se preocupa por el qué dirán y que cifra su orgullo en pertenecer al círculo de la gente decente, un mundo donde dada la explotación inicua, los grupos de 'profesionistas, empleados urbanos y rurales, pequeños comerciantes y rancheros', alzan el puño contra la 'creciente esclerosis social, arraigada al

sistema de latifundio y a la explotación capitalista extranjera que provocan la ira del pueblo y confrontan (*sic*) a las clases medias contra obstáculos imposibles de superar" (pp. 22-23).

Pero viene el *Surgimiento*, según la crónica oficial: "Profesionistas e intelectuales, profesores y obreros, empiezan a denunciar la miseria y la explotación y a plantear primero un reformismo político y después la Revolución Social. El pueblo apoya decididamente estos dos programas hasta sus últimas consecuencias". En los años siguientes, según el ponente, "se perciben fenómenos de desadaptación crecientes y agudos, aumenta el desempleo y el subempleo, al igual que los desajustes producidos por la vida citadina, crece la inmigración del a...o a las urbes, aflora la violencia de algunos grupos de los sectores medios que expresan su inconformidad... La solidaridad social se pone en entredicho, aparecen el desconcierto y la confusión en los sectores intermedios de la sociedad..." Y remató el ponente su análisis histórico: "Las clases medias participaron en la Independencia, la Reforma y la Revolución, y han apoyado los programas de beneficio campesino y obrero, institucionalizados por la Constitución de 1917. Han aceptado la existencia de un Estado democrático y social de Derecho, que es el que rige la vida de nuestro país. Es posible, sin duda alguna y dentro del Partido Revolucionario Institucional, desde la central que reúne las organizaciones de los sectores intermedios, acelerar su desarrollo, siempre y cuando prevalezca un programa de beneficio, principalmente campesino y obrero, que comprenda y aliente también anhelos de mejoramiento de los sectores intermedios populares" (p. 23).

Pero, ¿qué ha ocurrido después? Oigamos, una vez más, al cronista oficial de la reunión: "El Diputado González Cosío admitió que las clases medias y la nueva burguesía de México no intervienen histórica y conscientemente, sino que se refugian en una mentalidad que gira alrededor

de mitos, tradiciones, familia, honor y modelos de vida norteamericanos, (y en consecuencia) no aceptan por motivo alguno cambios sociales" (p. 23). Reconoció, sin embargo, que los grupos de clase media pueden tener una función democratizadora y constructiva dentro de un nuevo modelo de desarrollo en el que puedan armonizar los intereses de las clases populares y los de sectores progresistas de la clase media que puedan ser convencidos "de que deben luchar no sólo en términos personales, sino con una idea de solidaridad social".

González Cosío concluyó afirmando que la clase media es susceptible de propiciar el cambio social y la modernización en la medida en que "nuevas formas de educación y cultura social la enseñen a ser más responsable y a estar históricamente más comprometida con la sociedad en la que le ha tocado vivir, pero no sólo en función personalista, sino fundamentalmente en términos sociales". Según el cronista oficial, el ponente hizo finalmente una referencia "a los grupos de vanguardia que mantienen una actitud realista y buscan implementar las políticas transformadoras necesarias al desarrollo nacional. Este grupo le mereció el calificativo de 'grupo para sí' y, según dijo (GC), lo ve preocupado por el momento presente, pero orientado sobre todo hacia el porvenir, (lo que) inclina a pensar que su papel dentro del Estado Mexicano deberá incrementarse en lo futuro a fin de establecer su continuidad y su capilaridad históricas" (pp. 24-25).

La visión "sociológica": mimetismo y proclividad reaccionaria

En la segunda mesa de trabajo se ventilaban otros criterios y datos sobre la clase media. Aunque Eliseo Mendoza Berrueto —el ponente central— dejó establecido de antemano que su enfoque sería "más sociológico que económico", sorprendieron un poco las cifras que manejó en su trabajo: la clase media, dijo, está compuesta

(recuérdese que estaba hablando en 1975, FLC) por un total de 12 millones 200 mil ciudadanos mexicanos, que equivalían entonces al 21 por ciento de la población total, frente al 74 por ciento de las clases que "viven en niveles cercanos a la subsistencia", y al 5 por ciento del grupo "que lo tiene todo y pretende aún más". Nos sorprendió un poco la precisión de las cifras sobre la clase media, aunque no recuerdo en realidad si también mencionó cuáles eran sus fuentes estadísticas o los criterios para establecer incluso "fracciones" demográficas de la clase media de entonces.

En ese 21 por ciento de la población correspondiente a la clase media, Mendoza Berrueto englobaba a los siguientes grupos: pequeños comerciantes, empleados, artesanos, propietarios de pequeños talleres, profesionistas, administradores y técnicos directamente vinculados con los dueños del capital, "que sin poseerlo a veces actúan como si lo poseyeran", y cuya capacidad de consumo varía "desde niveles por arriba del de subsistencia hasta los que pretenden confundirse con los patrones de consumo propios de los grupos de altos ingresos" (pp. 24-25). Preocupado por el mejoramiento social de la población mexicana, Mendoza Berrueto llegó, según el cronista oficial, a una primera y notable conclusión: "Una meta específica consistiría en aumentar los grupos que integran la clase media, alimentándola con grupos provenientes de las clases bajas para, de este modo, disminuir de manera absoluta los grupos que integran las clases bajas y lograr una mayor participación de la población en cuanto a los beneficios del desarrollo" (p. 25).

El ponente también creyó conveniente subrayar el importante papel que la clase media ha jugado en el desarrollo nacional, pero recibiendo en cambio beneficios del propio desarrollo. "Sin embargo, a causa de su heterogeneidad y a veces de su identificación con las clases altas, la manifestación de sus acciones no ha tenido toda la repercusión favorable deseada y su acción como grupo ha sido débil; (por lo tanto) es necesaria su

identificación como clase a fin de que asuma conscientemente su papel histórico; sólo así se alcanzará la necesaria identificación de este sector con las clases sociales más modestas y con el pensamiento y la acción gubernamental en lo que concierne al esfuerzo que se realiza en apoyo de los grupos mayoritarios del país".

Haciendo un poco de historia, Mendoza Berrueto recordó que la Revolución de 1910 se inició en un mundo dividido en dos porciones "monstruosamente desiguales": por una parte, una pequeña minoría que lo usufructuaba todo, y por otra, una mayoría enorme que carecía hasta de lo indispensable. La clase media aparece más tarde: "al superarse el feudalismo rural, al estimularse el desarrollo industrial e integrarse un mercado interno importante", al lado de "un proceso acelerado de urbanización y terciarización" (la última cita parece ser cosecha del cronista oficial). "Los centros urbanos —continuó Mendoza Berrueto— son el ámbito por excelencia de la comunicación de masas, y de la extensión de los símbolos de la modernidad, es decir, basados en la consideración del prestigio, del mérito, de la eficiencia y de la igualdad; surgen nuevos estratos medios que son el resultado de la movilidad social y constituyen a la vez el área social que produce mayores efectos de movilidad, cuando toman conciencia de la relación que existe entre el desarrollo económico y social y el mejoramiento del status adquirido".

Como es en los centros urbanos donde ocurre la expansión industrial, propiciando la formación de un gran mercado nacional, "la clase media viene a ser así un producto natural del desarrollo económico, y su destino queda sujeto al grado de intensidad de tal proceso". Hay, sin embargo, un peligro en este proceso: "en mayor o menor grado la clase media suele estar en contacto con los dueños del capital, especialmente cuando se considera específicamente a quienes participan en puestos técnicos, administrativos o de dirección. *Esta conexión crea un fuerte mimetismo que puede enajenar al individuo, que al*

perder la identidad con los de su propia clase, se sustrae a su papel de lucha por el progreso de la sociedad a la cual pertenece" (el subrayado es mío, FLC).

Destaco la última frase porque fue una idea muy comentada y discutida desde el discurso inaugural de Reyes Heróles: ¿A qué se debe la "proclividad" o tendencia de la clase media a formas de pensamiento conservadoras, si su pasado reciente había sido precisamente la obra transformadora de la Revolución Mexicana, de la cual surgió —y con grandes beneficios— la clase media? Se habló mucho de la falta de solidez social en las clases medias, de su textura movediza y "gelatinosa", de su vocación imitativa, de su mimetismo con los hábitos, gustos y prejuicios de la burguesía, en fin, como lo había subrayado el entonces presidente del PRI, de su "facilidad a exasperarse" y dejarse impresionar por las acechanzas del *nuevo fascismo*. En la propia reunión, en la prensa, en los corrillos, en las tertulias se comentó reiteradamente esta especie de *vocación* reaccionaria y prepotente de la clase media, de la que era necesario "preservarla", recordándole su gran pasado revolucionario, su activo papel en las nuevas organizaciones e instituciones del país, y, en suma, su gran futuro al lado de campesinos y obreros, como grupo o clase de vanguardia reformadora.

Pero mientras eso podía lograrse, había que seguir discutiendo y analizando en la reunión de San Luis. Mendoza Berrueto hizo serias advertencias: como en este grupo de clase media "se concentra una gran parte de los que han disfrutado de una importante movilidad social... no puede aceptarse que asuma actitudes indiferentes o francamente contrarias a las clases populares". Por tanto, "es ineludible el compromiso de este grupo hacia (con) quienes no han tenido acceso a los niveles educativos medio y superiores". Como dijo el cronista del *Encuentro*, la pregunta (que se hacía Mendoza B., FLC) surgía "como una obligación inevitable": "¿acaso las dificultades para lograr un desarrollo más equitativo no están directamente

relacionadas con la concentración del ingreso, la estrechez del mercado y otras posiciones defendidas abierta o veladamente por grupos conservadores..? La conclusión conduce a la urgente unificación de las clases medias y los grupos populares" (pp. 25-26).

Sin embargo, Mendoza Berrueto recordó un factor que debía tomarse en cuenta: el rápido crecimiento de la población, que, en su opinión, estaba ejerciendo una fuerte presión sobre la capacidad de impulsar el desarrollo nacional. "Es un aspecto —dijo— a considerar en el papel de las clases medias, pues por una parte el sistema económico tiene que generar recursos suficientes para satisfacer las demandas sociales básicas, (y) por la otra generar más fuentes de trabajo... La perspectiva económica y social de nuestro país, considerada a la luz del crecimiento demográfico, exige una acción decidida e inaplazable, cuyo objeto sea actuar sobre los fenómenos que afectan a la población en cuanto a volúmenes, estructura, dinámica y distribución en el territorio nacional, con el fin de lograr una participación justa y equitativa de los beneficios del desarrollo económico y social".

El ponente, en todo caso, se declaró optimista. México tenía suficiente capacidad e imaginación para solucionar sus problemas precisamente en estos programas, donde la clase media cumple propósitos básicos: "Es necesario —dijo finalmente Mendoza Berrueto— que la clase media adquiera conciencia del papel histórico que le corresponde dentro de la sociedad mexicana, (toda vez) que sin ser poseedora de los bienes de producción, pero sin estar tampoco en una situación de subsistencia, (sobre ella) recae una responsabilidad mayor, tanto en el proceso de desarrollo económico como en la preservación y consolidación de los valores que identifican a nuestra nacionalidad" (p. 26). Desde el punto de vista "sociológico" y también "económico" (¿por qué no?), la clase media de 1975 podía tener un futuro promisorio, a condición de asumir un papel responsable al lado de los trabajadores de

la ciudad y del campo. También lo había proclamado antes Reyes Heróles, al inaugurar el *Encuentro* de San Luis Potosí.

¿Un enfoque con formato weberiano?

En la Tercera Mesa de Trabajo (sobre "las clases medias en el desarrollo social") hubo un cierto entrecruzamiento con temas que correspondían en buena parte a la Primera Mesa. Según el cronista oficial, el ponente principal, Horacio Labastida, "hizo un estudio muy interesante de las clases medias inspirado en un formato del filósofo Max Weber. Consecuentemente, su análisis partió de la enunciación de tres categorías: la clase social, el status y el poder. Sus definiciones fueron las siguientes: *Clase social*: se refiere a los intereses económicos de los grupos y sus interrelaciones con los procesos de producción y consumo de bienes y servicios. *Status*: tiene que ver con el prestigio de las personas, con la estimación que se les atribuye y con su estilo de vida. *Poder*: expresa la capacidad de influir en las decisiones públicas y de hacerlas cumplir, en su caso, de manera coercitiva" (p. 20).

Labastida —siempre según el cronista oficial— hizo la distribución de los grupos en tres grados de estratificación: (1) el de los directores, los gerentes y los administradores ligados a los dueños del aparato productivo y el sistema empresarial; (2) el de los profesionales (que incluye intelectuales, estudiantes y profesores), y (3) el de los empleados calificados y no calificados que en general desempeñan actividades no manuales. Miembros de la clase media tradicional, actualmente parte significativa de la burguesía, eran descendientes de las generaciones que provocaron las revoluciones liberales del siglo XVIII, y que eran entonces artesanos, artistas, clérigos, comerciantes en pequeño, intelectuales, médicos y empresarios "enclavados en las cercanías de la civilización industrial y el sistema empresarial que la caracteriza" (p. 20).

Considerando también que las clases medias han sido en México grandes beneficiarias del sistema educativo, al igual que en los demás países más o menos industrializados, Labastida señaló que "entre los profesionistas, los gerentes y los directores, los empleados, los intelectuales y los artistas, y entre los obreros de máximos ingresos, hay una marcada propensión al aprovechamiento de la educación media; y entre las familias de estratos acomodados se descubre una tendencia a la fundación de escuelas superiores para sus vástagos, como puede comprobarse en instituciones escolares establecidas en Monterrey, Guadalajara, Puebla y el Distrito Federal". Gracias a estos privilegios educativos se estimula la movilidad social, es decir, se acelera "el proceso que transfiere a las personas o grupos de una posición a otra dentro de la estratificación, de estrato bajo a medio, a superior" (p. 20). Ejemplos de ese proceso de movilidad vertical por conducto de la educación los hallamos en la educación popular auspiciada por Vasconcelos, las escuelas rurales instituidas a partir de 1925 por el general Calles y las instituciones técnicas y de capacitación creadas durante el gobierno de Cárdenas.

En la actualidad, según Labastida, los intelectuales y los artistas "agrupados" en las clases medias tradicionales cumplen una función de críticos de la sociedad. Esta labor crítica está ligada a la agudización de los desequilibrios sociales, los cuales se originan en contradicciones que se dan entre, por ejemplo, el status y la ocupación: "El status refleja prestigios y expectativas, y la ocupación de ingresos que frecuentemente no se compaginan con los requerimientos del status; y hay algo más, que resulta casi un corolario: el mercado de trabajo profesional estrecha la demanda y a la vez reduce en términos reales las compensaciones". Esas contradicciones se manifiestan, por ejemplo, en paros profesionales, que hacen evidente "la desesperada condición socioeconómica de una comunidad que se advierte a sí misma en un inexorable

descenso en la escala de la estratificación". Ese malestar penetra también los medios estudiantiles, inspirando actitudes de protesta y, a la larga, la contracción de los mercados de trabajo profesional.

Labastida asignó una responsabilidad primordial en todas estas protestas al *desarrollismo estabilizador*, como lo llamó, cuyos antecedentes hay que buscarlos en las grandes transformaciones sociales que surgieron a raíz de la expropiación petrolera, cuando "abogados, escritores, poetas, obreros, periodistas, se mudaron (*sic*) en administradores, economistas, expertos en investigación de operaciones... (hasta el grado de que) algunos trabajadores saltaron a técnicos; los contadores se hicieron gerentes y los filósofos, políticos". Aparecen también directores y administradores de empresas subsidiarias extranjeras a partir de 1945, al lado de administradores de ejidos, cooperativas y parvifundios. El *desarrollismo estabilizador* surge en esa misma época, y es una de las causas de las protestas estudiantiles de 1958 y 1968. "Estos fueron años —agrega Labastida— en que el deterioro de los niveles de vida de la población llegó a grados muy álgidos, (pues) el desarrollismo asfixió a la empresa estatal y sacrificó a la social en provecho de la privada... que se inclinó —no toda ella, por cierto— hacia el capitalismo extranjero" (p. 21).

En cuanto a la estructura interna de las clases medias, Labastida percibe su "yuxtaposición en pirámide" (frase del cronista oficial): "La alta clase media absorbe el mayor porcentaje del ingreso total y cobija el menor número de su población; las clases medias de nivel medio y de nivel bajo amplían su número en forma descendente y perciben el ingreso de manera ascendente... En cambio, por el lado de los bienes culturales, abarcan la mayor proporción". El ponente se refirió también, según la transcripción del cronista oficial, a la "aparente función desintensificadora de la antinomia clasista que se atribuye el status medio de la sociedad en la medida en que su

status se transforma en una categoría receptora de una creciente porción de riqueza material y cultural". Como expresión de dicha antinomia clasista, estaría la clase media confortable que "en la sociedad industrial avanzada se transplantaría a las naciones atrasadas como mecanismo de amortiguación de la función crítica y de la subversión clasista". En cambio, las clases medias populares mantienen una actitud reivindicativa, "singularmente en los países coloniales, donde están en condiciones de enlazar el cambio social con las finalidades económicas de sus luchas".

Labastida finalizó también reivindicando el importante papel transformador que tienen asignado las clases medias en México, ya que ellas "en buena parte tuvieron a su cargo, al lado del pueblo (*sic*), el diseño de concepciones liberadoras de nuestra historia; en buena parte, también, al lado del pueblo, han participado en la ejecución de los planes y los programas de modernización de nuestra sociedad; y ellas trabajan con lucidez en la crítica y la autocrítica de nuestro sistema político" (p. 22).

Un supuesto diseño político

Finalmente, en la mesa de trabajo en que me correspondió ser el ponente, expuse algunas ideas y planteamientos en los que yo consideraba entonces conveniente insistir si realmente existían las condiciones *reales* para el encuadramiento político e ideológico de algunos sectores críticos de la clase media de esa época. Recordaré solamente las más significativas para esclarecer esos propósitos, fundamentalmente políticos.

En primer término, la estrecha relación entre el desarrollo de México y el crecimiento de las clases medias. Dicho así, es sólo una perogrullada. Lo importante es destacar el carácter contradictorio de ese desarrollo, como fruto precisamente de las contradicciones inherentes al proyecto de la Revolución Mexicana. Si las grandes transformaciones revolucionarias tuvieron su máxima

eclosión durante la década de los treinta, es decir, en el sexenio cardenista, la etapa siguiente se habría de caracterizar por el creciente predominio de la política de promoción económica, que en la práctica significaba simple y llanamente la aplicación de un modelo de desarrollo favorable a la industrialización, la expansión de la nueva burguesía y la inversión creciente de capitales extranjeros. A esta estrategia de política económica se le daría posteriormente el nombre de "desarrollismo". En aquella reunión de San Luis esboqué una idea que años después analizaría con mayor amplitud: entre sus numerosas distorsiones estructurales, la política desarrollista de los años 1945-1970 tuvo el "privilegio" de provocar un enorme desequilibrio entre la ciudad y el campo, al mismo tiempo que agudizó las tradicionales desigualdades geográficas y sociales al concentrar la riqueza en unas cuantas manos y en unas pocas regiones.

Surgió en pocos años un fenómeno prácticamente inesperado en México: el crecimiento descomunal de las ciudades, en las que empezaron a aglomerarse nuevos grupos sociales —las llamadas clases medias *nuevas*— que si bien recibieron todos los beneficios del desarrollo urbano, serían más tarde sus primeras víctimas coléricas. De allí provenían los conflictos recurrentes de la década de los sesenta y su mayor estallido, en el conflicto de 1968. Esto era, en términos muy simples, la verdadera "cuestión" de la clase media: reconocer el origen social y aun geográfico de sus protestas y demandas, convenciendo al "sistema" de que era más conveniente atraerla o "incorporarla" a las organizaciones políticas vigentes, en vez de satanizarla, reprimirla y cubrirla de acusaciones. Esta había sido, por lo demás, la estrategia política de Echeverría.¹⁰

Conclusiones y sorpresas

El llamado *Primer Encuentro Nacional Sobre las Clases Medias Mexicanas* (nunca se celebró ni llegará a celebrarse

otro semejante) logró todas las finalidades que se había propuesto; y puede afirmarse que en ese sentido fue un éxito completo. Por primera vez en México se logró conmover a la clase media con un asunto de discusión que, paradójicamente, le era novedoso, sorprendente y extraño: ella misma. En la propia reunión se escucharon toda clase de reflexiones filosóficas, concepciones psicoanalíticas, exposiciones históricas, análisis sociológicos, apreciaciones generales, rotundos planteamientos, frases candentes, juicios violentos, diatribas, ataques, quejas, reproches, y, en fin, llamados constantes al estudio, la organización, la educación y el "encuadramiento político" de las clases medias. Como participé en los trabajos de la comisión encargada de ordenar y resumir las discusiones y acuerdos de las cuatro mesas de trabajo, pude apreciar la notable coincidencia de puntos de vista y de propósitos políticos que prevalecieron en la reunión, dentro de un marco de inquietudes que rebasaban incluso el tema estricto de las clases medias. Hoy parecerían más bien acuerdos tomados en una reunión nacional de la oposición de izquierda, impensables ni siquiera como eufemismos programáticos del partido oficial, y mucho menos de la hoy casi extinta CNOP.

Las catorce *conclusiones y recomendaciones* aprobadas en las cuatro mesas de trabajo y que me correspondió leer en el Teatro de la Paz, durante la sesión de clausura, fueron una verdadera e impresionante ensalada de peticiones, recomendaciones y demandas en importantes rubros políticos de entonces: reformas constitucionales para reconocer expresamente los derechos a la educación, a la vivienda, a la seguridad social, al trabajo, a la salud, al bienestar y en general a todo lo que contribuyera "al desarrollo y perfeccionamiento de la personalidad humana"; cambios al artículo 27, para declarar "sin ambigüedad alguna" los derechos de la Nación, así como los alcances y significados de la propiedad social frente a la privada. También se pidió que el Estado "recobrar" el manejo de

algunos medios de comunicación masiva, como la radio y la televisión, "en la inteligencia de que podrían venderse tiempos sobrantes a los interesados en la propaganda comercial". Se acordó fomentar los "sentimientos y deberes de solidaridad de las clases medias", ampliándose al mismo tiempo los servicios sociales que puedan prestar dichas clases. Se expresó el apoyo de las clases medias al texto gratuito de enseñanza y al Artículo 3o. Constitucional en materia educativa; se aprobó un apoyo total de la CNOP a las actividades de las mujeres en todas las áreas de ocupación, trabajo, cultura y artes. Se aprobó la "inmediata intervención" de la CNOP para dar cuerpo a las aspiraciones sociales y las debidas protecciones legales de los empleados no sindicalizados, como los bancarios y similares, promoviendo reformas a la Ley Federal del Trabajo.¹¹ También se acordó expresar el apoyo de las clases medias al sistema de economía mixta del país, pero "recomendando una vigorosa acción del Estado como director, coordinador y promotor de la economía nacional". Se hizo especial énfasis en el fortalecimiento de la "alianza popular de obreros, campesinos y clase media, como base del desarrollo independiente, nacionalista y antiimperialista de la Nación". Y se recomendó una mayor intervención del Estado en el comercio interior y exterior, así como la incorporación de la política de población como un factor relevante en el modelo de desarrollo nacional.

Finalmente, se aprobaron, "con entusiasmo delirante" (según señaló una crónica periodística), tres puntos considerados "decisivos" en el marco de la política nacional e internacional de aquellos días: en primer término, la incorporación dentro del *Plan Básico de Gobierno 1976-1982*, "de un capítulo en que se establezcan las bases de una política para las clases medias"; después, una petición expresa a la CNOP para que promoviera el estudio sistemático de las clases medias mexicanas y la creación de un organismo destinado especialmente a realizar dichos estudios; y en tercer lugar, "por unanimidad y con aplauso

entusiasta (según el texto oficial), se aprobó el apoyo de las clases medias mexicanas a la política descolonizadora y antiimperialista de los países del Tercer Mundo". Al margen de las conclusiones y recomendaciones oficialmente aprobadas, se convino "por unanimidad" en condenar el golpe de estado fascista que derrocó en Chile al gobierno democrático del presidente Salvador Allende, con el apoyo de diversas agencias del imperialismo norteamericano. Se condenó, asimismo, "cualquier forma de intervención extranjera que inhiba el desarrollo democrático y progresista de los pueblos del Tercer Mundo".¹² Conclusiones y declaraciones en verdad sorprendentes para haber sido expuestas y *aprobadas* en una reunión nacional —"pluripartidista", es cierto, en términos de aquella época— organizada por el "sector popular" del PRI. Hoy se hubieran considerado como planteamientos de tipo neorcardenista...

Bajo la sombra de Echeverría...

En las vísperas de la sesión de clausura circuló profusamente el rumor, aun entre los dirigentes nacionales de la CNOP, de que en la ceremonia correspondiente estaría presente el presidente Echeverría. El propio Antonio Delhumeau —que presidía, como se señaló antes, la Primera Mesa de Trabajo— lo anunció así en su columna del periódico *Excélsior*: "Hoy clausura el Presidente de la República las sesiones de discusión que sobre las clases medias en México, han sostenido durante tres jornadas diversos especialistas... (sic)" (*Excélsior*, 22.V.75). Aunque nunca lo pudimos verificar, parece que en algún momento Echeverría pensó efectivamente ir a clausurar los trabajos de la reunión de San Luis Potosí, entusiasmado con sus resultados y sobre todo sus conclusiones "oficiales" y el impacto que estaba teniendo el *Encuentro* en la opinión pública, a juzgar por la prensa. Se supo, por fin, que sería un alto funcionario del gobierno, probablemente el secretario de gobernación, quien haría la clausura, lo que hizo creer a

muchos en un mensaje no muy cifrado acerca de la sucesión presidencial. Acudió, en efecto, el doctor Sergio García Ramírez, entonces subsecretario de gobernación, lo cual siguió siendo firme indicio para los lectores de la cábala presidencial.

García Ramírez —jurista de amplia cultura y honorabilidad reconocida, muy desaprovechado por los dos gobiernos populistas que lo hicieron saltar continuamente por varias subsecretarías—, llegó a clausurar los trabajos del *Encuentro*, en representación personal de Echeverría (no siendo un acto de gobierno, se supone que asistía representándolo como "distinguido militante del partido"). Sin embargo, también aprovechó el viaje para formular una apología oficial del papel histórico de las clases medias en México: "Las clases medias se hallan presentes, con grande voz, en las mayores decisiones y en las más amplias esperanzas. Aspiran, como nada y como nadie, a todas las cosas. A partir de la Revolución, su generadora definitiva, no han cesado estas clases, ni cesarán, de hallarse activas en el mundo mexicano total, porque ni pueden ni deben reducirse a estrechos compartimentos, abstenerse o declinar en el esfuerzo general, o destinarse, con egoísmo, a un ghetto estructural a la medida de ciertas ocupaciones y preocupaciones, en un vano intento de predominio o de soledad... Estamos ciertos de que el válido, legítimo futuro de las clases medias depende de su ser y de su quehacer solidario y revolucionario, de su convicción y pasión por el cambio, de su mirada y de su patrocinio puestos ni en el pasado ni en el presente, sino en el porvenir; de su conciencia ni de ayer ni de hoy, sino de mañana".

III

LA CONTROVERSIA

Comoción en la Clase Media.

Apenas comenzaba la tormentosa discusión sobre las clases medias. En la prensa, en la televisión, incluso en la radio y en los círculos políticos y los desayunaderos de chismosos se habló mucho del asunto, ya para entonces calificado como la "cuestión" de la clase media. Desde el día de la inauguración del *Encuentro* la prensa del país hizo gran ruido dentro de dos ópticas un poco diferentes y aun contrapuestas a veces: por un lado, se "escandalizó", por así decir, —y escandalizó a su vez—, debido a algunas afirmaciones de Reyes Heróles y otros expositores. Grandes titulares fueron dedicados a "los peligros y acechanzas del nuevo fascismo", la "fácil exasperación de las clases medias", su carácter "impresionable", su falta de estructura o de ideología, su contextura "gelatinosa", su "proclividad" al fascismo, la teoría de los "desclasados" (intelectuales y políticos) y muchos otros, como los que transcribo a título de simples ejemplos: EL FASCISMO TRAS LA CLASE MEDIA, (*El Sol de México*,); NOS AMENAZA EL FASCISMO (*La Prensa*,); LA CLASE MEDIA ESTÁ EXASPERADA (*Diario de México*); AL RESCATE DE LAS CLASES MEDIAS (*Avance*); LAS CLASES MEDIAS, "MASAS GELATINOSAS" (*Ultimas Noticias*, 1a.Ed.); y, en fin, ESTÁ INCONFORME LA CLASE MEDIA (*Diario de la Tarde*) o bien, LAS CLASES MEDIAS EXASPERADAS NUTREN AL FASCISMO (*Ovaciones*, 2a. Ed.). Todos con fecha 21 de mayo de 1975, es decir, al día siguiente del inicio de los trabajos en San Luis Potosí.

Sin embargo, no todo era tan alarmante: también aparecieron otros titulares, crónicas, columnas periodísticas y editoriales exaltando la importancia de las clases

medias en el desarrollo de México, en el rumbo revolucionario del país, en su cultura y su preparación técnica; y hasta fueron publicados sesudos análisis sobre el "gran papel histórico" de la clase media, aunque sí se insistió mucho en que era necesario recuperarla o salvarla de sus devaneos ideológicos y su consiguiente fragilidad frente a las terribles acechanzas de la reacción, del "fascismo colonial" o "nuevo fascismo", según los calificativos de Reyes Heróles. Un buen resumen de esta concepción optimista y esperanzadora lo logró el titular a ocho columnas del periódico oficial *El Nacional*: FRENTE A LA PRESIÓN DEL FASCISMO COLONIAL, LA CLASE MEDIA DEBE INTEGRARSE EN EL PROCESO REVOLUCIONARIO (21.V.75); o bien, sin hablar ya de "fascismo", llamó la atención el también largo titular de primera plana en el diario semioficial *El Día*: LOS INTERESES DE LA CLASE MEDIA COINCIDEN CON LOS DEL AVANCE REVOLUCIONARIO DEL PAÍS (21.V.75).

Enojos y reproches: ¿dónde está el fascismo?

Muchos se disgustaron seriamente por lo que estaba ocurriendo en San Luis Potosí, pero, sobre todo, por lo que se estaba diciendo allí o lo que la prensa decía que se decía. Como en mi ponencia había yo destacado los visibles aumentos en las votaciones a favor del PAN, atribuyéndolos en buena medida a las protestas de ciertos sectores insatisfechos de clase media, los dirigentes de ese partido reaccionaron airadamente por lo que sin duda creyeron era una alusión directa a manejos "sospechosos" de su organización política en relación a la clase media del país. Sin mayor trámite "se pusieron el saco", como se dice en español castizo: "¿Ah, sí? ¿Conque nosotros representamos al nuevo fascismo o 'fascismo colonial', que según Reyes Heróles acecha a las clases medias? ¿Conque el

crecimiento electoral del PAN significa que estamos aprovechando o fomentando la exasperación de esos sectores? ¿De manera que nuestros éxitos electorales son prueba de nuestro neofascismo?"

La respuesta del PAN no se hizo esperar: su vocero oficial de entonces, Gerardo Medina, convocó a una entrevista de prensa en sus oficinas para repartir un boletín y explicar verbalmente su profundo desagrado por las acusaciones que se le estaban haciendo al PAN en San Luis Potosí. Confundiendo y mezclando lamentablemente la advertencia de Reyes Heróles sobre el "fascismo colonial" (sin referirse o siquiera insinuar al PAN), y lo que había yo dicho sobre el crecimiento electoral de ese partido, Medina declaró en forma contundente: "Si hay una organización fascista en México, es la que está representada por el PRI". Rechazó por "malévola" la afirmación de Reyes Heróles "en el sentido de que las clases medias en México se inclinan hacia el fascismo, insinuando que la prueba de esto es la creciente votación del PAN". Con ello, agregó, el dirigente del PRI "ofendió a la clase media... es una gran injuria contra los millones de mexicanos que cada día en mayor número rechazan como opción política al partido oficial y a sus candidatos" (*Excélsior*, 22.V.1975). También dijo, según la crónica de otro diario capitalino, que "la advertencia de neofascismo hecha por Reyes heróles es como el cuento del ladrón que grita: ¡atrapen al ladrón!" Metáfora, por cierto, muy ingeniosa...

Según otra crónica de esa misma entrevista de prensa, Gerardo Medina habría dicho también: "Si la votación del PAN sigue y seguirá creciendo, se debe simplemente a que cada día un mayor número de mexicanos sabe lo que está haciendo en política. Por eso es calumnioso interpretar ese creciente apoyo de los mexicanos a Acción Nacional como una tendencia fascista". Y

dijo algo más que yo no escuché nunca en la reunión de San Luis Potosí, pero que podría haber sido uno de los muchos chascarrillos que solía hacer Reyes Heróles sobre el PAN: "El partido oficial ha querido ofender al PAN llamándolo un partido de pavimento, que sólo llega hasta donde el pavimento alcanza". A lo cual, muy serio, contestó Medina: "Pero más allá de las intenciones, el hecho es que el pavimento significa, en ese orden de ideas, un mayor nivel cultural y, sobre todo, mayores márgenes de seguridad para la acción política independiente" (*Novedades*, 22.V.1975). A toda esta disquisición panista la llamamos entonces, con alegre reconocimiento y jocoso respeto, la *Filosofía Política del Pavimento*...

También reaccionaron con cierta contrariedad los otros partidos de oposición. El Partido Popular Socialista (PPS) y el llamado entonces Partido Socialista de los Trabajadores (PST) (promovido *bajo cuerda* por el propio presidente Echeverría) se unieron al PAN al asegurar que "una de las principales amenazas del neofascismo en el país está incrustada en el PRI". Esther Goujon, del PST, habría dicho, según la prensa, que al referirse Reyes Heróles al fascismo y hacer la advertencia sobre sus peligros, "lo más probable es que estuviera refiriéndose a los movimientos de ese tipo dentro del propio PRI". Por su lado, el vocero del PPS en aquella época, Manuel Stephens, afirmó, según el mismo periódico, que dentro del PRI "existen los cuadros que quieren el fascismo, aliados con poderosos grupos oligárquicos que influyen en la economía". Ambos partidos insistieron en afirmar que la "amenaza neofascista" se corporiza en la alianza de las empresas transnacionales con poderosos grupos nacionales de financieros e industriales que tienen gran peso dentro de la economía mexicana. Estos grupos, dijeron, son "avanzadas del neofascismo" (*Ovaciones*, 2A. Ed., 22.V.75).

¿Cuál clase media?

Aun el PARM y ciertas organizaciones empresariales tenían también algo que decir sobre el candente tema de las clases medias. El entonces presidente del PARM, Pedro González Ascoaga, fue entrevistado por *El Sol de México*, al que le confió por principio de cuentas un secreto: "para definir a un miembro de la clase media —dijo— basta conocer su situación económica y cultural". Aclarado este enigma, según la crónica periodística, "indicó que se han exagerado las posibilidades fascistas que tiene la clase media, ya que este sector es el ejemplo más claro del progreso social que ha tenido México, debido a que si lo observamos, estas personas tuvieron en sus padres a personas proletarias". "También observó que en México —sigue transcribiendo la crónica— las clases medias son el resultado de una burguesía decadente que ha renunciado al individualismo y que no puede considerarse como una burguesía porque este concepto radica en la actitud y no en la riqueza que pudieran (*sic*) poseer". Y en fin, saliéndose del galimatías conceptual, la crónica lo registra descubriendo algo asombroso: "Por otro lado, el dirigente parmista calificó a las clases medias mexicanas como 'la mayoría silenciosa', porque, dijo, allí se encuentra la meca (*sic*) del abstencionismo, lo significativo del rechazo y la muestra del descontento social". La misma crónica recoge también, de pasada, otra disquisición doctrinal del PAN. Se trata nuevamente del notable teórico Gerardo Medina, que en esta ocasión intenta dar respuesta a la gran pregunta del día (de aquellos días): *¿Cuál Clase Media?* Según el teórico panista —y según la crónica, por supuesto—, "en México nunca se ha definido con seriedad a la clase media y no existe un criterio claro para ubicar a un ciudadano sobre el sector (*sic*) en que se pretende encasillarlo". Y se

formuló entonces una inquietante cuestión: "¿Vamos a definir a un miembro de la clase media por su condición económica, por su nivel cultural o por la zona en que vive?" Incluso en las graves y profundas discusiones que surgieron en San Luis Potosí hubo, como ya recordé antes, grandes acaloramientos teóricos e ideológicos, tan fuertes a veces, que, como nos dijeron testigos presenciales, llegaron a los gritos, las imprecaciones y los manotazos ("¡se hicieron de palabras!", contaban aterrizados los chismosos).

Sin embargo, en México, Gerardo Medina tenía al parecer respuestas contundentes al respecto: "Si ocurre por el primer factor (lo de la condición económica, FLC), nos encontraremos que, por ejemplo, un obrero de Petróleos Mexicanos o de la CFE (sin duda se refería a la Comisión Federal de Electricidad, pues es obvio que la Comisión Federal Electoral difícilmente podría ser confundida con una empresa) puede ubicarse dentro de la clase media por sus ingresos, o bien a un empleado de banco, un maestro o algunos profesionales" (*El Sol de México*, 22.V.75). ¿Qué ocurría con los otros dos "factores", el nivel cultural y la zona en que vive? No lo sabemos, porque el periodista olvidó poner las respuestas de Gerardo Medina en su amena crónica. Una lástima.

El "Tapabocas fulminante" de los Comerciantes

Para compensar la falla, recordemos en cambio que distinguidos miembros de la CANACO (Cámara Nacional de Comercio) aprovecharon el momento para expresar sus ideas o concepciones sobre la clase media: "México cuenta con una clase media bien estructurada y puede decirse que forma un sólido pilar en el desarrollo de la vida política, económica, social y cultural del país. Pero, además, está comprobada (*sic*) su interrelación con los

otros sectores sociales, con quienes no sólo está identificada en el quehacer social (*sic*), sino que está consciente de que no hay intereses separatistas de clases". Así lo corroboró además el gerente de la Cámara de Comercio y Turismo de Puebla, licenciado Gustavo Ponce de León, "quien señaló categóricamente que cualquiera que sostenga que a las clases medias del país les falta organización o que hay alguna especie de divorcio entre sus intereses y los de los demás sectores del país, está hablando en tono demagógico y con una clara tendencia divisionista". Dijo, además, según la nota, "que la clase media, cuya intervención histórica en el proceso de fortalecimiento social del país está comprobada (*sic*), no puede permanecer ajena a cualquier cambio o transformación a nivel nacional y mucho menos ser fácil presa de ideas exóticas, tales como el fascismo". Muchos empresarios, sumamente emocionados por estas frases, dijeron que ellas constituían un "tapabocas fulminante" a lo que se estaba diciendo en San Luis Potosí. Y para concluir, aprovechando esos momentos de gran vibración social, "directivos de la misma CANACO dijeron apoyar en todas sus partes lo declarado por el presidente de la CONCANACO, Jesús Vidales Aparicio, en el sentido de que no se justifica un incremento general de salarios, en atención al aumento al precio del pan y tortillas..." (*El Herald de México en Puebla*, 22.V.75). Recuérdese que estaban "defendiendo" a la clase media, no a los trabajadores del país...

El escándalo por lo del PRI

Fue una época conmovedora y emotiva en que, al margen de los acontecimientos que ocurrían en México y en el mundo (como la visita a México del presidente del Senegal Leopold Sedar-Senghor, la muerte del gran torero mexi-

cano Rodolfo Gaona, el aniversario luctuoso del general Cárdenas, entre otros muchos sucesos) se produjo gran discusión sobre los asuntos políticos del país, que la prensa, la televisión y la radio recogieron con interés y en ocasiones con un gusto muy particular: ilos políticos, los intelectuales, los partidos, los empresarios, los periodistas, las amas de casa, todo mundo estaba participando en el gran "agarrón" sobre la clase media y demás cuestiones anexas! En la reunión de San Luis Potosí se dijo de todo y se criticó todo, pero la prensa de entonces se frotó las manos al oír las recriminaciones al PRI, a sus claudicaciones, a sus fraudes, a sus engaños y a su falta de identidad. A mí se me dedicó, entre otros muchos, el siguiente titular en primera plana: LA CORRUPCIÓN ALEJÓ A LAS CLASES MEDIAS DEL PRI: LÓPEZ CÁMARA (*Últimas Noticias*, 2a. Ed., 21.V.75). Eduardo Segovia, presidente del PRI en Nuevo León, habría declarado que "aunque hay corrupción en el PRI y en las esferas oficiales, todavía tiene mucho que dar al país como partido mayoritario" (*Ibid*). Píndaro Urióstegui, militante inmovible del PRI, habría hecho, según la prensa, "un severo ejuiciamiento del partido oficial", al preguntarse "¿por qué un país que ha sido gobernado por las clases medias, de repente siente que éstas se manifiestan con actitudes políticas e ideológicas distintas?" (*Novedades*, 22.V.75). Siendo un luchador incansable por la justicia y el bienestar del pueblo, Píndaro Urióstegui dijo también que "en contra de lo que algunos opinan, no creo que deba fortalecerse a las clases medias, sino brindar mayor atención a los otros sectores sociales, especialmente a los obreros y los campesinos, teniendo en mente el objetivo de una riqueza cada vez mejor compartida" (*El Día*, 22.V.75). Esta idea fue realmente novedosa.

Sin embargo, sus inquietudes eran en parte compartidas también por algunos connotados priístas,

como Humberto Lira Mora, secretario general de la CNOP en el Estado de México, que afirmó tajantemente, según las crónicas, que "las bases del PRI tienen pies de lodo y deben adaptarse a la realidad para corregir vicios". El PRI y la CNOP, agregó, "están llegando tarde y deben aplicarse rápidos politizadores (*sic*) para que las clases medias no sean sólo espectadoras, sino participantes". Hasta economistas destacados, como Carlos Ramírez Limón, entonces líder de la Liga de Economistas Revolucionarios, e Ifigenia Martínez (entonces de Navarrete y entonces también del PRI) hicieron severos señalamientos. Mientras el líder economista subrayó que "sin el consumo de las clases medias no sería posible alcanzar el desarrollo económico" y que "ningún movimiento político y social ha existido sin la concurrencia de elementos de las clases medias", la hoy senadora neocardenista enfatizó que "las clases medias no tienen cohesión sino en cuanto a sus intereses, y constituyen grupos amorfos de los que poco puede obtenerse" (*Ibid*).

Otro alboroto se armó —esta vez entre priístas de vieja cepa— por la catiliniaria de Natalio Vázquez Pallares, antiguo diputado, senador, embajador, gerente del Banco Agrícola y destacadísimo amigo y protegido del general Cárdenas, contra las claudicaciones, las corruptelas, los engaños y las traiciones del PRI, su propio partido: DESPUÉS DE CÁRDENAS, EL PRI SE CONVIRTió EN "MAFIA DE LÍDERES": VÁZQUEZ PALLARES. Así rezaba el titular de *Excelsior*, (21.V.75), semejante al de otros diarios de la capital. "A partir del general Cárdenas —había dicho Vázquez Pallares en su comentario a mi ponencia—, el PRI se convirtió en una mafia de líderes, dio un giro de 180 grados y por eso surgió el sobre lacrado y el dedazo". Eran afirmaciones muy graves. Gustavo Guerra Castaño, líder en aquellos días de la Confederación Nacional de la Pequeña Propiedad,

reaccionó con gesto colérico, y conteniendo apenas la indignación que lo embargaba, dijo en forma fulminante: "¡Preferiría ser un asaltante de bancos, antes de criticar al PRI, como lo hizo Natalio Vázquez Pallares!" (*Excelsior*, "Frentes Políticos", 22.V.75). Alguien comentó que la frase denunciaba fuertes deseos reprimidos. Otros destacados priístas también se sintieron ofendidos por la violenta diatriba de don Natalio, pero sus expresiones de repudio son impublicables...

¡La pobre clase media! Amigos y enemigos

Fue interesante, en fin, observar la reacción de la prensa, percibida, en primer término, por el lado de sus editoriales no firmados, que reflejan generalmente, como se sabe, el criterio o punto de vista más o menos "oficial" del periódico. Hubo en verdad de todo: desde aplausos y congratulaciones por haber puesto en el tapete de la discusión nacional el tema de las clases medias y sus problemas, hasta respuestas enojadas, críticas burlonas y expresiones de pudores ofendidos, sin olvidar por supuesto las actitudes de alarma por lo del "fascismo" amenazador y los devaneos de la clase media, su facilidad para exasperarse y su proclividad hacia los "cascos ligeros" en materia de ideología, moral y política.

Había inclusive la curiosa idea de que la reunión de San Luis Potosí había sido organizada para vapulear e injuriar deliberadamente a la maravillosa clase media mexicana, tan "vilipendiada" —como era frecuente oír en muchas partes— por políticos y "aprendices de sociólogos". En una página editorial, titulada *La Golpeada Clase Media*, se decía, por ejemplo: "En San Luis Potosí tiene lugar por estos días el llamado 'Primer Encuentro Nacional sobre las Clases Medias Mexicanas', que la CNOP

organiza con largueza en el título y cortedad en las ideas. Hasta la elección de la sede nos parece desafortunada, puesto que fue dicha ciudad la cuna del primero y más vigoroso movimiento antiporfirista. Fue allí donde se templaron las armas que servirían a la postre para derrocar al dictador, y los artífices de ese trabajo heroico fueron personajes de la clase media que ahora se vilipendia, cuando lo cierto es que a ella se debe lo que ha construido el movimiento social que englobamos, ya a destiempo, con el nombre de Revolución Mexicana". Parecía curioso y hasta sorprendente este ejuiciamiento de lo que empezaba a ocurrir en San Luis Potosí (el editorial es del 22 de mayo de 1975, es decir, después de transcurrido el primer día de "deliberaciones"). Pero a la luz de todo lo que se dijo, juzgado ahora en su conjunto, había una razón para las sospechas y los resquemores de ciertos medios periodísticos y políticos, basada en una hipótesis simplista: al advertir Reyes Heróles sobre los peligros y las acechanzas de lo que llamó el "fascismo colonial", y señalar a las clases medias como sus posibles víctimas, muchísima gente de clase media, orgullosa de pertenecer a ella, se sintió ofendida por lo que consideró un "insulto": ¿Cómo? ¿La clase media "profascista", proclive al fascismo, fácilmente "exasperable", dispuesta a "entregarse" al primero que pase, como una prostituta cualquiera? ¿La clase media sin ideología, ignorante, amorfa, inconsciente, "gelatinosa", exitable y frívola? ¿Cómo que hay que rescatarla o salvarla de las *acechanzas*, sacarla de las fauces conservadoras o reaccionarias? ¿Conque para ello se han reunido políticos e intelectuales en ese extraño y misterioso *conciliábulo* de San Luis Potosí? ¿Para insultar a la clase media? ¿Para calumniarla y fustigarla?

Esa era la clave de muchas reacciones molestas y "ofendidas" por lo que se dijo, se insinuó, se supuso, se

susurró y se chismeó en San Luis Potosí sobre la clase media. La parte final del editorial antes citado lo afirmaba con especial encono: "En contra de lo que digan los políticos metidos a profetas, si México triunfa y consigue sostener sus instituciones, será por la acción grande y heroica de la clase media, la que lucha aun en contra de aquellos que quieren enterrarla, cuando designan como portaestandartes de sus intereses a elementos extraídos de la cantera de tezontle de una burocracia casi analfabeta, pero ambiciosa de dinero y mando". Y remataba con este parrafón fulminante: "Injuriarla (a la clase media, por supuesto), está de moda en literatos y aprendices de sociólogos. Cubrirla de improperios y decir que es el trampolín del fascismo, es simplemente vivir a espaldas de la realidad mexicana. Y, también, ignorar qué es el fascismo y dónde se fragua" (*Diario de México*, 22.V.75). Incluso algunos de los caricaturistas más populares y consagrados de México expresaron en sus cartones reacciones semejantes.

¡Calma, por favor, señores..!

Hubo, sin embargo, opiniones no tan exaltadas en otros editoriales de los periodicos capitalinos. Aunque la prensa de esa época, con excepción de *El Nacional* y *El Día*, era generalmente alérgica al PRI y en especial a sus dirigentes —a los que se juzgaba en general como "ideólogos izquierdistas o izquierdizantes"—, la mayoría de los diarios principales mantuvo una actitud por lo menos discreta y "comprensiva". *Excelsior*, por ejemplo, ya para entonces convertido en el periódico más influyente en los sectores políticos, intelectuales, académicos, empresariales, etcétera, publicó un editorial muy lúcido y penetrante sobre la reunión de San Luis Potosí, lo que estaba debatiéndose

allí y sus significaciones e implicaciones sociales y políticas. Dijo el entonces prestigiado diario: "Las clases medias preocupan a las clases medias. Los políticos e intelectuales que se han reunido en San Luis Potosí en un acto frontero (*sic*) entre lo académico y lo político manifiestan ese hecho. Ellos pertenecen a las clases medias. Sólo algunos están en esferas superiores. Quizás ninguno pertenece a estratos más bajos". No era desde luego ninguna perogrullada ni un gran descubrimiento, pero parecía indispensable dejar sentados esos hechos para entender adecuadamente lo que ocurría. Y con una particular penetración sobre el problema, agrega el editorial: "Probablemente por eso se magnifica la importancia de las clases medias. No es que carezcan de relevancia. Al contrario, la tienen muy significativa. Singularmente en una sociedad como la nuestra, en que se ha ido perdiendo, paulatinamente, la capilaridad social, y se hace rígida la estratificación". Y en lo que respecta a la posible actitud política de las clases medias, agrega el editorial: "Vistas como clientela política, las clases medias importan porque son capaces de la participación, y *porque son o pueden ser grupos sociales de impugnación, de cuestionamiento, de presión*" (el subrayado es mío, FLC). El editorialista anónimo de Excelsior entendía bien el problema, lo cual no era entonces muy frecuente en la prensa.

El autor veía también el fondo del interés que el gobierno echeverrista tenía en el asunto de la clase media: "El riesgo con las clases medias es doble. Por sus características, puede el gobierno propender a agasajarlas, a rodearlas de medios para que prosperen y medren. Al fin y al cabo, lo que suele llamarse la 'opinión pública' está formada básicamente por las clases medias ilustradas, preferentemente urbanas. En sentido contrario, y puesto que, paradójicamente, sus posibilidades de organización

son escasas y carecen de capacidad para protestar grupalmente (*sic*), se les castiga con el mayor peso de la carga fiscal". Sobre la base de ese planteamiento, podían ahora analizarse los tópicos que había puesto de moda el famoso discurso de Reyes Heróles: la irritabilidad de las clases medias, el fascismo, en fin, el PRI (de entonces, por supuesto).

"Clases irritables —sigue diciendo *Excélsior*—, eruptivas, las medias pueden ser, como lo han sido históricamente, la materia prima para fabricar el fascismo. El PRI las convoca a eludirlo. No basta la simple invocación. El fortalecimiento de las clases medias ocurre con detrimento de los sectores más bajos de la escala social, singularmente los campesinos. En las actuales circunstancias, parece no haber camino para la opción: o se favorece a unas clases o a otras. La conciliación, siempre difícil, ha extremado hoy su dificultad". Se desembocaba así en un aspecto muy importante de la política echeverrista hacia las clases medias, que empezó a discutirse con amplitud —aunque no siempre con sensatez— en la reunión de San Luis Potosí: ¿era correcto y viable soliviantar a la clase media, colmarla de atenciones, cortejarla con las nóminas del Erario y dedicarle a sus problemas económicos y sociales mayores recursos que a otras clases sociales más necesitadas? Recuérdese que ya Píndaro Urióstegui había planteado en forma vibrante el asunto, en las deliberaciones de la capital potosina. Muchas personas y agrupaciones se hicieron las mismas preguntas. Pero, ¿qué había de las "acechanzas" del fascismo?

El editorialista de *Excélsior* tenía también su punto de vista al respecto, nada exento de buena óptica política: "Muchos fermentos fascitizantes se mueven entre las clases medias. No son de acción inexorable. Es posible cambiar el signo de las inclinaciones políticas de esos

sectores. Hacerlo requiere una acción por lo menos de *reformismo serio y congruente*" (subrayado mío, FLC). Mucho de ello era precisamente lo que se había exigido al gobierno de Luis Echeverría: en vez de meras palabras, acciones concretas; en lugar de ofertas grandilocuentes y demagógicas, auténticas reformas, especialmente en la cuestión fiscal, única manera en nuestras circunstancias de intentar una verdadera política de redistribución del ingreso. Si la burguesía andaba ya a la greña con el presidente Echeverría por su lenguaje pseudoizquierdizante, sus devaneos tercermundistas y sus frecuentes amenazas de "remodelar" la política de desarrollo a costillas de las clases "que todo lo tienen", había entonces condiciones para emprender esas reformas "en serio y congruentes", como lo apuntaba el editorial de *Excélsior*. A todos nos sorprendió mucho la sagacidad analítica y la capacidad de síntesis para lograr "encapsular", por decir así, todo el fondo de la cuestión sobre la clase media en... iuna cuartilla!

Fueron muchos los editoriales no oficiales que se ocuparon de la reunión de San Luis Potosí, pero me gustaría referirme a otros tres por tratarse de periódicos capitalinos de dimensión nacional y representativos de importantes sectores de opinión en México —por lo menos en aquella época. Dos de ellos, muy conocidos entonces por sus posiciones conservadoras, adoptaron una cautelosa actitud en el tema de las clases medias, aceptando de hecho y sin reservas planteamientos fundamentales que habíamos hecho en la reunión Reyes Heróles y yo. *El Sol de México*, por ejemplo, también en su edición del día siguiente al de los inicios de trabajo en San Luis Potosí, tocó el tema con particular objetividad y cierta simpatía. Resumiendo los aspectos positivos —llamémoslos así— de los planteamientos que habíamos

hecho el entonces presidente del PRI y el autor de estas líneas, dijo el editorialista oficial del diario: "Hay, empero, en las clases medias, cualidades que deben fortalecerse para que se reintegren a la ruta revolucionaria del país, para que asuman la función hasta ahora omitida de transformación social y para que, con organización adecuada, resultante de una identidad redescubierta y propiciada con imaginación, incrementen su participación política y cultural en la vida de la nación (...) Las clases medias, por otra parte, no son intrínsecamente conservadoras y debe evitarse que sus frustraciones de orden socio-económico y la inocuidad (*sic*) ideológica que supuestamente las caracteriza, las empuje al absurdo de negar en la práctica la vía revolucionaria que constituye la superación de sus limitaciones. Es deseable, por ello, que el encuentro de San Luis aporte al respecto soluciones idóneas para una cuestión que progresivamente adquiere mayor peso en la vida del país" (22.V.75).

Lo interesante de este editorial no es tanto la reiteración de ideas que flotaban desde el principio en la reunión posotina, sino la referencia al manejo muy frecuente entonces de dos concepciones más o menos generalizadas sobre el asunto de la clase media: por un lado, la sensación un tanto borrosa sobre la textura indefinida y "gelatinosa" de las clases medias, lo que sería precisamente el supuesto de sus actitudes inconscientemente conservadoras y su proclividad al fascismo; y después, su capacidad potencialmente orgánica para ser orientadas políticamente, organizadas en forma adecuada y transformadas —como dije en mi ponencia el día anterior y repetía el editorial— en una "poderosa palanca de cambios revolucionarios si logran combinarse sus inquietudes, necesidades y aspiraciones con las de obreros y campesinos" (22.V.75).

Menos claro en su interpretación de los hechos y sin duda reacio en el fondo a concederle plenamente la razón a Reyes Heróles (que no fue nunca santo de su devoción), el editorial de *El Herald de México*, titulado "Clase Media y Fascismo", simuló simplemente aceptar las advertencias del jefe del PRI en lo tocante al peligro del fascismo y desear que no llegaran a prosperar en México la subversión y la violencia: "Si captamos bien las palabras del jerarca del partido oficial, hemos de entender que lo que ha llamado 'exasperación de la clase media' es una actitud proclive a ciertas manifestaciones que podrían motivar reacciones represivas características de los países que en determinado momento de su historia, han caído en el infierno fascista, donde la divergencia de intereses entre gobernantes y gobernados determina un estado de cosas contrario al sentido de la dignidad humana y a la función del estado como promotor del bien común".

Después de estas bien conocidas conclusiones moralistas de eterna filiación derechista, continúa el editorial con una lamentación de evidente raigambre anti-comunista: "México ha venido afrontando, a lo largo de los últimos años (refiriéndose sin duda a los del gobierno de Echeverría, FLC), una profunda inquietud social que se produce en razón del vehemente deseo del conglomerado popular (*sic*) de alcanzar niveles más justos de vida, y que por desgracia *se inspira en las ideologías disolventes que proponen el camino de la subversión y de la violencia como el único factible para obtener cambios de estructuras*" (el subrayado es mío FLC). Concluye el editorial con otra invocación moralizante: "Para evitar que en nuestro país se produzca una situación de tan negativa índole, es preciso reforzar el diálogo entre pueblo y gobierno; es urgente lograr una comunidad de propósitos, y sobre todo .

crear conciencia en el pueblo de que se está trabajando denodadamente (*sic*) por su bienestar..." (22.V.75).

El diario *Novedades*, en fin, en un breve editorial que llevaba por título "Fascismo y Clase Media" causó cierta hilaridad por los posibles "designios" o "maquinaciones" que creyó detectar en el discurso de Reyes Heróles, y aprovechó el comentario para exaltar a la clase media y darle de paso —como no queriendo la cosa— unas cuantas nalgadas al PRI: "A primera vista parece un tanto exagerado suponer, como lo hace el dirigente (Reyes Heróles, FLC), que en ellas, en las clases medias, se está gestando poco a poco un 'neofascismo' que puede llevar a convulsiones violentas y acaso trágicas. Pero es tal vez porque en su poder obren informes que no han trascendido a la luz pública, pues no dudó en afirmar que la clase media es objeto de una labor de agitación, tendiente a aislarla de los sectores de trabajadores y campesinos, proponiéndole metas y métodos de corte abiertamente reaccionario. El hecho de proponer, como lo hizo, la organización política de las clases medias y su incorporación a los programas del gobierno revolucionario, parece dejar indicado que tal asimilación no existe y que tal organización no se ha practicado. Ello acusaría, sin duda, deficiencias graves en la integración del cuerpo político (*sic*) que encabeza, y por tanto, una debilidad cierta en la formación de una conciencia revolucionaria en las mayorías mexicanas". Y para terminar, la autoalabanza de la clase media mexicana, a la usanza de los moderados del siglo XIX: "La clase media, como es bien sabido, es la más cultivada, la más preparada, la poseedora de la técnica y de las humanidades, de las artes. E históricamente, la directora de los movimientos revolucionarios" (22.V.75). Poca cosa, por lo visto...

¿Quién ama a la clase media?

Muchas páginas de los diarios y revistas del país fueron dedicadas en esos días al discutido tema de las clases medias. Conocidos comentaristas de entonces despararraron denuestos, acusaciones, insultos y enojos furibundos; aunque también participaron, con lúcidos análisis, escritores prestigiosos. No cabría ya hacer aquí un recuento o revisión de todo lo que entonces se dijo a propósito de lo ocurrido en San Luis Potosí. Me referiré sólo a unas cuantas opiniones o ideas que fueron muy representativas de lo que sobre esta cuestión se pensaba o se "sentía" en México en aquellos días, precisamente en los núcleos o círculos expresivos de clase media. Algunos escritos, incluso, merecerían ser rescatados del olvido por su profundidad analítica, su ingenio, su nivel literario o aun por su indudable buen humor.

Recordemos, en primer término, a los críticos y burlones de lo que estaba pasando en el "conciliábulo" potosino. El hecho de haber sido opuestos a una reunión organizada por el PRI o la CNOF no impide que el repudio haya generado algunas ideas interesantes. Por ejemplo, José Robles Martínez (¿pariente acaso de aquel viejo cacique político, Jesús Robles Martínez, o simple homónimo de apellidos?), colaborador de *El Heraldo de México*, escribió un artículo cuyo título ("La Clase Media, un Pretexto Social o Conveniencia Política") sintetizaba bien su análisis del problema que representaba la clase media, pero destacaba sobre todo el uso político que el PRI quería hacer de ella. "Será tarea difícil para el Partido Revolucionario Institucional recuperar políticamente a las clases medias, por tratarse precisamente del sector en donde han repercutido más severamente las medidas gubernamentales". Aunque certero en muchas de su apre-

ciaciones, no deja de ser un tanto exagerado y lloricón por los dramas que agobian a la clase media, víctima por antonomasia de cuanto ocurre o deja de ocurrir en el mundo. No puede haber mayor tragedia que la de la clase media: "Es la clase media, se lamenta, el amortiguador de todas las fricciones de los demás sectores y el único estrato que carece de medios de defensa (...) Es el ciudadano común y corriente, el personaje que vive y sufre en carne propia todos los problemas que plantean la escasez de servicios públicos, la explosión demográfica, las tasas inflacionarias, la recesión, el desempleo y todos los males de la humanidad (*sic*)". Por si fuera poco...

A cambio de estas pequeñas exageraciones, el autor tiene en cambio párrafos lúcidos y certeros sobre los problemas que habían aquejado en esos años a la clase media y las dificultades o incogruencias que encontraría el PRI para "incorporarla" a su seno: "Estas prédicas de los voceros del PRI (se refiere al discurso de Reyes Heróles, FLC) caen por su propio peso al vacío. No se puede engañar por tanto tiempo a una clase que con el pretexto de ayudar a otros sectores se le han aplazado todas sus conquistas y beneficios. Hay que tener presente que en la clase media, una gran mayoría es gente pensante, y que la demagogia de que sus intereses son coincidentes con los postulados revolucionarios, resultan en el marco real de los hechos, conceptos contradictorios y opuestos". Hasta allí, el articulista no sale de las definiciones tajantes. ¿Porqué era realmente opuesto el interés de las clases medias a los fines supuestamente "revolucionarios" del gobierno y del partido del gobierno? (Recuérdese que la discusión giraba en torno al sexenio pseudoizquierdista de Luis Echeverría.)

"La mayor disidencia —continúa el editorialista de *El Heraldo*— es precisamente de la clase media, y no se

trata de votos a favor de otros partidos, ideologías o sistemas, sólo son sufragios en contra de un partido oficialista que no ha sabido defender sus intereses (...) *La clase media ha soportado la carga fiscal de otros sectores durante los últimos tres decenios*, y como pago a esta solidaridad social ha sido testigo de perturbadores y perjudiciales desequilibrios en la marcha del país. *Ha sufrido todos los vicios, deficiencias e inmoralidades del sistema* (los subrayados son míos, FLC)". Y, finalmente, la "refutación" (por todo lo anterior) a frases del discurso de Reyes Heróles que tanto molestaron y ofendieron, como hemos visto, a muchos miembros distinguidos de las clases medias: "En lugar de advertir sobre las condiciones que imperan en la clase media, como un lecho propicio para 'acciones contrarrevolucionarias' o 'condensaciones retrógradas', se les debe incorporar a los logros del progreso social... La clase media no debe ser sólo un importante sector de conveniencia política en año preelectoral, es ante todo una mayoría del pueblo de México que merece una mayor consideración... El miembro que pertenece a la clase media, a lo único que aspira es a dejar de ser ese mexicano desconocido" (*El Heraldo de México*, 22.V.75). Como estas últimas ideas ("la clase media ninguneada", la clase media "desconocida hasta hoy", la clase media "olvidada", etcétera) fueron muy frecuentes en las reacciones periodísticas, radiofónicas y televisivas, algunos humoristas encontraron buenos títulos para ensayo, telenovela o película mexicana: "La desconocida clase media", "La clase media: esa desconocida", "La Clase media, ¿hija de padre desconocido?", o en fin, "La clase media o el derecho a ser reconocido..." En todo caso, era realmente lo que muchísimas personas pensaban y sentían de sí mismas.

Siempre reaccionario y ultramontano, pero siempre mordaz, divertido y de muy apreciado buen humor en sus

críticas, aquel famoso *Fermín Palacios* (nunca logré saber si era nombre real o pseudónimo) que animaba con su ingenio la amarillista edición de *Últimas Noticias*, tuvo también ocasión para pitorrearse con ganas del *Encuentro* de San Luis Potosí, traduciendo en sus críticas satíricas y sus bromas las reacciones que estaba despertando la reunión en eso que se llamaba entonces la sana, orgullosa y satisfecha clase media. En su conocida columna —muy leída, por cierto—, "Desde el Café", escribió don Fermín: "Las clases medias, ese estrato social que los especialistas menosprecian como cosa amorfa, maleable, incapaz de adquirir conciencia de sí misma y hacer valer sus derechos, adoptar principios y fijarse objetivos, son zarandeadas de lo lindo en San Luis Potosí. Allí, en el Primer Encuentro Nacional Sobre las Clases Medias, se ha dicho que ellas son instrumento fácil para los grupos de presión, algo así como caperucitas en las fauces del lobo fascista, que exasperadas suelen convertirse en peligrosos explosivos sociales: que las clases medias son como 'masas gelatinosas' que es preciso encauzarlas por los senderos positivos y que, en una palabra, su destino dorado es meterse en el redil del PRI para honra y prez de la democracia".

¡Cómo molestó en verdad el término "masa gelatinosa" empleado por el sociólogo Gerardo Estrada en la reunión de San Luis Potosí, para subrayar, con ese símil, la heterogeneidad y movilidad estructural de las clases medias! En otros periódicos, como ya recordé antes, se le dedicaron incluso grandes titulares. Creo que la reacción de enojo y protesta por la analogía provenía en el fondo de una supuesta apreciación del asunto muy superficial: al describir a las clases medias como "masas gelatinosas" (no recuerdo ya si Gerardo Estrada, que habló como comentarista de mi ponencia, lo dijo en singular o en plural, asunto que fue también otro motivo

de grandes discusiones y discrepancias), se consideró que se les comparaba con entidades inertes, informes, sin vida, sin conciencia, sin personalidad propia, en fin, insignificantes, pasivas y manipulables. Era lógico que con semejante interpretación la reacción sería de enojo, de molestia, de pudor ofendido, como si se fuese en verdad víctima de un insulto o una afrenta. ¡Y nada menos que por los jefes del PRI! Era inaceptable, insoportable, inaguantable...

Fernán Palacios, no obstante, estaba allí para defender a las clases medias y desenmascarar la "maquinación" del PRI y del gobierno (otra "maquinación" más!). Lo hizo con vigor, con gracia, con ironía, vamos...: "De la forma en que las clases medias han sido allí motejadas se deduce que son como masas irredentas (*sic*) sin voz ni identidad propias, incapacitadas para hablar de sí mismas y por sí mismas, que es cuestión de cazarlas como si fueran manadas de caballos salvajes en las que el domador puede entrar a saco (*sic*) y aprovecharse. Ni una voz en representación de las clases medias (?)".

Pero el editorialista de *Últimas Noticias*, sin duda miembro destacado de la clase media, no sólo tiene motivos para lamentarse de lo que estaba ocurriendo a su clase en San Luis Potosí, sino descubre también los aviesos propósitos políticos del PRI: "Toda alusión a las clases medias deja la impresión de que éstas no forman parte de la población del país, como (si) fueran una entidad al margen de la vida comunal (y) que se mueve a impulsos, pero sin actuar, con una existencia pasiva, casi inconsciente. De este modo, el tal encuentro sobre las clases medias resulta una especie de maratón de insinuaciones, carente de materia. Como si hiciera falta, primero, un encuentro para definir qué son y cuáles las clases medias, quiénes las integran, quiénes las representan y de qué manera se

expresan. Porque si de conseguir votantes se trata, se antoja que la reunión de San Luis Potosí no será fructífera" (22.V.75). Lógico, según don Fermín: si las clases medias no tienen forma, consistencia, vida propia; voz, conciencia, según lo han repetido "los opinadores" (título o adjetivo de la cosecha de F.Palacios) de la reunión, ¿cómo espera el PRI obtener sus votos si son incapaces de nada..?

Otro aguerrido defensor de las ilustres clases medias mexicanas también salió al quite ese mismo día y en ese mismo vespertino de la Capital. Don Francisco Aresti Liguori, de pluma ágil y rico vocabulario, fue contundente desde el propio título de su artículo: "Clases Medias: Egoísmo, Mentira y Manipulación". En su caso, cabe aclarar que no estaba propiamente molesto, como su colega Fermín Palacios, por lo que se estaba diciendo en San Luis Potosí sobre las clases medias, de las que tenía una altísima opinión: "Con su nuevo sentido del trabajo y del valer individual, con su interés por la instrucción y la cultura, con su espíritu industrioso y emprendedor, con su ética de la moderación y de las pequeñas virtudes, con su aprecio de los valores domésticos y familiares, y con su promoción de la libertad ciudadana y de la convivencia democrática, las clases medias mexicanas han contribuido a la lenta edificación de la sociedad".

Su preocupación consistía en la hipótesis de que el PRI, ignorando lo anterior, pudiese caer en la tentación de vapulear a las clases medias: "Resultaría, por tanto, torpe, en cuestión política, que el PRI, al son de las metas revolucionarias, se ensañara nihilísticamente (*sic*) en contra de ese mundo y de esa cultura que todavía sigue en pie, querámoslo o no, y que conserva muchas raíces de nuestra identidad más profunda". El verdadero peligro procede de las clases altas, según Aresti Liguori: "Las clases altas que han conquistado progresivamente los grandes bienes de

producción o industrias y del dinero han sido el blanco de las críticas políticas y de las embestidas revolucionarias; pero han salido de ellas mucho más fuertes. Y ahora tienden a acabar, según el jefe del Institucional, con las clases medias independientes. Por ello el PRI las va a defender; más aún, intenta transformarlas..."

Areste Liguori fue de los muy contados observadores que pusieron atención en una tesis interesante del discurso de Reyes Heróles, que ni siquiera sociólogos o politólogos destacados advirtieron en su momento: "El desarrollo exclusivamente capitalista —había dicho Reyes Heróles en su discurso de San Luis Potosí— tiende a acabar con las clases medias independientes, a absorber las profesiones liberales en empleos de dependencia, a desterrar a los pequeños productores y pequeños distribuidores, a que la concentración industrial y comercial elimine a pequeños productores y distribuidores, a que el destino de las clases medias radique en la subordinación a los pocos que mucho tienen".¹³ Esta idea, en el caso de México, estaba ligada a otra: el desarrollo del país en el marco de lo que entonces era verdaderamente un buen modelo de "economía mixta": "Hay que demostrarles (a las clases medias, FLC) que sus intereses para el futuro coinciden con los intereses del avance revolucionario de México; que las clases medias alcanzarán niveles superiores de seguridad, de mejoría económica, en la medida en que progrese por una vía revolucionaria, de desarrollo no exclusivamente capitalista".¹⁴

Esta relación entre el progreso y desarrollo de ciertas actividades típicas de las clases medias —amenazadas por la expansión imperialista— y su garantía en un modelo de desarrollo basado en la economía mixta (la frase de Reyes Heróles era un eufemismo que podía cautivar a ciertos "socialistas" esperanzados de México), sí

impresionó a Areste Liguori: "Y esto precisamente intenta don Jesús Reyes Heroles al tratar de llevarlas (a las clases medias, FLC)... 'por una vía de desarrollo no exclusivamente capitalista' (...) Pero existen tres grandes peligros: el egoísmo, la mentira y la manipulación. El primero lo señaló Reyes Heroles. Dicho egoísmo consiste en confundir los derechos e intereses del hombre con los propios de la clase alta que se mantiene enfrascada (*sic*) en una feliz autosuficiencia de clase y le hace ignorar las necesidades de los demás y particularmente de la masa menesterosa, y el segundo, o sea la mentira, teje la discreta capa encantadora de las formas alucinantes para disfrazar aquel egoísmo sin entrañas y levantar hipócritamente una gloriosa fachada de valores humanitarios y patrióticos y así poder ocultar su único proyecto fundamental: la protección de sus propios intereses" (22.V.75). Del tercer gran obstáculo, la manipulación, ya no dice nada Aresti Liguori.

Muchas fueron, en fin, las reacciones, opiniones, tesis, teorías, análisis, afirmaciones, etcétera, que inundaron las páginas de periódicos y revistas de esos días. Sólo recogeré aquí, para finalizar, las que nos parecieron en aquella época más significativas por su contenido, por su forma o por su autor. No pocos eran dirigentes del propio PRI, con cargos en alguno de sus sectores o líderes de agrupaciones incorporados al partido que atizaron muchos de los resentimientos que se habían comenzado a desarrollar por lo del ya cercano "destape" presidencial. Corrían fuertes rumores de que en esa ocasión los dos sectores tradicionalmente "madrugadores" en estos menesteres, es decir, el obrero o el campesino, serían rebasados por el llamado "popular", un rumor que tuvo mucho que ver con el ruido y las variadas reacciones que provocó la reunión de San Luis Potosí. Se suponía que esa tumultuosa

asamblea —como se la designó no pocas veces— era una especie de preludeo al "madruguete" que se estaba cocinando en la CNOP. Por ello había habido tantas reticencias hacia la reunión potosina por parte de connotadas figuras de los otros dos sectores del partido. El propio Augusto Gómez Villanueva —secretario ya de la Reforma Agraria, pero que seguía mangoneando en la CNC— había exigido en varias ocasiones que los llamados "trabajadores no asalariados", uno de los pilares fundamentales en la CNOP, correspondían más bien a las márgenes ampliadas del sector campesino; y había también dirigentes obreros que reclamaban ese numeroso contingente priísta para las filas del "sector obrero". Mucho de estas historias explica el hecho de que en la inauguración del Encuentro de San Luis Potosí no hayan acompañado a Reyes Heróles los más altos representantes de los sectores obrero y campesino.

Las cosas se complicaban en el seno mismo de la CNOP, donde empresarios supuestamente vergonzantes trataban de colarse fabricando membretes, como aquel licenciado Alfredo Esponda, que en San Luis Potosí se hizo pasar como *dirigente* de un extraño organismo denominado "Grupos Revolucionarios de Unidad Popular", supuestamente afiliado a la CNOP, que aprovechó el viaje a la capital potosina para atacar al charrismo dominante en la CTM y sugerir la conveniencia de incorporar las organizaciones empresariales al partido. "Lo que cabría hacer —dijo, según la crónica periodística— es aglutinarlos en el sector popular para que participen en las actividades políticas del país". "Lamentó, sigue diciendo la crónica, que muchas organizaciones de esa naturaleza jamás hayan sido invitadas por los sectores priístas para que formen parte de ellos, y por el contrario, se les rechaza y se les imponen adjetivos de reaccionarios o contrarios a

los intereses nacionales" (*Universal Gráfico*, 22.V.75). Doce años después, en vísperas del destape presidencial de 1987, la CNOP propuso formalmente la creación de un "sector" o "apartado" en el PRI para recibir fraternalmente a los empresarios deseosos de militar en el PRI.

Una cuestión final se refería precisamente a la posibilidad de reclutar para la CNOP a las iracundas clases medias: era en el fondo el meollo de todo el tinglado que se había armado en San Luis Potosí. También se escribió mucho sobre este espinoso asunto. Sin embargo, lo más sobresaliente fue a la postre el análisis de Miguel Covián Pérez, destacado dirigente priísta en muchas instancias —y naturalmente miembro distinguido de la clase media mexicana—, publicado en la columna que escribía regularmente en *El Día*. Por razones que no recuerdo ya con precisión, Covián Pérez estaba un poco distanciado de Reyes Heróles y, en consecuencia, del partido; es probable que por esa razón no hubiese sido invitado a la reunión de San Luis. Sin embargo, este hecho tuvo sus ventajas, pues ello dio probablemente pie a reflexiones y comentarios de Covián que pusieron el dedo en la llaga de la verdadera cuestión que había motivado no sólo el "conciábulo" potosino, sino la mismísima reestructuración de la propia CNOP: ¿las clases medias en el "Sector Popular" del PRI? ¿Era ello posible?

Para concluir: ¿la clase media en la CNOP?

Para Covián, lo primero que estaba en duda era la propia composición social de la CNOP: ¿representaba realmente a sectores pertenecientes a las clases medias? "Las organizaciones más disciplinadas que militan dentro de la CNOP —afirmaba el comentarista, con toda razón—, las que participan físicamente con mayor asiduidad y entusiasmo, las

que presentan contingentes más numerosos en los actos públicos y las que constituyen estrictamente la base de dicho organismo, son los comerciantes en pequeño, las distintas variedades de trabajadores no asalariados y los llamados "colonos proletarios" (había incluso una secretaria en el Comité Nacional con ese nombre ambiguo: Secretaría de Colonias Proletarias, FLC). "Son comerciantes en pequeño, en su mayor parte locatarios de los mercados públicos y cierto tipo de ambulantes... Los no asalariados constituyen una amplia gama de entes (*sic*) subocupados: aseadores de calzado, estibadores y cargadores 'de número', trovadores y mariachis, cilindrerros, fotógrafos en parques y plazas públicas y, en resumen, todos los que prestan servicios eventuales al público en general y que, por tanto, no están sujetos a una relación laboral según la define la Ley Federal del Trabajo. Como un agregado que no encaja exactamente en la composición genérica, parecen asimilados a estos grupos los vendedores de lotería".¹⁵

Continúa Covián: "Por más esfuerzos que hago para imaginar a los cargadores de La Merced o a los boleros que deambulan por las calles, como integrantes de las clases medias, tengo que declararme incapaz de tanta proeza de la fantasía. Pero el intento se desploma a lo sarcástico cuando se trata de ubicar racionalmente dentro del esquema 'clasemedista' (*sic*) a esa amalgama confusa y amorfa que se agrupa en una federación de 'colonos proletarios', denominación que entendida literalmente, parecería indicar que se trata de un organismo de la clase obrera, es decir, del proletariado por antonomasia... De ello resulta que un trabajador sindicalizado puede ser, al mismo tiempo, miembro del sector obrero, en razón de su actividad económica, y militante del sector popular por virtud de su domicilio". Y, en fin, un argumento contun-

dente e indiscutible: "Otro contingente numerosísimo está en disputa: los burócratas fueron considerados, prácticamente desde que se fundó el sector popular, como parte del mismo; pero la FSTSE está afiliada al Congreso del Trabajo y prefiere actuar solidariamente con este organismo obrero. En los niveles superiores (¿del PRI, de la CNOP, de la Sociedad, del Gobierno?, FLC) aparecen ya las clases medias y hasta algunos estratos definidamente burgueses o, por lo menos, pequeño burgueses (parece que el autor sí se refiere al PRI o a la CNOP, FLC). Normalmente no se confunden con las masas, sino que actúan en conciliábulos de directivos, círculos tecnocráticos y cónclaves de intelectuales".(?)

Por lo de "conciliábulos" y "cónclaves", el autor parece aludir sesgadamente al Encuentro de San Luis Potosí, al que enseguida se refiere con pelos y señales, atribuyéndole propósitos que nadie había descubierto hasta entonces: "Con esto quiero decir que su finalidad (la del Encuentro de San Luis) no es fortalecer internamente las filas de la CNOP —cuya base no participa en el Encuentro ni tiene para qué, pues no es de clase media—, sino ensayar fórmulas de compatibilización política (?) respecto de los ciudadanos de las clases medias que están fuera de ese organismo y que siempre lo han mirado con indiferencia y hasta con recelo. El propósito no es —no puede ser— afiliarlos, pero tal vez sí vencer su oposición institutiva (*sic*) o su neutralidad repelente a lo que nuestro sistema político constituye y —dentro de él— la CNOP y el PRI representan. Juego difícil que no puede reducirse a dos o tres discursos, por brillantes que sean, o cuatro ponencias, por sesudas que resulten. (*El Día*, 21.V.75).

Posibles resentimientos aparte, el artículo de Covián Pérez tocaba en el fondo un hecho muy real, pero que precisamente había sido el origen del escandaloso encuentro

nacional de San Luis: la CNOP no había reclutado nunca a las nuevas clases medias del país. Ni siquiera lo había intentado, confinada como siempre en toda esa multitud hererogénea y sin mucha consistencia social de las agrupaciones "populares" que la integraban realmente. Los burócratas, los maestros, los profesionistas organizados y "al servicio del Estado", de auténtica vinculación y adscripción a las clases medias "emergentes", sólo formalmente se contaban entre los contingentes de la CNOP. Pero, como decía antes, uno de los objetivos fundamentales del Encuentro de San Luis era justamente agitar a la clase media mexicana, sacarla de su tradicional apatía política y tratar de organizarla como militante o simpatizante de la CNOP.

En todo caso, ese era el proyecto, la idea, el propósito, la "maquinación" y si se quiere hasta la maniobra oculta del aquelarre potosino, como lo "denunciaron" numerosos comentaristas en diarios y revistas. Creo que algo se logró en esos meses de euforia, de titubeos y desconciertos, sobre todo al "destaparse" la candidatura presidencial de José López Portillo, que inició su campaña haciendo una exaltación de la clase media y teorizando incluso sobre sus problemas, su significación en el 68, su peso político gravitacional y la importancia de recuperarla para las filas del partido: "el gran reto de la democracia" llamó entonces a ese proyecto político concreto, aunque no volvió a ocuparse de él al llegar a la Presidencia de la República, más preocupado sin duda por atraerse a los empresarios enojados con Echeverría.

Como es ya habitual en nuestra vida política, aquel famoso encuentro nacional sobre las clases medias acabaría finalmente en el olvido, como proyecto político concreto. Pero sí logró sus propósitos de agitación, de sacudimiento emocional e intelectual, y hasta es probable que haya

dejado a la postre un importante sedimento social y moral, que en pocos años serviría por lo menos para hacerse la gran pregunta: ¿Qué nos pasó? ¿Qué le pasó a la clase media? ¿Qué le ha pasado a México?

NOTAS

1) *El Día*, 1/II/1972. El subrayado y las mayúsculas son de la "China" Mendoza, que hace alusión al título de mi libro, al que dedica su columna de ese día.

2) *Excélsior*, 22/I/1972. En realidad, ha habido siempre una evidente y significativa tendencia a vincular el tema de la clase media con el fascismo, sobre todo desde el ascenso de los movimientos nazifascistas en Italia y Alemania, en los años anteriores a la segunda guerra mundial. Veremos más adelante lo que ocasionó en todo México la mención del "fascismo" o "fascismo colonial" hecha por Reyes Heróles en la reunión de San Luis Potosí, a propósito de las clases medias mexicanas.

3) *Excélsior*, 31/I/1972.

4) Allí se enredaron en graves y profundas disquisiciones teóricas numerosos especialistas de diversas áreas, entre los cuales tengo registrados a Jorge Hernández Campos, Luisa María Leal, Fernando Pérez Correa, José Ortiz Arana, Alejandro Miranda, Hugo Gutiérrez Vega, Manuel Villa Aguilera, Héctor Manuel Ezeta y Antonio Ocampo Ramírez, todos ellos como "comentaristas", además de Fernando Riva Palacio, Lilia Berthely, Alicia Subirats, Rolando Martínez Murcio, Joaquín Gasca Salas, Oscar Reyes Retana, Guadalupe López Bretón, Florencio Salazar Martínez, Alba Delhumeau, Mario López Mota, y muchos más cuyos nombres no incluyo para no alargar mucho la lista, que fue la publicada oficialmente por la CNOP. Me interesa mencionar a todas estas personalidades que participaron en la reunión no sólo por tratarse de figuras muy conocidas en los medios académicos, intelectuales,

periodísticos y sobre todo *políticos*, sino también por considerarlos testigos muy calificados de todo lo que se hizo, se discutió, se murmuró y finalmente se "aprobó" en la ya para entonces agitada y revuelta "cuestión" de la clase media. Según me contaron diversos testigos presentes, en esta primera mesa de "conceptualización" hubo inclusive violentas discusiones, diatribas personales, gritos estridentes y hasta "berrinches" y pataleos al no poder alcanzar un mínimo acuerdo sobre la *definición* del concepto de "clase media". Simplemente: trataron de alcanzar lo "inalcanzable" *por definición!*

5) Aquí también fue nutrida la asistencia: como "comentaristas", Carlos Bermúdez, Ifigenia Martínez, Alejandro Cervantes, Víctor Manuel Barceló, José R. Estrada, Feliciano Calzada, Antonio Tenorio Adame y Arnoldo Villarreal Zertuche; y como participantes, entre otros muchos, Manuel Orijel Salazar, Humberto Lira Mora, Enrique Gómez Esquivel, Elizabeth Rodríguez de Casas, Romeo Flores Caballero, Manuel López Gallo, Jorge Trade Nieto, , Graciela Alvarez, Sócrates Campos Lemus, Manuel Perdomo, Javier Barros Valero, Raúl González Avelar, Margarita García Saldaña, Roberto Pisano Saucedo, Ernesto Camacho, etcétera. Reitero que son los nombres que registra la lista oficial de la reunión, aunque es muy probable que haya errores y, peor aún, lamentables omisiones.

6) Sus principales comentaristas fueron, entre otros, Rosa Luz Alegría, José Bruno del Río, Margarita García Flores, Ignacio Maciel Salcedo, Fernando Uriarte, Carlos Jonguitud (sí, ése precisamente, el "guía moral" de los maestros), Carlos Machiavelo, Ramón Ojeda Mestre, Francisco Rodríguez Pérez, Adelor Gómez Flores, César

Hernández Enríquez y Raúl Ojeda Zubieta. Entre los "asistentes" destacaban Ofelia Casillas Ontiveros, Juan Salgado Brito, Jesús González Gortazar, Jaime Aguilar Alvarez, Carlos Duffó, Guadalupe Acevedo, David Pantoja, Susana Godoy, Máximo Izaguirre, Eugenio Chellet, Ricardo Vidal, Ladislao Hernández, y muchos otros de diversas profesiones, actividades académicas o políticas, y simples "mirones".

7) Entre los comentaristas puede mencionarse a Ramiro Yáñez Córdoba, Luis Dantón Rodríguez, Natalio Vázquez Pallares, Gerardo Estrada, Jorge Montaña, Píndaro Urióstegui, Salvador Robles Quintero, Antonio Trejo, Raymundo Ramos, Roberto Madrazo Pintado, Jaime Baca Rivero y Eduardo Segovia. Entre los numerosos participantes y "oyentes" aparecen los siguientes nombres: Fausto Cantú Peña, Serafín Domínguez Fermat, Voltaire Orozco, Julieta Mendivil, Antonio Fabre Oliveros, Francisco de Paula Gutiérrez, Fructuoso Caballero, Jorge Preisser, Marcos Manuel Suárez, Isidoro Rodríguez, Rafael Ocegüera Ramos, Leopoldo Silva, Irene Zea, Carlos Pereira, Alejandra Moreno (¿Toscano?), Rebeca Arenas, Martín Palacios Barreto, Consuelo Dávila Montesinos, Graciano Astudillo, José Luis Escobar y María Francisca Ize, que fungió como relatora.

8) El texto completo del famoso discurso de Reyes Heróles en San Luis Potosí lo he incluido como Anexo I en mi libro *La clase media en la era del populismo*, México, UNAM-CRIM/M.A.Porrúa, 1988.

9) *Sector Popular* (Órgano oficial de la CNOP), Abril-Mayo-Junio/1975, Año III, No.27, p. 22. En adelante, al hacer algunas citas tomadas de los textos o comentarios

aparecidos en esta publicación, sólo se pondrán entre paréntesis las referencias a las páginas.

10) Muchas de las ideas que expuse en el *Encuentro de San Luis* serían años después el embrión de algunos desarrollos expuestos en el libro que dediqué al análisis de lo ocurrido a la clase media en los sexenios de Echeverría y López Portillo, mencionado en nota anterior. Un amplio resumen de mi ponencia de 1975, redactada por el cronista oficial del *Encuentro de San Luis Potosí*, fue publicada, al igual que las otras ponencias, en la edición especial de *Sector Popular* mencionada en una nota anterior. El texto íntegro de ese trabajo se publicó posteriormente en *PENSAMIENTO POLITICO*, Num. 74, Vol. XIX, Junio 1975, "Las clases medias en el desarrollo político de México", pp. 155-168.

11) Sobre esta cuestión tan debatida desde hacía muchos años, cabe relatar a este respecto algo que no llegó a trascender al público: en el curso de la campaña política del licenciado López Portillo, la CNOP recibió el encargo personal del candidato presidencial de preparar un proyecto de ley sobre la sindicalización de los empleados bancarios y similares. Ese proyecto, en el que yo tuve ocasión de participar directamente, fue elaborado y discutido con el propio López Portillo y sus asesores jurídicos. No se llegó a nada por la indudable oposición de la burguesía financiera. Pero es probable que muchas de las ideas o conclusiones del proyecto elaborado en la CNOP fueran utilizadas de alguna manera en 1982, al ser "nacionalizada" la banca privada mexicana y organizados sindicalmente los empleados bancarios y similares.

12) V. *Sector popular*, *Op.cit.*, pp. 27-28.

13) V.el discurso de Reyes Heróles "Hacia la Organización Política de las Clases Medias Mexicanas", en mi libro *La clase media en la era del populismo*, *Op.Cit.*, p. 114. El título del escrito de Reyes Heróles se lo puse yo para su publicación como Anexo I de mi libro. El tema del aplastamiento de sectores de clase media por las grandes transnacionales industriales o comerciales lo había yo sugerido apenas en mi libro *El Desafío* (pp. 65-66), refiriéndome básicamente a la "socialización" de muchas profesiones tradicionalmente liberales, aspecto que tuve ocasión de comentar en varias ocasiones con Reyes Heróles. Sin embargo, el gran ideólogo disponía a este respecto de mayor información y penetración analítica. En su discurso de San Luis Potosí su planteamiento fue soberbio, aunque poco advertido por los comentaristas de entonces y de ahora.

14) *Ibidem*, p.114.

15) Cuando el presidente Echeverría decidió modificar la Constitución para dar un reconocimiento y una protección a todos estos "trabajadores no asalariados" (como lo relato en otra parte), lo más difícil del proyecto fue lograr una definición, o descripción legal al menos, de lo que realmente eran estos millones de personas como posibles sujetos de derecho. Las discusiones fueron numerosas y hasta se tuvo que invitar a los más connotados especialistas en derecho laboral. (V. *Infra*, III).

III

**DESPUES DEL DESAFÍO:
¿QUIÉN MATÓ A LA CLASE MEDIA?**

Invitación al acto final

El Desafío de la Clase Media logró su tercera reimpresión en septiembre de 1973, vendiéndose decorosamente en librerías durante dos o tres años más; es decir, desapareció de la circulación hace ya por lo menos unos tres lustros. Desde entonces, ha llovido mucho sobre las clases medias mexicanas y mucho también sobre el sistema dentro del cual nacieron y se desarrollaron, creándole de paso graves dolores de cabeza e incluso algunos problemas serios. También ha ocurrido lo opuesto: ese mismo sistema, reaccionando con rencor a su antiguo desafío, ha maltratado bastante a la clase media, particularmente durante el sexenio de Miguel de la Madrid, en que casi la liquidó como sector social con alguna "identidad" —por lo menos presupuestal—, algo que creo explicaría en gran parte mucho de lo ocurrido políticamente en 1988.

Desde antes incluso de que se publicara mi libro, y con mayor razón después de agotarse sus reimpresiones, tuve la impresión de haber dejado en el tintero —como se decía cuando yo era niño— diversas cuestiones que después me parecieron importantes, al menos para lo que yo tenía en mente al escribirlo, y sobre todo al releerlo. Pero no sólo me acuciaban esas lagunas, sino también los nuevos intereses intelectuales que el propio libro había despertado en mí y que me remitían con mucha frecuencia a lo que había ocurrido en México en los años que siguieron a su publicación. Eran temas para otras investigaciones y reflexiones, así como hechos nuevos, en ocasiones sorprendentes o imprevistos, de nuestra vida social y política.

Había además el estímulo que representaba la insistencia de algunos amigos (entre ellos el propio editor) para que preparara yo una nueva edición de *El Desafío*, quizás "corregida y aumentada", o por lo menos, como me sugirió alguien, "actualizada". No me era fácil entonces intentar un trabajo en tales términos, por hallarme en esa

época dedicado a otras tareas y más tarde alejado del país por muchos años. Sin embargo, el proyecto de *actualizar* el libro lo tuve siempre presente, aunque no en el sentido de revisar o cambiar su texto original, sino más bien con la idea de extender su perspectiva histórica a una nueva etapa de nuestro desarrollo, que parecía iniciarse con la década de los setenta, justamente cuando mi libro empezaba a circular. Una posible "actualización" hubiera significado de hecho continuar mis investigaciones y análisis sobre el tema, pero situándome en otro momento o momentos, y quizás con criterios y perspectivas un poco diferentes. Algo así como un "segundo tiempo", para decirlo con la jerga de la actualidad.

Lo cierto es que la idea de ampliar, continuar o extender los temas de estudio sugeridos en mi libro no fue abandonada nunca, sino sólo aplazada como proyecto específico por las circunstancias que mencioné antes. De hecho, escribí varios ensayos sobre cuestiones relacionadas con el libro, o acerca de temas inspirados por él. Algunos fueron publicados en diferentes lugares, pero otros permanecieron como simples borradores o versiones iniciales que requerían mayor tratamiento y sin duda más información o corrección de perspectiva. Esos proyectos, en la práctica y con el paso del tiempo, se fueron transformando y afinando, al menos metodológicamente, cuando pude percibir, desde fuera y en su conjunto, el rumbo zigzagueante, errático y en declive que había tomado el país a partir de los setenta. Por los años transcurridos y el sorprendente brinco que ha debido dar México con el cambio (o la pérdida) de la brújula económica y política, situación que se ha prolongado hasta nuestros días, me gustaría dedicar algunas páginas a tratar de aclarar ciertas inquietudes actuales. Por ejemplo: ¿Qué ha pasado en México después de *El Desafío*? ¿Qué fue de la clase media? ¿Cómo acabaron sus disputas o sus amoríos con el sistema político?

La Teoría de la "Maquinación"

Creo útil empezar con una digresión histórico-anecdótica que está vinculada a ciertas interpretaciones sobre el echeverrismo y los sexenios posteriores. Por muchas razones que no es del caso reseñar ahora, a mediados de los años sesenta estuve lo suficientemente cerca de los hechos y del mecanismo de decisiones que prevalecía entonces para convencerme que existía en la cabeza de Díaz Ordaz y en la de varios de sus colaboradores más cercanos, la absoluta certeza de que existía una conspiración contra México y su gobierno, como lo intentó denunciar el Presidente al referirse a los acontecimientos del 68, en su cuarto informe a la Nación. Mi interpretación de los hechos y su génesis era muy distinta: la "crisis" se había venido gestando desde que empezaron a manifestarse movimientos sociales de protesta, algunos con particular violencia, que exigían mejores condiciones de vida o de trabajo, niveles más adecuados dentro de lo que era entonces lo representativo de la clase media, y que por esas y otras razones empezaron a oponerse al predominio, a la imposición y a los fraudes electorales del PRI en algunas ciudades de provincia. (El *navismo*, en San Luis Potosí, fue un ejemplo que conmovió al país desde la época del presidente López Mateos).

Al iniciarse el sexenio de Díaz Ordaz brotó el llamado "conflicto médico", al que siguieron ininterrumpidamente los numerosos problemas magisteriales y las protestas, huelgas y "rebeliones" estudiantiles en varios centros de enseñanza, hasta adquirir relieves de gran magnitud en la ciudad de México, en 1966 y 1968. La oposición *contestataria* (como se decía entonces) no era ya sólo al PRI, a sus métodos corporativos y a sus manipulaciones electorales, sino al propio sistema político, concentrado básicamente en la "figura presidencial". Desde 1966, el movimiento estudiantil contra el rector Ignacio Chávez (auspiciado, como lo sabe hoy todo el mundo, por el

Presidente de la República, que detestaba al famoso cardiólogo), terminó pidiendo la cabeza del propio Díaz Ordaz. Este curioso bumerang político —que ratificaba, una vez más, lo del tiro por la culata— no fue un hecho casual, ni mucho menos obedecía, como muchos lo creyeron, a la "fealdad" de Díaz Ordaz y a su evidente impopularidad entre los universitarios.

Articulado a los otros movimientos colectivos anteriores y posteriores a la "contestación" juvenil de 1966, revelaba la aparición, inesperada y molesta, de un nuevo protagonista social: la clase media, aglomerada fundamentalmente en las áreas urbanas. Así lo empecé a percibir a mediados de los años sesenta, y en forma más específica al analizar las iras estudiantiles de 1966: en las postrimerías del conflicto de ese año en la UNAM, cualquiera que recorriera los recintos universitarios, leyendo la nueva tapicería política que cubría sus paredes, tendría la impresión de estar en la antesala del derrumbe del sistema político mexicano. Muchísimos jóvenes, de orejas calientes y largas melenas, se sentían ya orgullosos sepulcrosos de ese sistema.

Desde la época del presidente López Mateos, la sospecha de la "maquinación" internacional había alimentado la fórmula de las "ideas exóticas", que en el sexenio diazordacista se hizo más precisa al descubrirle autores de mayor rango intelectual: según el propio Presidente, los "filósofos de la destrucción", o bien, según Lauro Ortega, presidente circunstancial del PRI, y muchos otros políticos profesionales, los "agoreros del desastre". Los divulgadores o propagandistas de todas estas teorías malsanas serían, por supuesto, los intelectuales, y en general los universitarios, profesores o estudiantes con "ideología". No se aceptó nunca lo de la clase media, pues obviamente no encajaba en la versión oficial de la "maquinación". El hilo conductor que apuntaba a los problemas de la clase media lo había yo sugerido en artículos y ensayos publicados desde 1966. Pero adoptó su forma coherente y meto-

dológica en *El Desafío*, que apareció en librerías cuando se iniciaba en México una nueva década, un nuevo gobierno y hasta un nuevo modelo de desarrollo nacional.

Echeverría entra en escena

La sugerencia de rasarle a los conflictos de los años sesenta por el lado de la clase media cayó como anillo al dedo al presidente Echeverría: no sólo se acomodaba bien a lo que pensaban y sentían muchos de los jóvenes profesionistas improvisados como políticos de primer nivel en las rodillas echeverristas, sino servía maravillosamente al nuevo primer mandatario en su preocupación por zafarse del síndrome del 68, al proponer una explicación más racional, más "sociológica", más despersonalizada y, finalmente, más diluida de lo ocurrido en aquel año terrible. Un buen amigo mío, escritor notable y muy cercano por aquel entonces a Echeverría, me dijo alguna vez: "El más activo promotor de tu libro es el propio Presidente: tiene ejemplares en su escritorio y habla de él o lo obsequia a todo aquel que lo visita en su despacho".

Este relato, incluyendo deliberadamente lo que pudiera tomarse como simple anécdota, tiene una finalidad que juzgo necesaria: tratar de explicar un poco, por sus antecedentes a veces ya casi remotos, la forma y la perspectiva del tratamiento que he dado hoy al tema de la clase media o de algunas otras cuestiones sociales y políticas en mis actuales trabajos. Para ciertas personas que todavía recuerden lo que escribí hace diez o quince años sobre esos asuntos quizás resultarían referencias innecesarias o arcaizantes, puesto que ya casi nadie sabe bien a bien dónde ha quedado esa famosa "clase media" y qué ha sido de sus despojos; y hasta hay quienes dudan incluso que alguna vez haya existido realmente como un sujeto o actor social definido, o que hubiese mostrado en verdad alguna "identidad" propia, que para el caso es más o menos lo mismo.

Como yo sí creo que la clase media existió y hasta aterrorizó al sistema, sobre todo cuando provocó lo que después se ha llamado la "crisis", el "parteaguas", el "trauma", el "síndrome", etcétera, del 68, no me he resignado todavía al hecho de haberme quedado suspendido en la cresta del problema, precisamente cuando la clase media parecía amenazar seriamente el rumbo que iba a tomar el país al iniciarse la década de los setenta. La pregunta que me hice entonces como una interrogación lanzada al futuro, me la hago ahora como una retrovisión hacia el pasado: ¿qué ha ocurrido en México en los tres sexenios anteriores? ¿Cómo se explica la conmoción política de 1988 y el desplome visible de estructuras institucionales que sostenían a nuestro sistema político? ¿Estamos realmente en el umbral de una gran transformación política, como se afirma por todos lados? Quizás valga la pena repasar un poco nuestra memoria histórica, sobre todo al entrar México, según parece, en un nuevo territorio de desdoblamientos económicos, sociales y políticos.

El cuento de la "Incorporación" institucional

Como sabemos, el gobierno echeverrista repudió abierta y oficialmente al desarrollismo de los sexenios anteriores, proponiendo un esquema sustituto: el "desarrollo compartido". Además, como el presidente Echeverría tuvo una participación directa en los acontecimientos de 1968, por su calidad de secretario de Gobernación, fue especialmente sensible a los orígenes sociales del movimiento estudiantil de ese año y pudo tener información de primera mano sobre lo que se llamó oficialmente la "maquinación" contra México.

Todo lo ocurrido ese año, reciente entonces, que varios analistas (entre los cuales me encontraba yo) atribuían al saldo negativo del desarrollismo y no tanto a las "maquinaciones" extrañas, explicaría en gran medida el inesperado viraje de Luis Echeverría desde el día mismo

en que fue "destapado" como candidato a la Presidencia de la República. El viraje implicó, primero que nada, su apertura inmediata hacia los jóvenes, los universitarios y en general los artistas e intelectuales que había increpado y deturpado su antecesor. Echeverría, como candidato, llegó a tales extremos de "apertura" y de crítica al desarrollismo (una implícita condena del régimen diazordacista), que todavía hoy circula el rumor acerca de la irritación que ello provocó en el presidente Díaz Ordaz, hasta el grado de haber pensado seriamente en cambiar la candidatura de Echeverría.

Cualquiera que haya sido el caso, lo cierto es que el nuevo Presidente de México, apenas asumió su cargo, hizo efectivas de inmediato algunas ofertas que había prometido durante su campaña. Trató de llevar a la práctica su nuevo modelo de desarrollo y emprendió una forma novedosa de acercamiento "democrático" que sirvió de vehículo para atraerse a los jóvenes, los intelectuales, los artistas, los periodistas, etcétera, en una actitud que pretendía borrar cuanto antes las acusaciones, las calumnias y en general todo el fango ideológico que había sido removido durante el conflicto de 1968. Al mismo tiempo, parecía una política indispensable para evitar nuevos estallidos sociales y políticos procedentes de las clases medias insatisfechas.

Lo que numerosos comentaristas han considerado como el deterioro de la imagen o figura presidencial empezó realmente con el colapso político de 1968. Lo ocurrido entonces fue la primera gran "devaluación" política de un presidente de México. (Después vendrían otras de mayor gravedad y profundos alcances históricos). Allí empezó en realidad el inicio del derrumbe del sistema político mexicano, que culminaría, como en los cuentos y novelas, "veinte años después": el 6 de julio de 1988.

Todo ello explica por lo pronto la decisión de Luis Echeverría de no dejarse arrastrar por el lamentable resbalón institucional del presidente Díaz Ordaz. La teo-

ría del "desarrollo compartido" y la política de "apertura democrática" respondían fundamentalmente al intento de restablecer el orden institucional y la figura presidencial, salvando así —transitoriamente, como se verá más tarde— la continuación y la vigencia del sistema político que personalmente le tocaba representar. Lo ocurrido el Jueves de Corpus de 1971, apenas iniciado realmente su gobierno, fue la ocasión que sirvió al presidente Echeverría para despedirse brutalmente de sus antiguos amigos y correligionarios, que él mismo calificó como "emisarios del pasado".

Echeverría fue sin duda el presidente mexicano que mejor entendió los problemas "estructurales" de las nuevas clases medias en México y los riesgos potenciales que representaban ya en el seno de la organización económica, social y política del país. Entendió, como muy pocos políticos de su generación, que estos sectores sociales, heterogéneos y versátiles, podrían y deberían ser incorporados al Sistema mexicano, en vez de satanizarlos por sus actitudes rebeldes y "contestatarias" ante un sistema que parecía rehusarles sus "espacios" propios, como hoy se dice.

Mucho se ha escrito sobre el gobierno de Echeverría, y no soy yo por cierto el más indicado, ni es este el lugar adecuado, para hacer una evaluación global de su sexenio. Pero sí me interesa destacar, por insólito y prácticamente inesperado, el interés que mostró como Presidente hacia una realidad social del país (la clase media) frecuentemente soslayada y a veces hasta insultada con rencor por muchos políticos de alta jerarquía, que sólo pudieron percibir en ella un semillero de ideas y actitudes "subversivas".

Si las clases medias emergentes —como solían llamarlas algunos sociólogos sudamericanos—, fueron puchero de muchos conflictos y protestas en los años sesenta, después de su rápido crecimiento y prosperidad en las dos décadas anteriores, lo cierto es que el sexenio

echeverrista logró calmarlas mediante un hábil tratamiento político. El mismo Presidente estimuló personalmente en todo momento el estudio, la organización, la orientación ideológica y hasta la institucionalización política de las clases medias.¹

¿La clase media en el PRI?

La política echeverrista hacia las clases medias empezó con el acercamiento a los jóvenes y los intelectuales, particularmente a los más reacios al contagio priísta. Pero siguió después con la reestructuración de los mandos del PRI, donde se sustituyeron los vestigios de los "emisarios del pasado" por un equipo brillante y reformador de intelectuales-políticos, encabezados por uno de los hombres más lúcidos y preparados que ha dado México en las últimas décadas: Jesús Reyes Heróles.

Estos cambios en la cúpula dirigente del partido oficial tuvieron enorme trascendencia en la vida política de México. Después de muchos años de aletargamiento ideológico y político, en que el partido sólo daba signos de vitalidad en épocas electorales, la presencia de Reyes Heróles, González Pedrero, Horacio Labastida y un grupo muy capaz de colaboradores, casi parecía un lujo político excesivo que se daba el sistema. El Partido empezó a actuar, a estudiar, a pensar, a publicar, a analizar los problemas urgentes, y a reclutar y organizar sectores sociales que parecían inexistentes a los ojos del partido, o que se sentían marginados y despreciados por la "momiza" (concepto político de entonces para designar a los hoy llamados "dinosaurios"), entronizada desde el principio de los tiempos en los cargos dirigentes.

Reyes Heróles fue uno de los principales arquitectos de la política echeverrista hacia las *nuevas clases medias*, como se les empezó a clasificar en los documentos y las publicaciones del partido. Considerándome "especialista" en esta materia, y hasta "pionero" de las investiga-

ciones sobre el tema (como llegó a afirmarlo públicamente), el nuevo jerarca del PRI me invitó a comentar con él en numerosas ocasiones la cuestión de la clase media, utilizando como punto de partida la entonces reciente publicación de *El Desafío*. Nuestra vieja amistad, que fue siempre exclusivamente intelectual, pasaba ahora de las anteriores discusiones sobre el siglo XIX mexicano y el liberalismo (dos temas recurrentes en que siempre coincidió nuestro interés), a las teorías y políticas sobre la clase media. Me pidió incluso que le escribiese algunos planteamientos sobre esos asuntos y publicó en la revista *Línea* —que era el órgano teórico del partido— una amplia glosa de mi libro.²

Pero también estimuló activamente, sobre todo entre el destacado grupo de jóvenes que lo acompañó en las labores ideológicas y editoriales del PRI, el estudio de las clases medias, publicándose algunos de estos estudios en *Línea* y en otros documentos de orientación doctrinal. Con el apoyo hasta entonces irrestricto del presidente Echeverría, Reyes Heróles se lanzó a una vasta tarea intelectual dentro del partido: rehacer sus bases ideológicas mediante escritos sobre diversos aspectos de la militancia política, en los que brilló como siempre su inteligencia y su sorprendente información en las más diversas áreas de las ciencias sociales. Y se echó auestas, personalmente, dos trabajos descomunales: la formulación de una nueva *Declaración de Principios* del PRI, y la preparación y redacción de aquél infortunado *Plan Básico de Gobierno 1976-1982*, que a la postre no habría de servir gran cosa.

Sin que hubiera aún candidato oficial a la Presidencia de la República, Reyes Heróles movilizó a todos los cuadros calificados del partido (incluso a muchos amigos suyos que no militaban en él) para preparar los materiales de esos dos documentos. Devorando rápidamente, como era siempre capaz, toda la montaña de escritos que produjo esta amplia labor colectiva, el antiguo catedrático universitario redactó casi personalmente

y en brevísimo tiempo los dos textos básicos, que fueron aprobados y publicados sin mayor discusión. Poco conocida por el público —y muy seguramente soslayada o aun ocultada en forma deliberada por las mediocres *dirigencias* que se apoderaron del PRI durante el siguiente sexenio—, esta extraordinaria faena de Reyes Heróles constituyó un verdadero *tour de force* intelectual.

Pero, ¿qué pasaba con las clases medias que tanto interesaban al presidente Echeverría y a Reyes Heróles? Con el estímulo de la nueva orientación que le imprimían al partido el brillante intelectual y sus colaboradores, el llamado *Sector Popular* del partido (la CNOP) fue también objeto de una reorganización en sus cuadros directivos y en su proyección ideológica y política. Reyes Heróles y los otros amigos que lo acompañaban en la dirección del partido me invitaron a participar en la "remodelación" de la CNOP, lo que serviría —según creíamos entonces— para poner en práctica las ideas que habíamos elaborado en muchas de nuestras conversaciones. El propósito concreto consistía en *incorporar* políticamente a las clases medias progresistas por conducto de una CNOP renovada de cabo a rabo. El proyecto se echó a andar con la organización de aquel famoso "Encuentro Nacional sobre las Clases Medias", celebrado en mayo de 1975, en la ciudad de San Luis Potosí.³

Este "proyecto" hacia la clase media se mantuvo vigente aún después del desplazamiento político de Reyes Heróles y la llegada sorpresiva de Porfirio Muñoz Ledo, quien siguió con resolución y audacia la brecha abierta por su antecesor. Fue la etapa fugaz de la "Alianza Popular Revolucionaria", con la que el presidente Echeverría intentó responder a la altanería crítica de los empresarios y encorsetar al mismo tiempo la campaña política de José López Portillo. Muñoz Ledo aprovechó su rápido paso por el PRI para seguir intentando el reclutamiento de las clases medias por los mismo carriles que había dejado Reyes Heróles.

Pero, ¿se "incorporaron" realmente las clases medias? Todavía en el desarrollo de la campaña de López Portillo se mantuvo el ritmo "reclutador" de clases medias en el seno de la CNOP; y aunque no volvió a escucharse un discurso del candidato relativo a tales sectores, por lo menos con la magnitud y penetración analítica del que había improvisado al iniciar su campaña,⁴ se continuó mencionando en ocasiones la necesidad de organizar a la clase media. Desde luego, por el propio presidente del partido, Muñoz Ledo, quien, además, me pidió elaborar algunos documentos programáticos y doctrinales sobre ese asunto, que discutí conmigo reiteradamente antes de que los leyera yo al Presidente Electo López Portillo. No dudo que al tomar posesión de su cargo don José seguía pensando un poco en su idea de "incorporar" a las clases medias, pues tuve informes fidedignos, procedentes de amigos y colaboradores muy cercanos al nuevo Presidente, de que tenía el propósito de convertirme nada menos que en líder nacional de la CNOP, lo que hubiera sido, en todo caso, un evidente reflejo de su inexperiencia política, pero de indudable buena fe en sus deseos de darle nuevos alientos al partido y a sus sectores, particularmente al llamado *popular*.⁵

Donde ya se percibe la conspiración contra la clase media

En realidad, se diseñaba ya en los proyectos del futuro Presidente un plan quizás menos pretencioso, pero probablemente más efectivo en las condiciones de entonces: un nuevo pacto, una nueva concertación, una nueva alianza, la famosa "Alianza para la Producción", que parecía más urgente después del colapso financiero de nuestra moneda en agosto de 1976 y los bandazos erráticos, justificados o no, que empezó a dar el gobierno de Echeverría durante la agonía de los últimos meses. Más importante que reclutar a las clases medias revoltosas —no obstante el

baño de agua fría que recibieron al devaluarse el peso—era "incorporar" de alguna manera a los sectores empresariales, seriamente disgustados por los delirios populistas del echeverrismo. Aunque no habían sido afectados realmente en sus intereses, todos estos grupos de la burguesía mexicana estaban molestos por las reiteradas amenazas y el vuelco tercermundista de Echeverría. No le habían perdonado, ni le perdonarían nunca, el haber abrazado la causa de Allende en Chile —con todo lo que ello implicaría en lo nacional y en lo internacional—, ni las expropiaciones de latifundios disfrazados, que fueron dictadas en las últimas semanas de su gobierno. De algunos de esos círculos resentidos, y con la complicidad de sus aliados de variada índole, procedía muy probablemente el rumor de un inminente golpe de Estado, que sembró un ambiente de angustia y desconfianza durante los últimos meses del gobierno echeverrista. Para aliviar esa atmósfera pesada, el ofrecimiento de la "Alianza para la Producción" se complementaba con una frase tranquilizadora: "La solución somos todos". Una proposición de unidad destinada a calmar ánimos indispuestos y resentimientos políticos.

Sin embargo, López Portillo y los nuevos jefes del PRI creyeron conveniente "desaparecer" a las clases medias del panorama político. Por lo menos en el seno del partido mayoritario, elemento clave del sistema. Aunque he estado ausente de México en los últimos años, pude seguir regularmente algunos acontecimientos del país por medio de la prensa. No me parece que el tema de las clases medias haya vuelto a reaparecer de manera significativa dentro de los grandes niveles del aparato político nacional. Ni siquiera los dos grandes programadores de la política nacional en el sexenio neopopulista de López Portillo volvieron a ocuparse de ese asunto, sobre todo al alcanzar el predominio en las esferas más altas y decisivas del poder político en México: la Presidencia de la República y la Secretaría de Gobernación.

Hay quienes piensan que el problema de la clase media se desplazó en realidad al marco institucional de la discutida reforma política de 1978, diseñada y promovida precisamente por López Portillo y Reyes Heróles. Si así fuera —y hay razón para creerlo en parte— el proyecto de la reforma política y su instrumentación mediante la llamada LOPPE (Ley Federal de Organizaciones Políticas y Procesos Electorales), significaría simple y llanamente que los dos brillantes programadores, ahora juntos —aunque no revueltos, como se mostraría poco después— habían decidido acorralar a las turbulentas clases medias en los nuevos partidos de oposición institucional y, por tanto, controlada. Desde años atrás, incluso en épocas muy anteriores a los conflictos de clase media y la crisis política del 68, sabía yo que Reyes Heróles era un partidario convencido de la necesidad de reforzar el juego de los partidos políticos en México, insuflándoles vitalidad desde arriba, sobre todo al PPS, que había jugado siempre a la "izquierda institucional" para llenar un vacío en el supuesto equilibrio democrático de México.

A Reyes Heróles no pareció gustarle nunca —y con sobrada razón— mi idea sobre la posible formación *de facto* de una especie de "bipartidismo" electoral y político en México, tesis que yo derivaba entonces de hechos y razones que se explican justamente en *El Desafío*. A mi tampoco me gustaba la idea, pero el crecimiento electoral del PAN y la cada vez más acentuada satelización priísta del PPS y del PARM, parecían conducir inexorablemente a un juego de sólo dos partidos con aparente consistencia propia. Ni siquiera la invención lopezmateísta de los diputados "de partido" (en la que siempre creí ver la mano de Reyes Heróles), sirvió de escaparate para simular un sistema pluripartidista. Configuró, a lo sumo, un mecanismo adicional de corrupción, componendas y engaños en los procesos electorales, en el que participaron sin excepción todos los partidos registrados. La verdadera ruptura o superación de la amenaza del bipartidismo, cristalizaría,

como lo sabe todo México, cinco lustros después, al configurarse la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas y consolidarse sus partidarios el 6 de julio de 1988 como la más poderosa corriente de oposición que haya surgido en México desde el movimiento maderista. Este sorprendente e inesperado fenómeno político liquidó definitivamente cualquier esperanza de bipartidismo que hubieran podido abrigar el PAN y sus partidarios del exterior.

Sin embargo —situándonos todavía en la década de los setenta—, fue evidente que ese fantasma del bipartidismo y la necesidad de una careta democrática para nuestro sistema político, habían inducido al gobierno de Echeverría a promover disfrazadamente la creación más o menos artificial de nuevos partidos de izquierda, como el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT) y luego el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), que empezarían pronto su habitual proceso de partenogénesis. Dichos proyectos, que pretendieron adornarse en cierto modo como elementos de una "reforma política", sólo prosperaron en realidad hasta el sexenio del presidente López Portillo, con la aprobación de la ley a que aludí antes. No me interesaría discutir aquí los verdaderos orígenes y alcances de la reforma electoral de 1978, pero sí considero conveniente subrayar los peligros subyacentes en la idea de soltar los hilos de las clases medias, desapareciéndolas del PRI para alimentar con ellas los partidos de oposición, de derecha o de izquierda, y facilitar al mismo tiempo la infiltración empresarial en el partido oficial.

Al instalarme nuevamente en México, a mediados de 1987, me sorprendió un poco percatarme de que esas dos tendencias habían prevalecido e incluso parecían dominantes, hasta el grado de haberse propuesto, al parecer por la propia *dirigencia* de la CNOP, o al menos por algunos de sus líderes más destacados, la creación de un nuevo sector, subsector, semisector, parasector o quasi-

sector —nunca se explicó con claridad cuál sería su nombre adecuado—, abiertamente, orgullosamente empresarial, que sirviese de lecho acogedor a la militancia del cada vez más numeroso bloque de empresarios decididos a participar en el juego político y electoral. Aunque dicha propuesta cenopista fue discretamente rechazada, no por ello es menos significativa de lo que ha venido sucediendo en el partido oficial.

Y por lo que toca a la clase media, también abandonada a su suerte o ahogada en la argamasa política que produjo la reforma política de 1978, podría considerarse igualmente sintomático lo que pareció ocurrir a fines de 1987, cuando se supo por fin el nombre del candidato presidencial del PRI y se produjeron de inmediato cambios importantes en los mandos del IEPES. Si hemos de creer a las informaciones de prensa y a la versión de algunas personas que aseguran haber sido testigos presenciales, se propuso entonces, también por la misma directiva nacional de la CNOP, la creación de un Instituto Nacional de las Clases Medias, o algo por el estilo, que formaría parte del IEPES. Es probable que se hubiese desenterrado una vieja conclusión de aquel "Encuentro Nacional sobre las Clases Medias Mexicanas", al que hice referencia antes, donde se pedía a la CNOP la creación de un organismo destinado al estudio sistemático de las clases medias en el país. La propuesta de 1987, que parecía tener meros fines electorales, se enterró sin mayores explicaciones. Ha sido muy significativo, finalmente, el hecho de que el concepto mismo de "clases medias" prácticamente no haya sido utilizado a lo largo de la pasada campaña presidencial. Cuando en su etapa final se realizó una reunión nacional del IEPES para resumir las ponencias sobre los grupos y clases sociales en México, se trató con toda seriedad del "sector obrero", del "sector campesino", del "sector empresarial" y... "demás sectores sociales". La clase media, aun como simple denominación social o política, ni siquiera mereció un digno y benevolente epitafio de despedida.

¿Dónde ha quedado entonces la clase media? ¿Qué ha sido de sus huesos? Por lo pronto, aún subsiste en los ensayos e investigaciones de una buena camada de jóvenes intelectuales, cuyo talento, capacidad analítica, información y ágil expresión, en ocasiones brillante, me ha sorprendido gratamente. Me imagino que algunos de ellos nos proporcionarán pronto buenos estudios y análisis sobre el proceso político y las consecuencias históricas de las elecciones del pasado 6 de julio.

Mucho se ha escrito ya a partir de ese día, que para casi todo mundo representa un verdadero parteaguas en nuestra historia política contemporánea. Aunque el grueso de la discusión se ha concentrado en la validez de las elecciones y la legitimidad de sus resultados oficiales, creo que importa también ponderar adecuadamente los alcances de la gran ruptura política que ha significado el desarrollo del movimiento neocardenista y la franca, clara y contundente decadencia del PRI, sostenido apenas con toda esa parafernalia de manipulación de datos que nuestros ingeniosos comentaristas políticos han bautizado como "alquimia" o "maquillaje". Desde hace tiempo he sostenido una tesis sobre el evidente proceso de deterioro que ha sufrido nuestro sistema político a partir de la crisis de 1968. Resumiré aquí algunas de sus variantes.

El colapso de la "figura presidencial"

A pesar de los reiterados intentos por rescatar la vigencia de ese sistema, particularmente por el lado de lo que se llama aquí la "imagen presidencial", y en forma más respetuosa y cortés "la figura presidencial" o "la institución presidencial", los tumbos de los últimos veinte años, precisamente en esa imagen, figura o institución, muestran con elocuencia el paulatino derrumbe ("agotamiento" o "desgaste", como diríamos con mayor cautela) de nuestro sistema político. Echeverría y López Portillo percibieron con claridad el fondo del problema:

lo que estaba en juego desde el 68 era el papel, el prestigio, la autoridad y, en definitiva, la *legitimidad* del Presidente de México. Díaz Ordaz comenzó la demolición de esa legitimidad al asumir públicamente, ante toda la Nación, la responsabilidad por los trágicos hechos del 68. Echeverría y López Portillo, a pesar de haber entendido que lo que se estaba resquebrajando en el fondo era toda la estrategia de desarrollo emprendida desde 1941, intentaron cambiarla pero sin modificar o alterar siquiera el sistema político, que había sido cincelado precisamente para funcionar con esa estrategia y para esa estrategia.⁶

Tampoco podían suicidarse: si el entuerto era el posible desplome del "presidencialismo", entendido a la mexicana, se trataba entonces de rescatarlo a como diera lugar, de volver a dignificarlo, de colocarlo nuevamente en su elevado pedestal, aun si con ello se ponía en serio predicamento al desarrollo económico del país. Sin duda, los dos tuvieron que elegir: o salvar al sistema político mediante el rescate institucional de la figura presidencial —empujando quizás al país hacia una probable crisis económica—, o rehacer decididamente el camino del desarrollo, aun si para ello era imprescindible transformar o cambiar el sistema político. Escogieron, como sabemos, lo primero. El resultado fue que aquella "inteligencia" misteriosa y siniestra, que tanto impresionó a López Portillo antes de asumir la Presidencia, nos condujo al desastre. Pero se creyó que había quedado a salvo la figura presidencial.

¿Quedó a salvo realmente? Recuérdese cómo terminaron su sexenio ambos presidentes, no obstante sus buenas intenciones "históricas" y sus numerosas decisiones y medidas altamente positivas y benéficas, como la expropiación de latifundios simulados o la llamada *nacionalización* de la banca privada mexicana, además de actos internacionales de gran valor, como el apoyo y la defensa de Chile y Nicaragua. Mucho se ha hablado del sabotaje y las campañas de desestabilización emprendidas

en su contra por las decisiones positivas de su populismo. Esta nueva versión de la "maquinación externa", ahora de signo contrario a las habituales del pasado,⁷ podría explicar en parte el desplome final de los dos presidentes; pero ello no invalida en todo caso el peso que tuvo entonces una política económica errática, dispendiosa, equívoca y escandalosamente favorable a la corrupción por el desorden creado al manejarse la economía de manera personal, y "desde Los Pinos", donde no estuvieron exentos el nepotismo descarado y los consejeros áulicos de toda laya y de todos los apetitos. Si hubo conjuras internas y externas —y es obvio que las hubo— contra los dos presidentes populistas, ello no parece ser la única explicación del desplome político en que acabó la venerable "figura" o "imagen" presidencial.⁸ En todo caso, el resultado constituyó sin duda una insólita paradoja: por tratar de salvar e incluso reforzar a nuestro sistema político, mediante el fortalecimiento de la "institución presidencial", casi se los entierra a los dos.

¿Quién mató a la clase media?

He dejado para un comentario final la referencia al sexenio del presidente Miguel de la Madrid, en su relación particular con la "desaparición" de las clases medias en México. Creo que De la Madrid, a diferencia de sus dos predecesores, no llegó precisamente dispuesto a rescatar o salvar a como diera lugar el papel presidencial y el sistema político del que es su pilar fundamental. Llegó, entre otras cosas (quizás sin proponérselo en forma deliberada), a completar el ciclo de demolición política que se gestó desde los años sesenta y que entró en picada, con muchos estertores, tumbos y sobresaltos, durante los dos sexenios populistas. Sin duda por ello, Miguel de la Madrid no acabó su mandato como un presidente "devaluado" (como ocurrió a los tres anteriores): asumió desde el principio una presidencia ya devaluada, débil,

desprestigiada, abatida, oxidada e incapaz de recuperación, por lo menos dentro de los cánones tradicionales del país y en las condiciones que prevalecían en esa época.

De la Madrid hizo precisamente lo que ni Echeverría ni López Portillo creían conveniente o necesario: derruir hasta donde fuera factible el ya ruinoso edificio conocido como sistema político mexicano. Dentro de una situación económica muy crítica —realmente estructural, y no meramente "de caja" o de "liquidez", como trató de explicarse en 1982—, sólo pareció concebir su gobierno como una especie de "tránsito de austeridad", de corte y propósitos neoliberales, que no dejó muchas alternativas para una eventual recuperación. Salvo una de excepcional importancia: propiciar de muchas maneras la transformación, modificación, cambio o demolición, como sea el gusto, del sistema político mexicano. El deterioro de este sistema se mostró claramente el 6 de julio de 1988.

Tampoco en este caso me corresponde hacer una evaluación global del sexenio anterior,⁹ pero sí me interesaría subrayar algunos aspectos sobresalientes de la política aplicada durante el gobierno delamadridista, que me parecen piedras de toque fundamentales para entender dos cuestiones estrechamente ligadas: lo que ha ocurrido con la clase media y el ingreso de nuestro sistema político a su etapa más clara y abierta de descomposición. En ambos casos, se trata de un desplome o colapso cuyas verdaderas magnitudes aún no alcanzamos a vislumbrar.

Miguel de la Madrid y su equipo de gobierno llegaron decididos a restablecer un cierto equilibrio tanto en lo económico como en lo social. La preocupación primordial no fue la terrible situación material en que se encontraban los trabajadores de la ciudad y el campo, así como las llamadas clases medias. Lo que interesaba de inmediato era calmar el furor de empresarios y financieros por la nacionalización de la banca privada mexicana y el control de cambios que decretó López Portillo en septiembre de 1982. Pero, además, no debe olvidarse que

Miguel de la Madrid tuvo que afrontar durante su campaña presidencial los terribles efectos negativos de las devaluaciones de ese año. No se sentía cómplice de ellas, ni, mucho menos, corresponsable del caos económico en que caía el país. Como lo mostraría inmediatamente después de asumir el mando presidencial, De la Madrid no pareció haber aprobado plenamente las medidas antioligárquicas de López Portillo: repuso de inmediato en la dirección del Banco de México al principal adversario de la nacionalización bancaria y ofreció indemnizar suculentamente a los banqueros, y devolverles de paso buena parte de sus acciones bancarias expropiadas.

Pero esto fue sólo un comienzo de la llamada "época de la austeridad", que muchos consideraron simplemente como un gobierno derechista. La *austeridad* justificó todo: en lo económico, además de la devolución de muchos de sus privilegios bancarios y el otorgamiento de espléndidas facilidades a la burguesía mexicana y extranjera en muchas otras áreas de su expansión (banca paralela, mercado cambiario favorable, casas de bolsa no muy honestas, y otras prebendas), como una forma de compensación por los golpes que le había propinado López Portillo; además de todo ello, digo, se entregó a los empresarios tres jugosos obsequios de sexenio: un control carcelario de los salarios, bastante manga ancha en la "reestiquetación" de precios y —vieja demanda de la burguesía— el desmantelamiento, cierre definitivo o venta de empresas paraestatales, es decir, lo que se llamó el "adelgazamiento" del Estado y su creciente neutralización dentro de la economía.

Pero también se otorgaron a los empresarios muchas concesiones en lo político: su acelerado ingreso al PRI, ya sin las reservas, vergüenzas y cautelas que caracterizaron al partido en el sexenio de López Portillo; incluso su participación abierta en cargos de elección popular. Pero también, nuevamente, la desaparición política de la clase media "contestataria" dentro del partido, o sea, la extir-

pación de intelectuales (si todavía quedaban algunos), de artistas, de estudiantes e incluso de muchos profesionistas o burócratas medianamente críticos del sistema.

Y, en fin, quizás lo que más nos interesa aquí: la pauperización o empobrecimiento de grandes sectores de clase media, que hizo pensar a muchos en un principio vertiginoso de su desaparición "social". Creo que éste es uno de los fenómenos de la mayor importancia política en los últimos años: el desplome social de grandes sectores de clase media y su integración o aproximación de diversas maneras a un cierto tipo de proletariado urbano o semi-urbano, a pesar de la supervivencia en ellos de muchas formas de vida típicas de la clase media. Sin embargo, el que subsistan educación, hábitos, valores, gustos, proclividades, medios de trabajo, incluso modas y hasta expresiones culturales que habían sido marcos exclusivos de las clases medias en México, no significa necesariamente que todavía podamos hablar de "la gran clase media mexicana", como solía decirse en los años sesenta y aún en los primeros de la década siguiente.

La desaparición política y social del grueso de la clase media significa dos cosas básicas: primero, su exclusión deliberada del PRI durante los sexenios de López Portillo y Miguel de la Madrid, para favorecer así el ingreso en cascada de empresarios; y después, el deterioro acelerado de sus ingresos y sus niveles de vida, hasta casi llegar a confundirse en ese terreno con el proletariado urbano. Ya sé que me pueden aducir que los contornos de las clases medias han sido siempre borrosos y movedizos —como yo mismo lo reitero en *El Desafío*—, por lo que no habría probablemente mucha razón en decretar su desaparición "social" sólo por la disminución de sus ingresos o por las estrecheces de su economía doméstica. No obstante, el colosal desplome económico de los últimos seis años en lo que se refiere a los niveles de vida de la población, ¿no habrá afectado en nada la textura o la composición de la sociedad mexicana? ¿Será igual que profesionistas, em-

pleados altamente calificados, profesores universitarios y hasta industriales o comerciantes en pequeño tengan hoy menos ingresos que muchos obreros calificados y otros no muy calificados? Todos han sufrido la depresión y sin duda quienes la han resentido más son los pobres de siempre: campesinos y obreros, "trabajadores no asalariados" y clases medias "populares", sectores ciertamente borrosos e indefinidos, pero en los que han caído irremediabilmente clases medias no tan "populares", aunque mantengan toda la apariencia externa de clases "orgullosamente medias", como decían en Francia después de la segunda guerra mundial los numerosos pequeño-burgueses que se defendían tenazmente de la "caída en el proletariado" a base de propinas y otras dádivas que exigían en los baños y W.C. públicos. En México, en todo caso, es indudable que la *austeridad* no estranguló totalmente a la clase media, pero sí la mató de hambre, como se acostumbra decir como metáfora, hipérbole, parábola o lamento callejero...

Una prueba notable, aunque trágica, de este entrecruzamiento de las clases populares en México, ocurrió en septiembre de 1985, al organizarse y actuar espontáneamente en el salvamento y ayuda social durante los terremotos de ese mes. Aunque muchos observadores, de dentro y fuera de México, creyeron ver únicamente el "gran espíritu de solidaridad" de los mexicanos ante el dolor ajeno, yo pienso que se trató además de un sorprendente fenómeno social, sólo posible por "la caída" de la clase media en los linderos del proletariado urbano: la facilidad de muchos grupos sociales, muy dispares en su origen, para organizarse, incluso al margen o en contra del Sistema, trabajar en común, crear relaciones y vinculaciones más permanentes, sentando así bases de integración que indudablemente tendrían repercusiones políticas e ideológicas poco tiempo después, al agudizarse la crisis económica del país y comenzar el proceso político-electoral de 1987-1988. Toda esa enorme masa social urbana,

aparentemente amorfa, se ha venido condensando muy rápida y sorpresivamente en un número casi infinito de grupúsculos y organizaciones sociales de todo tipo, que en su inmensa mayoría encontraron una convergencia política en el apoyo entusiasta a la candidatura presidencial de Cuahitémoc Cárdenas.

El desdén presidencial hacia el PRI

Sin embargo, el gobierno de Miguel de la Madrid no se redujo sólo a dismantelar buena parte del aparato del Estado y a entregarle a los empresarios el mando y la dirección de áreas importantes de la economía nacional, sino se dedicó también, con especial ahínco, a dismantelar el propio partido oficial. Con empresarios o sin empresarios, con clases medias o sin ellas, el PRI entró en una evidente etapa de fracturas, heregías y convulsiones de todo tipo. Contra viento y marea, y no obstante las advertencias que surgían por todos lados, Miguel de la Madrid se rehusó sistemáticamente no digamos ya a insuflarle vitalidad y presencia en la vida política del país, sino también a cambiar los cuadros directivos del partido, basado aparentemente en el "cuatachismo" político que predominó durante su gobierno. Incluso los grandes capitanes de la burguesía mexicana hablan hoy, con satisfacción y cierta sorna, de la forma en que "afortunadamente" Miguel de la Madrid acabó con el PRI.

Sin llegar a tales extremos, es importante recordar sin embargo que De la Madrid, como antes López Portillo, no era realmente "hombre de Partido", como se dice en el dialecto político. Es un hecho bien conocido que ambos presidentes sólo resultaron miembros distinguidos del PRI al ser "destapados" como sus candidatos presidenciales. Por su trayectoria anterior, por los cargos burocráticos que desempeñaron siempre y aun por los libros que habían publicado antes de su postulación, es evidente que

nunca militaron efectivamente en el PRI y hasta es posible que ni siquiera hayan sido miembros de ese partido. Quizás miembros *nominales* sí, en la medida en que fueron casi siempre empleados y funcionarios al servicio del Estado, y sabemos bien cómo se maneja en esas esferas la militancia automática dentro del PRI.

En cualquier caso, ni López Portillo ni De la Madrid conocían en verdad a su partido por adjudicación, ni mucho menos tenían alguna experiencia en lo que concierne a su compleja maquinaria y su funcionamiento dentro de nuestro sistema político. En consecuencia, es probable que lo hayan considerado en el fondo como una dependencia más del Estado, algo así como una Secretaría o Empresa Descentralizada. Tan es posible esta imagen del partido en la cabeza presidencial, que hasta la oposición ha dado en llamar al PRI, en los últimos años, "Partido de Estado", considerando esta caracterización como la peor crítica que se le pueda hacer. Resultaría muy curioso en verdad descubrir de pronto que tanto el Presidente de México como sus feroces opositores tenían en el sexenio pasado la misma idea del PRI.

Ello podría explicar, en alguna medida, el poco interés que los dos últimos presidentes mostraron por el manejo real, el fortalecimiento y el buen funcionamiento del partido político numéricamente más poderoso de México. López Portillo trató de hacer algo en lo que toca a la "circulación" de dirigentes, aunque los resultados no hayan sido muy alentadores. Miguel de la Madrid ya ni siquiera pareció preocuparse en serio por la visible decadencia del PRI. Y hasta es probable que lo que fue considerado por todo el mundo como una lealtad inexplicable e injustificada a los amigos que había puesto al frente del partido, haya sido en realidad resultado de un auténtico desinterés o desdén por lo que estaba ocurriendo allí. Fue necesaria la aparición de la llamada *Corriente Democrática* dentro del partido y las pugnas personales de sus dirigentes más destacados con el Presidente, para que

éste se decidiera al fin a modificar la directiva nacional. Un poco tarde, quizás.

Todas esas decisiones, paradójicamente, iban a rebotar a la postre en contra del poder, la autoridad, el prestigio y la "figura institucional" del Presidente. También en esto parece haber ya un cierto consenso: ningún presidente ha hecho tanto en contra del presidencialismo —con comillas o sin ellas— como Miguel de la Madrid. E hizo todavía algo más, que hoy podría considerarse también casi como un modelo de paradoja política, si no fuera porque los últimos tres sexenios se han ahogado precisamente en un mar de paradojas: respetó cabalmente la libertad de prensa, como quizás sólo ha ocurrido en uno o dos períodos de nuestra historia. Por lo menos no hizo alardes graves de autoritarismo y de censura, no obstante que se haya manchado seriamente esa libertad de prensa por el asesinato de Manuel Buendía, no resuelto ni explicado durante su sexenio.

Pero una libertad de expresión, por cierto, que fue aprovechada al máximo para "tasajear" la propia figura del presidente De la Madrid, al que se hicieron las críticas personales más acerbas y le lanzaron los ataques más virulentos desde el inicio mismo de su gobierno. Esta campaña de reproches y acusaciones contribuyó mucho al deterioro público del "presidencialismo" y a un mayor desprestigio de la llamada "institución presidencial", lo cual, por lo demás, no pareció afectar gran cosa al presidente De la Madrid, que concluyó su sexenio con una gran serenidad y un rostro tranquilo y seguro.

En todo caso, la gran crisis política que se hizo plenamente visible en 1988 y las dudas sobre la credibilidad y legitimidad del Presidente eran ya, propiamente hablando, problemas que corresponderían a su sucesor. Sin embargo, estos problemas aluden necesariamente a un virtual resquebrajamiento del sistema político mexicano, en sus dos cimientos básicos: el poder casi omnímodo del Presidente y la fuerza hegemónica del PRI, que después

del 6 de julio de 1988 dejó de ser "prácticamente único", expresión utilizada por el actual Presidente de México no como mero eufemismo, sino como auténtico reconocimiento, al más alto y calificado nivel, de una nueva realidad política en México.

Concluyo, pues, convencido, como muchos mexicanos, de que nos encontramos con toda probabilidad en una nueva etapa histórica del país, aunque no sabemos aún si de ello resultará algo realmente sano o por lo menos alentador, como lo harían creer los fenómenos políticos y sociales ocurridos en 1988 y durante los primeros meses de 1989. No me refiero sólo a los resultados electorales y al saldo político del 6 de julio de 1988, sino también, entre otras cosas sorprendentes, al visible desmoronamiento del sistema corporativo que ha prevalecido en México, tanto en las grandes organizaciones sindicales como en el propio partido del gobierno. El llamado *pluripartidismo* es ya una realidad indiscutible en nuestro país. Desde hace tiempo he llegado al convencimiento de que no podrá haber un nuevo despegue en nuestro desarrollo mientras no se transforme, modifique o cambie sustancialmente nuestro ya muy debilitado "sistema político". Creo que esto ya está ocurriendo y a pasos agigantados, aunque todavía puedan ocurrir serios desgarramientos, discusiones, gritos y golpes bajos. Un sistema político tan viejo y enraizado en nuestras "tradiciones" no cambia o se transforma de la noche a la mañana.

Pero creo también que una gran parte del cambio o la transformación del sistema es producto en substancial medida del cambio o la transformación de la clase media mexicana, por algunas de las razones que he tratado de explicar en estas páginas. Otras, quizás más interesantes o de mayor significación y trascendencia en nuestra vida política, podrán sin duda descifrarse en los tiempos que se avecinan. Espero que ocurra pronto.

NOTAS

1) Incluso al acercarse el final de su mandato (septiembre y octubre de 1976), en pleno zipizape político por los efectos de la devaluación y los rumores catastrofistas que entonces circulaban por todo México, Echeverría decidió promover nada menos que la reforma del artículo 124 constitucional, para convertirlo en base protectora de los sectores más indefensos de las clases medias populares: los llamados en la CNOP "trabajadores no asalariados", que en borrosas organizaciones militaban dentro del PRI. Su número, incluyendo a sus familias, ascendía ya a varios millones de personas en todo el país, localizadas principalmente en las zonas urbanas. El proyecto, que implicaba también la creación de una Subsecretaría de Trabajo no Asalariado y la incorporación de estos trabajadores eventuales al sistema de seguridad social de México, se suspendió al ser rechazado por el entonces Presidente Electo López Portillo, aduciendo la severa crisis financiera en que se encontraba el país.

2) López Cámara, Francisco. "El dilema político de las clases medias", *Línea*, No.14, marzo-abril de 1975, pp. 57-73.

3) Sobre esa ruidosa reunión, que tuvo finalmente grandes repercusiones nacionales, me ocupó con amplitud en el trabajo anterior.

4) Cf. López Cámara, Francisco. *La clase media en la era del populismo*, México, UNAM/M.A. Porrúa, Anexo II.

5) Entre esos amigos se contaban, entre otros, Muñoz Ledo (que fue el que me lo comunicó en la mañana de la toma de posesión del Presidente López Portillo, siendo todavía presidente nominal del PRI), David Gustavo

Gutiérrez (líder de la CNOP hasta ese momento), y más tarde el propio Reyes Heróles, despachando ya como secretario de Gobernación.

6) Este asunto lo he analizado con mayor amplitud en el ensayo "Sistema Político y Desarrollo en México", incluido como introducción general en este libro.

7) No deja de ser interesante contrastar las dos versiones de López Portillo sobre la "maquinación" contra México: la primera, antes de asumir el gobierno, cuando se hablaba por todos lados de un golpe de Estado contra Echeverría, en medio de una bronca fenomenal por la grave situación financiera del país y su último round de golpes con la burguesía y el imperialismo; la segunda, seis años después, cuando a él mismo le ocurrió algo semejante por el pleito con la oligarquía, las escandalosas devaluaciones de 1982 y finalmente la llamada "nacionalización" de la banca privada mexicana, a la que había acusado de sacar la riqueza del país. Su primera impresión es espeluznante, a juzgar por sus reflexiones en aquel tormentoso mes de noviembre de 1976: "La sociedad mexicana estaba asustada, aterrorizada por rumores y congestionada con chismes. Fue una época extraña. Como si hubiera una estructura intencionada de desestabilización... Es difícil lo que sigue; pero creo que debe decirse: pareciera como si algún propósito externo, inteligencia muy bien organizada, hubiera encontrado los resortes ocultos que mueven a la sociedad mexicana y su idiosincracia, y los hiciera funcionar periódicamente para orientar y proteger los rumbos, o las garantías favorables a sus propios intereses y seguridades... Hay cosas que se sienten, especialmente cuando tiene uno la visión y la sensibilidad de la cumbre. Algo amorfo, innominado que se mueve, que actúa en la sombra o en el rincón y que conoce nuestro modo de ser; nuestros miedos; nuestros pánicos; nuestra crueldad; nuestra malediciencia; nuestra autodenigración; nuestra falta de solidaridad;

nuestro egoísmo... Hasta creo que hay técnicas clasificadas en manuales, con especialistas fríos y atentos que hacen sus fórmulas y las aplican en recíproca compañía (?), aunque suene grotesco... Hay una inteligencia detrás, organizada para alcanzar sus propios fines, que actúa, evidentemente, y de cuya existencia y personajes sabemos (?) y sus acciones ignoramos. Es siniestro... Y así sentía yo al final del sexenio de Echeverría" (López Portillo, José. *Mis tiempos, biografía y testimonio político*, México, Fernández Editores, 1988, T.I, *Parte Primera*, "La conjura contra Echeverría", pp. 431-432. El subrayado y las exclamaciones son míos, FLC). En suma, algo así como una especie de Freud colosal, siniestro y manipulador, que manejaba a su antojo la "idiosincracia" y los complejos, los deseos reprimidos y los instintos de muerte de los mexicanos. Después veremos su segunda versión de esa "inteligencia" aviesa y desestabilizadora.

8) Seis años después del desastre echeverrista, cuando le toca al propio López Portillo padecer los embates de aquella "inteligencia" siniestra e innominada, que había operado detrás de la conjura contra Echeverría, sus reflexiones son entonces ya muy concretas y llevan dedicatoria: "Aparece en mis notas y por primera vez formulada, la tesis de la desestabilización provocada por asociación entre fuerzas combinadas E.U.A. e internas, con motivo del viaje (de López Portillo, FLC) a Nicaragua. Lo que digo es muy serio. Después de meditarlo, admito tres riesgos: uno, el que no se crean mis afirmaciones; otro, consecuente, el que esté buscando justificantes trascendentales a mis responsabilidades, y un último, el de que sufro delirios persecutorios. Admito que estoy en una especie de parteaguas, frente a la objetividad con que debo manejar mis tiempos. Lo he pensado. En rigor, lo tengo pensado desde que las cosas ocurrieron. Las maniobras desestabilizadoras realizadas por la conjunción de fuerzas reaccionarias adentro, inspiradas, asistidas o

asociadas con intereses y móviles norteamericanos, ha sido una idea que se ha manejado como posibilidad; como conseja; como comentario; pero nunca se ha levantado un "iyo acuso!", de quien ha sufrido la presión, la insidia o, para decirlo en una palabra, la conjura. Y yo sí lo haré... De este párrafo me responsabilizo en lo personal. Claro que respiro por la herida, pues nunca un mexicano de mi condición había sufrido un ataque igual de desprestigio, difamación, calumnias y mentiras... Recuerdo y preciso: cuando la economía se ha revertido en México y se deteriora en todo el mundo; cuando la crisis petrolera se ha controlado; cuando mi posición internacional se ha expresado en forma radical y choca con la posición de los E.U.A., éstos empiezan a hacer a un lado la participación molesta, por vertical, que asumíamos y, concurrentemente, primero de afuera y después aquí dentro, empieza a manejarse la tesis de mi corrupción, la de mi increíble enriquecimiento, la de mi ineficiencia, la de mi fracaso, a pesar de haber dispuesto la palanca del petróleo. A partir de aquel febrero se va prefigurando la conjura. Y yo, que sé lo que es cierto y lo que no lo es, tengo que ser la medida de mi honra. Y sé lo que mienten, calumnian, difaman". (*Op.Cit.* T.II, *Parte Segunda*, pp. 1174-1175, 1176-1177, 1185-1186).

9) Un interesante análisis, resumido pero global, del sexenio de Miguel de la Madrid, especialmente por el lado de las candentes relaciones entre la política económica y el sistema político, puede leerse en el trabajo de Raúl Béjar Navarro y David Moctezuma N., *Crisis económica y transición política*, México, UNAM/CRIM, Aportes de Investigación, No. 32. 1989.

Apogeo y extinción de la clase media mexicana se terminó de imprimir el 20 de julio de 1990 en los talleres de Prográfica, S.A. de C.V., Av. Colonia del Valle núm. 303, Col. del Valle 03100 México, D.F. Se imprimieron 1,000 ejemplares más sobrantes para reposición en papel Kimberly Editor Pasta Maderoso con tipos en Times Romand de 11/13 pts., la edición estuvo a cargo de Andrés González Pagés.

El contenido central de este libro tiene una especial actualidad por lo que le ha ocurrido a nuestra clase media en los últimos tiempos, sobre todo a partir de 1982, cuando el país se desbarrancó estrepitosamente en la crisis económica que lo agobia desde entonces. La verdad es que a partir de ese año nefasto, y en particular durante el sexenio que le siguió, se despedazó literalmente en México a la inmensa mayoría de la clase media, anteriormente próspera y satisfecha.

Los trabajos incluidos aquí se refieren, de tal modo, a una nueva, paradójica y resbaladiza época de esa clase media, caracterizada por momentos de verdadero apogeo y seguidos de una acelerada declinación y decadencia: lo que podría llamarse, con propiedad, un proceso de "extinción" social, cuyas causas tratan de explicarse en este mismo libro.

Universidad Nacional Autónoma de México
Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias